

**DELORES  
FOSSSEN**

# CONSPIRACIÓN

**e**lit

# CONSPIRACIÓN

*Delores Fossen*





Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2002 Delores Fossen. Todos los derechos reservados.  
CONSPIRACIÓN, Nº 57 - julio 2017  
Título original: His Child  
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.  
Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2003.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y <sup>TM</sup> son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9170-002-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

*1*

*2*

*3*

*4*

*5*

*6*

*7*

*8*

*9*

*10*

*11*

*12*

*13*

*14*

*15*

*16*

*17*

*18*

*19*

# 1

Jessie lo esperaba oculta entre las sombras. Por el momento, Jake McClendon probablemente la daría por muerta. No la estaría esperando. De modo que se llevaría una buena sorpresa. No solamente seguía con vida, sino que estaba allí, armada con una pistola, en su propia habitación del hotel. Nada la detendría.

Vio que alguien giraba el pomo de la puerta y oyó unas voces al otro lado, en el pasillo. Así que no estaba sola... Mientras se escondía detrás de los pesados cortinajes de brocado, maldijo para sus adentros. ¿Acaso nada podía salirle nunca bien? Aunque todavía podría verlo en el espejo que colgaba encima de la chimenea, no tendría más remedio que esperar a que la otra persona se marchara. No convenía involucrar a nadie más en el asunto.

Conteniendo el aliento, apoyó la espalda contra el frío cristal de la puerta del balcón. Estaba terriblemente nerviosa y fatigada. Llevaba horas luchando contra los efectos del agotamiento físico y mental. ¿O habían sido días? Ni siquiera sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que logró escaparse de aquel almacén. Como tampoco tenía la menor idea de la duración de su cautiverio. Lo único que sabía era que la persona responsable del mismo estaba a punto de entrar por aquella puerta. Y que tendría que responder por lo que le había hecho.

–Ofenderlo no ha sido nada inteligente –pronunció un hombre al tiempo que abría la puerta–. Lo necesitas. Necesitas su influencia.

Enfocando la mirada en el espejo, Jessie distinguió su pelo rubio. Definitivamente, aquel no era Jake McClendon. Las fotografías de McClendon solían aparecer en todos los periódicos locales. El chico de oro de Texas, flamante candidato a las próximas elecciones legislativas, nunca andaba falto de publicidad.

MacClendon fue el siguiente en entrar.

–Puedo hacerlo sin su influencia –ya se había quitado la chaqueta del esmoquin y se estaba aflojando la pajarita con gestos bruscos.

Jessie entrecerró los ojos. Por fin. Por fin estaba en la misma habitación del hombre que había querido asesinarla.

–Te equivocas –repuso el rubio. Jessie también lo había reconocido por las



fotos: se llamaba Douglas Harland y estaba casado con la hermana de McClendon-. Necesitas a Emmett.

-¿Y a su mujer también? -McClendon lanzó la chaqueta sobre el sofá y se pasó una mano por su cabello corto, de color castaño-. En su opinión, el hecho de que haya contribuido económicamente a mi campaña me obliga a acostarme con ella.

-¿Y? Considéralo un servicio a la causa. Desde el principio ya sabías que en esta campaña habría cosas que no te gustarían.

-No me gusta nada de todo esto -se desabrochó los botones superiores de la camisa-. Quiero ser congresista por Texas y punto. Sin que tenga que acostarme a la fuerza con nadie.

Se acercó a la chimenea, justo debajo del espejo, de manera que Jessie pudo distinguir bien su rostro. Un rostro que no reflejaba en absoluto la maldad que anidaba en su alma. Tez intensamente bronceada. Pómulos salientes, probable legado de su abuela comanche, un detalle que la prensa comentaba a menudo. Cejas en forma de ángulo, como dando un ceño natural a su expresión. Boca dura, pero no severa. Bajo cualquier otra circunstancia, le habría parecido un hombre atractivo, incluso guapo. Pero ese no era el caso. MacClendon era su enemigo, en el sentido más amplio de la palabra.

Era más alto de lo que había esperado. Cerca de uno noventa. Esbelto. Un verdadero lobo con piel de cordero.

-Pues tendrás que aceptarlo -insistió Douglas con un cierto dejo divertido-. Debido a tu condición de viudo, las mujeres suspiran por curar tus heridas -se interrumpió para mirar su reloj-. Tenemos que volver antes de que nos echen de menos.

Parecía como si McClendon fuese a contestar, pero de repente se quedó inmóvil. Absolutamente inmóvil. Y, para horror y sorpresa de Jessie, clavó directamente la mirada en el espejo. Intentó no mover un solo músculo, aunque sabía que era muy probable que la hubiera descubierto.

-Adelántate tú -pronunció al fin-. Yo bajaré ahora. Necesito hacer unas cuantas llamadas.

Jessie se permitió soltar un suspiro de alivio. Así que, después de todo, no la había visto.

Nada más despedir a Douglas Harland, MacClendon se dirigió al mueble de las bebidas y se sirvió una copa. Se la bebió de un solo trago. Acto seguido, volviéndose hacia la cortina detrás de la que se ocultaba Jessie, inquirió:

-¿Le importaría decirme qué diablos está usted haciendo ahí?

No tuvo más remedio que salir, apuntándolo con su pistola. Tragó saliva, nerviosa.

–¿Cómo me ha descubierto?

–Cuestión de suerte –repuso con tono sardónico–. ¿Qué piensa hacer con esa pistola?

–Es como una garantía. La garantía de que tendrá que escuchar todo lo que tengo que decirle.

–Bueno, pues dígamelo ya. Y luego salga de aquí antes de que mi cuñado vuelva a buscarme.

Jessie no había pensado en eso. Debería haber previsto todas las eventualidades. Una vez más, maldijo su propio aturdimiento.

–Quiero respuestas –de repente se vio asaltada por una sensación de mareo. Efecto de la fatiga, quizá. Y quizá también de algo más...

–Yo también. Tengo derecho, ya que me está apuntando con un arma. Para empezar, ¿la conozco acaso de algo?

–Tengo razones para pensar que sí.

–Quiere dinero, ¿es eso, verdad?

Jessie soltó una exclamación sarcástica, casi una carcajada.

–El dinero no resolvería nada. ¿Por qué les ordenó que me persiguieran así? ¿Por qué yo?

–¿Que yo hice que la...? Señorita, no sé de qué me está hablando. Yo nunca la había visto antes.

–No tenía necesidad de verme para ordenarles a ellos que me secuestraran y me encerraran en aquel almacén.

–¿Ellos? –se apoyó en el mueble de las bebidas, cruzando los brazos sobre el pecho–. ¿A quiénes se refiere exactamente?

–Yo no lo sé, pero dispone usted de cinco segundos para empezar a explicármelo antes de que llame a la policía.

Para tratarse de un hombre al que le estaban apuntando con un arma, no parecía en absoluto sentirse amenazado o nervioso. Jessie, en cambio, estaba temblando.

–Hable de una vez. ¿Por qué?

–¿Por qué qué?

Jessie soltó un gemido de frustración.

–¿Por qué yo? ¿Por qué tuvieron que hacerme todo eso a mí? ¿Por qué les ordenó que me hicieran esas cosas?

–Si se mostrara algo más explícita sobre lo que afirma que le hicieron esos

tipos, quizá pudiera ayudarla en algo...

–¿Por qué les ordenó que me mataran y que me hicieran... todo lo demás? – sacudió la cabeza, asqueada.

–Espere, espere un poco... ¿quién quiere matarla?

–¡Usted!

–Yo no. ¿Quién?

–Usted los contrató. Tres hombres y una mujer. No llegué a ver sus caras, pero me durmieron con cloroformo y me llevaron a aquel almacén. Allí me tuvieron encerrada durante... por cierto, ¿en qué fecha estamos?

–Dieciséis de julio.

–¿Julio? –¿cómo era posible? Se llevó una mano a la sien. El labio inferior había empezado a temblarle. Había visto la fecha en el periódico, por supuesto, pero hasta ese instante no había tomado conciencia de ello. De repente todo resultó mucho más claro—. Me tuvieron secuestrada durante tres meses. Desde abril.

–¿Y qué le hizo exactamente esa gente durante esos tres meses?

–Cosas. Y ahora creo que quizá esté... –la palabra se le atascó en la garganta—... embarazada.

La habitación empezó a girar a su alrededor, como un remolino negro. Tuvo que apoyarse en la puerta de la terraza para sostenerse.

–Embarazada... Eso es un problema personal suyo, ¿no? ¿Y por qué diablos me ha apuntado con una pistola para contarme eso?

–Porque... –se agarró a las cortinas, lo que no impidió que cayera de rodillas al suelo—... el bebé es suyo.

Mentira. Jake estaba absolutamente convencido de que era mentira. Hacía cerca de un año que no mantenía relaciones íntimas con ninguna mujer. Evidentemente debía de tratarse de una trastornada. De una desquiciada mental. Y ahora tenía que decidir lo que iba a hacer con ella.

Descolgó el teléfono con la intención de llamar a la policía, pero de repente se detuvo. La miró detenidamente. En aquel momento le resultaba fácil hacerlo, dado que ya no le estaba apuntando con una pistola. Se la había quitado tan pronto como se desmayó. Y la había tumbado sobre el sofá, impulsivamente, sin saber por qué, cuando debería haberla sacado de allí lo antes posible. Debería haber dejado todo aquel asunto en manos de la policía.

Pero, por alguna razón, no lo había hecho.



Llevaba un uniforme de doncella demasiado grande para su menuda complexión. Se notaba que la ropa había sido robada. Apartándole delicadamente el cabello de la cara, negro como el azabache y pésimamente cortado, intentó recordar si la había visto antes.

Nada en ella le resultaba familiar. Absolutamente nada. Y no habían tenido relaciones íntimas, eso era seguro. Desde la muerte de su esposa, eran pocas las mujeres con las que se había relacionado, excepcionales encuentros que podía contar con los dedos de una mano. Y ella no era uno de aquellos encuentros.

A pesar de las ropas y del corte de pelo, era hermosa. O lo habría sido si no hubiera presentado aquel aspecto tan enfermizo. En su rostro, pálido como la cera, se destacaban las pecas que salpicaban su perfecta nariz. Las ojeras hablaban de su pésimo estado de salud. O de su embarazo, si lo que le había dicho era cierto. Volvió a recordar sus últimas palabras antes de desmayarse: «el bebé es suyo». No podía ser cierto.

De repente se desperezó, gimiendo, y se llevó una mano a la frente. Abrió lentamente los ojos.

—¿Cuándo vendrá la policía? —logró preguntarle.

—Todavía no la he llamado —hundiendo las manos en los bolsillos de los pantalones, la miró fijamente—. Déjeme decirle cómo van a ser las cosas esta vez. Yo haré las preguntas y usted las contestará. Y si las respuestas me satisfacen, no telefonaré a la policía.

Jessie se sentó con esfuerzo, esbozando una mueca.

—Entonces me matará.

Jake pensó que, definitivamente, aquella mujer estaba loca.

—Escuche, señorita, yo soy un candidato a congresista, no un asesino a sueldo. Puede estar segura de que no la mataré.

—Entonces... ¿qué más podría hacerme después de lo que ya me ha hecho?

—Puedo hacer que la detengan. Por allanamiento de morada e intento de agresión.

—Como si me importaran esos cargos, después de todo lo que he pasado... ¿por qué? ¿Por qué les ordenó que me hicieran eso?

—Oh, no. No vamos a volver a lo de antes. Soy yo quien hace las preguntas. Para empezar, ¿quién diablos es usted?

—Jessie... —alzó sus ojos grises hacia él. Tenía una mirada fría y dura como el acero—. Pero eso usted ya lo sabe.

—Oh, oh, no empecemos de nuevo. Si lo hubiera sabido, no se lo habría

preguntado. ¿Cuál es su nombre completo?

–Jessie... Smith.

–Respuesta equivocada –replicó de inmediato, convencido de que estaba mintiendo—. Inténtelo de nuevo.

–Briggs.

–De acuerdo, Jessie Briggs, dígame entonces por qué está tan segura de que yo quiero matarla.

–Lo ignoro. Pero usted ordenó a esa gente que me secuestrara.

–¿Se refiere a los tres hombres y a la mujer que mencionó antes? ¿A los que la tuvieron encerrada durante tres meses en ese almacén?

–Exacto, pero fue usted quien los contrató. Luego hizo que me manipularan y...

–Espere un momento. Ahí es donde quiero llegar. ¿En qué consistieron esas... manipulaciones?

Jessie soltó una exclamación y se levantó rápidamente, como dispuesta a abandonar de repente la habitación. Pero no fue a ninguna parte. Apretándose las sienes, volvió a dejarse caer en el sofá.

–¿Está mareada?

–¿Usted qué cree? Supongo que se trata de un efecto más de mi estado... de embarazo.

–Creo que ha llegado el momento de que abordemos ese tema. ¿Le importaría explicarme por qué piensa que fui yo quien la dejó embarazada?

–Me inseminaron –no vaciló a la hora de contestar—. Inseminación artificial. Por orden suya, seguro.

Jake se quedó paralizado. Esa no era la respuesta que había esperado oír.

–Eso es imposible.

–No, no lo es. Le ahorraré los detalles exactos, pero sé que fue eso lo que pasó. Y usted también lo sabe.

–Vamos a ver. Supongamos por un momento que alguien la inseminó. ¿Qué le hace pensar que yo estuve implicado en ello?

–Su nombre estaba en la etiqueta de la muestra de semen. Yo lo vi. Sin que ellos se dieran cuenta, pero lo vi. Me inyectaron una droga, y supongo que pensaron que estaba inconsciente. Pero no lo estaba. Además, los oí mencionar su nombre.

–Todo eso es una sarta de absurdos, señorita Briggs.

–¿Está diciendo que usted no tiene semen almacenado?

–Efectivamente.

–Pues lo tiene, en los laboratorios Cryogen, aquí, en San Antonio –replicó–. Eso es lo que ponía en la etiqueta, con su nombre y el número 6837. No soy ninguna estúpida, señor McClendon. He leído las noticias que circularon en la prensa sobre su enfermedad de Hodgkin. Sé que almacenó muestras de semen antes de someterse a la terapia. ¿Me lo va a negar acaso?

De modo que conocía lo de su enfermedad, seis años atrás. Lo cual no significaba que tuviera que creerla. Aquello simplemente indicaba que había hecho bien sus deberes. Que se había documentado muy bien para chantajearlo.

–No se lo voy a negar. Pero lo que no pudo haber leído en la prensa fue que mis muestras fueron destruidas accidentalmente hace cerca de cuatro meses. Solo un puñado de personas están al tanto de eso. Y ahora... ¿quiere marcharse de aquí por su propio pie o tendré que echarla yo mismo?

–El número del frasco era el 6837. Llame ahora mismo a Laboratorios Cryogen y pregunte si la muestra que yo vi fue realmente destruida.

Jake pensó que aquella mujer era una consumada actriz. Lo de inventarse el número del frasco había sido un golpe muy ingenioso, pero no se saldría con la suya.

–Les telefonearé en seguida... pero primero tengo otra pregunta. Supongamos por un momento que alguien la inseminó. ¿Está segura de que está embarazada?

–Oí que ellos lo afirmaban. No vi los resultados de la prueba, pero los síntomas que tengo así lo demuestran...

–Antes dijo que la drogaron. Esos síntomas de los que habla pueden ser consecuencia de la droga, ¿no?

–No, estoy segura. Y no me mantuvieron drogada durante todo el tiempo. Encerrada, sí. Solo me drogaron cuando me... cuando me aplicaron esos procedimientos.

–¿Pero por qué habría de querer hacerle alguien una cosa así?

–Eso es precisamente lo que quiero que me diga usted. Tal vez deseaba hacerse con una madre de alquiler... ahorrándose una serie de engorrosos trámites legales.

–Todo esto no tiene ningún sentido –murmuró Jake, sacudiendo la cabeza.

–Lo tiene si se piensa que a usted no le convenía una publicidad de ese tipo a causa de su campaña electoral. Hay gente que se opone a los embarazos con madres de alquiler. Probablemente no quiso arriesgarse a ofender a sus votantes ultraconservadores. De esa manera, habría podido adoptar al bebé y

fingir que todavía sigue siendo un buen tipo, dispuesto a darle una oportunidad a un pobre huérfano y educarlo en un ambiente de lujos...

Jake seguía sin creer en su historia, ya que su teoría le parecía una auténtica necesidad, pero ahora podía contemplarla desde un ángulo muy distinto. Si había algo de verdad en lo que le estaba diciendo aquella mujer, podía tratarse de un complot urdido para perjudicarlo. ¿Y si alguien pretendía utilizar a aquel presunto bebé para avergonzarlo en público o arruinar su campaña electoral?

—Pero algo debió de salir mal —continuó Jessie—, porque los oí comentar que iban a matarme. Gracias a Dios, pude escapar antes de que llegaran a intentarlo.

—¿Ellos dijeron que iban a matarla? —repitió Jake—. Bueno, eso contradice su teoría de la madre de alquiler, ¿no le parece? ¿Por qué habría de molestarme yo en inseminarla si luego pensaba matarla antes incluso de saber a ciencia cierta si estaba embarazada?

—No lo sé. Ya se lo he dicho, si he venido aquí es por eso. Porque necesito respuestas.

—Bueno, pues se ha equivocado de lugar y de interlocutor. No me he creído nada de lo que me ha dicho, así que... ¿por qué no va directamente al grano y me dice lo que quiere? ¿Quiere dinero? ¿Pretende chantajearme? Si ese es el caso, le anuncio desde ya que no le daré ni un céntimo.

Jessie señaló el teléfono con la cabeza.

—Llame a Laboratorios Cryogen. Número de muestra 6837.

—De acuerdo, lo haré —había llegado la hora de desenmascarar aquel engaño. Cruzó la habitación, sin dejar de mirarla por el espejo—. Supongo que no se sabrá el número de teléfono.

—No.

—No, claro.

En el fondo, se sentía desconcertado. Una estafadora se habría sabido el número de memoria. Y una víctima como ella decía ser... lo habría ignorado. Por supuesto, también podía ser una magnífica estafadora fingiendo ser una pobre víctima. Solo había una manera de averiguarlo. Localizó el número en la guía y llamó al laboratorio. Ni siquiera estaba seguro de que a esas horas estuviera abierto, pero alguien contestó a la tercera llamada.

—Soy Jake McClendon. Quería verificar una información sobre una muestra personal —la mujer que lo atendió le pidió varios datos para comprobar su identidad. Después de facilitárselos, añadió—: Necesito comprobar que los

seis frascos que tenían ustedes almacenados resultaron destruidos.

–Oh, sí, señor McClendon. ¿Acaso no recibió información al respecto?

–Sí que la recibí –miró a Jessie, que se había acercado y lo miraba fijamente. Una oscura expresión ensombreció sus ojos–. Me dijeron que, debido a un accidente, las muestras se habían estropeado.

–Así fue. Y ya sabe que tiene derecho a una indemnización.

Pero Jake no estaba interesado en indemnización alguna. De hecho, antes de ese día, ni siquiera había estado interesado en aquellas muestras. De hecho, las había almacenado en Laboratorios Cryogen ante la eventualidad de que el tratamiento para su enfermedad de Hodgkin lo dejara estéril. Dado que no había sido así, se había olvidado incluso de que existían. Hasta que recibió aquella llamada informativa, cuatro meses atrás.

–Necesito saber los números de los frascos –le pidió a la mujer.

–Desde luego. Ahora mismo se los localizo en el archivo informático.

Jake volvió a lanzar otra mirada a Jessie. En aquel momento estaba mirando a su alrededor. Seguramente buscando su arma. Pero no la encontraría. La había metido en una bolsa y escondido en el armario. Más tarde, haría que alguien analizara las huellas dactilares. Probablemente de esa manera podría descubrir su verdadera identidad.

–Aquí están –pronunció al fin la mujer–. Los frascos tenían los números consecutivos del 6851 al 6855. Como le dije, todos resultaron destruidos.

Así que no había ningún 6837. Pero Jessie Briggs se había acercado demasiado. Estaba a punto de dar por terminada la llamada cuando se dio cuenta de que aquella serie solamente abarcaba cinco frascos.

–Pero había seis muestras –señaló.

–Oh, sí. Verá lo que sucedió. La primera fue la que usted nos entregó originalmente. Las otras cinco se recogieron con posterioridad en la oficina de su médico y nos las enviaron aquí.

–¿Y el número de la primera muestra?

–Veamos. Debió de haber sido la... 6837.

Jake tensó la mandíbula. Se negaba a manifestar cualquier otra reacción. Aquello no significaba nada. Debía de existir una explicación razonable.

–¿Y dónde está ese frasco?

–Me temo que también resultó destruido.

No según la mujer que decía llamarse Jessie Briggs. Pero su historia era la más absurda que había oído en toda su vida. Nadie en su sano juicio habría secuestrado a una mujer y la habría inseminado para luego intentar matarla. ¿O

sí?

Colgó el teléfono, dispuesto a enfrentarse con su misteriosa visitante. Solo había un problema. Había desaparecido. Y la puerta estaba abierta de par en par.

Procurando no soltar la bolsa de la compra, Jessie sujetó el auricular entre la mejilla y el hombro e introdujo las monedas en la máquina. Marcó el número y esperó. No demasiado. Tal y como había imaginado, respondieron casi de inmediato.

–Detective DuCiel.

–Byron, soy yo –miró precavida a su alrededor. Eran poco más de las cinco, hora punta en St. Mary Street. Había gente suficiente como para que pasara desapercibida en medio de aquella multitud. Afortunadamente.

–Bueno, ya era hora de que llamas. Dijiste que posiblemente no sabría nada de ti en varios meses, pero no me lo creí –comentó Byron, aliviado–. Por cierto, ¿dónde diablos estás? ¿Qué ha pasado? Ya me disponía a...

–Solo tengo unos segundos para hablar. Este lugar no es seguro – probablemente no estaría segura en ninguna parte, pero se abstuvo de decírselo.

–¿Dónde estás? Voy a buscarte ahora mismo.

–Eso no sería nada inteligente, para ninguno de los dos. Solo quería que supieras que estoy... –¿qué? ¿Que estaba bien? Hacía mucho, mucho tiempo que no lo estaba–... viva –terminó al fin.

Y también estaba aterrada. Eso tampoco se lo dijo, aunque Byron lo detectaría seguramente en su voz.

–Bueno, eso es evidente. ¿Pero por qué no me llamaste antes? Jess, han pasado tres meses.

–Es una historia demasiado larga para contártela ahora. Y no sé muy bien lo que va a pasar a partir de este momento.

–Se trata de Christy, ¿verdad?

La simple mención del nombre de su amiga hizo que se le encogiera el corazón. Christy había muerto ocho meses atrás, y el dolor seguía tan fresco como entonces, tan crudo y desgarrador como cuando Byron se presentó en su apartamento para contarle la noticia. La noticia de que Christy ya nunca volvería a casa.

Era tan extraño... Aunque no había visto el cuerpo de su amiga, seguía sin poder creer que estuviera muerta. Resultaba difícil creer que jamás volvería a



oír su risa. La risa de la mujer que había sido como una hermana para ella.

–Estuviste haciendo demasiadas preguntas acerca de la muerte de Christy –aventuró Byron–. Y a alguien no le gustó, ¿verdad?

Quizá. Y quizá aquello no tuviera nada que ver con Christy. Jessie simplemente no lo sabía. Pero en aquel momento no tenía tiempo para especulaciones, en un lugar tan expuesto como aquel. Lo que no significaba que renunciara a encontrar a la persona responsable de la muerte de su amiga. Eso era algo que no haría jamás. De una manera u otra, llegaría hasta el fondo de aquel asunto. Era una promesa que le había hecho a Christy, y a sí misma, el día de su funeral.

–Escucha, Byron, no tengo mucho tiempo para hablar. Necesito dinero. Quiero que me lo transfieras de la manera que acordamos antes de marcharme de Austin. Transfiéremelo todo.

–¿Todo? Jess, ¿qué diablos te pasa? Dime dónde estás para que vaya a buscarte. O, mejor todavía, entra en la comisaría más próxima.

Pero Jessie ignoró aquel consejo.

–Por favor, ordena esa transferencia. Necesito desaparecer por un tiempo. ¿Cuánto tardarás? ¿Dos, tres días?

–Tres. Tendré que tapar las huellas.

Jessie no le confesó lo mucho que la asustaba su respuesta. Tres días escondida. Tres días rezando para que no volvieran a encontrarla.

–Recogeré el dinero en el lugar acordado. También necesito que eches un vistazo a un almacén de aquí, en San Antonio. Y ten cuidado. No conozco la dirección exacta, pero sé que está en Isom Road, cerca del aeropuerto. Entre dos viejos edificios de piedra rojiza.

–¿Qué fue lo que pasó allí? –quiso saber Byron–. ¿Para qué quieres que lo vea?

–Por si encuentras algo... inusual, extraño... pero no vayas solo. Podría no ser seguro. También me gustaría que investigaras un poco a mi antiguo jefe, Ray Galindo. Y entérate de si alguien estuvo preguntando por mí en la cantina antes de que desapareciese. Volveré a llamarte cuando pueda.

–¡No! –gritó Byron–. Habla conmigo ahora. Ve a la policía y...

–No puedo. Si lo hiciera, te metería a ti en problemas.

–Al diablo con eso. Ve a la policía. Tienes que conseguir algún tipo de protección.

–Quizá.

–No hay quizás que valgan.

—De acuerdo —Jessie suspiró profundamente—. Iré a la comisaría de San Antonio tan pronto como recoja el dinero —y tal vez durante aquellos tres días pudiera descubrir exactamente por qué querían matarla—. Pero, mientras tanto, no quiero volver a asomar la cabeza mientras no disponga de un buen escondite.

Y colgó, ignorando las protestas de la única persona a la que consideraba su amigo. No sabía lo que estaba pasando, pero no quería involucrar a Byron. Todavía no. Y, definitivamente, aquel tampoco era el mejor momento para acudir a la policía de San Antonio. Dudaba que la policía pudiera impedir las maniobras de Jake McClendon y de sus matones a sueldo.

Calándose la gorra sobre los ojos, echó a andar hacia el motel. Había podido recuperar algún dinero, el efectivo que guardaba en una consigna cercana. Alojarse en un hotel más cómodo habría podido atraer a McClendon hasta su pista. Por eso había escogido aquella zona del centro, lejos del norteño barrio residencial donde la secuestraron. Tal vez aquel cambio de localización pudiera mantenerla con vida.

Las incomodidades no le importaban, sobre todo si eran provisionales. Solo estaría tres días en San Antonio. Quedarse allí sería un error, y ya había cometido demasiados. Uno de sus mayores errores había sido ir al hotel de Jake McClendon. Ahora que ya estaban desapareciendo los efectos del agotamiento y de la adrenalina, no podía menos que maravillarse de haber hecho algo tan estúpido como aquello. Allonar la suite de uno de los más suntuosos hoteles de la ciudad. Apuntar con una pistola a un hombre como él. ¿Qué había esperado que hiciera? ¿Que lo admitiera todo? ¿Que reconociera lo evidente?

En lugar de ello, debería haber dedicado aquel tiempo a reflexionar sobre lo que le había ocurrido. Lo primero que tenía que desentrañar era el asunto de la inseminación y el embarazo. Y el misterio del cambio de opinión de McClendon, cuando decidió matarla en vez de esperar a que diera a luz.

Examinó la diminuta mancha de carmín que había dejado en el pomo de la puerta de la habitación del motel. Seguía allí, en el mismo lugar, lo que indicaba que nadie había entrado. La pequeña alarma que había adquirido en una tienda tampoco se había activado. Una vez dentro, cerró la puerta y la desactivó rápidamente. Encendió las luces y dejó la bolsa de la compra en el mostrador de la diminuta cocina, compuesta por un minúsculo microondas y una nevera no mucho mayor. «Hogar, dulce hogar», pensó irónica.

Aquel cuchitril se parecía demasiado a los lugares en los que había vivido

cuando era niña. La pintura blanca de las paredes ya amarilleaba. Y el verde de la vieja moqueta casi había desaparecido. Se dedicó a vaciar la bolsa de la compra: uvas, un cartón de leche, una caja de corn flakes, lo único que parecía aceptar su estómago por el momento. El resto podía pasar por los ingredientes de una dieta medianamente equilibrada.

Extrajo de la bolsa el último artículo casi como si fuera una bomba a punto de explotarle en las manos: un test de embarazo. Leyó las instrucciones y examinó el pequeño frasco reservado para la muestra de orina. Minutos después guardó el frasco lleno en su base de plástico y lo colocó sobre la mesilla de noche. Ajustó la alarma de su reloj para que sonara a los diez minutos. Y esperó a que se formara un círculo azul en la base del tubo.

El primer minuto de espera se le hizo interminable. Pero se negaba a pensar en otra cosa que no fuera aquella prueba. El resultado era lo primero. Ignoraba lo que haría después.

—No grites —le ordenó de pronto una voz.

No lo hizo, porque se lo impedía el nudo que tenía en la garganta. Conocía aquella voz. Conocía a su dueño sin necesidad de mirarlo. Jake McClendon. Instintivamente echó mano a su bolso, pero no estaba donde lo había dejado. Había desaparecido.

Con su bolso colgando de un dedo, McClendon surgió de detrás del armario. En la otra mano llevaba su pistola, la que Jessie había adquirido la víspera. En vez de esmoquin, ese día iba vestido con unos elegantes pantalones de sport y una camisa azul pálido, del mismo color que sus ojos.

Lanzó la pistola y el bolso sobre la cama antes de señalar el test de embarazo con la cabeza.

—Si no te importa, a mí también me gustaría ver el resultado.

—Sí que me importa.

—Pues lo siento, porque no pienso irme.

Aquello no la sorprendió.

—¿Cómo me has encontrado?

—Cuando te marchaste de mi hotel sin despedirte, encargué a mi servicio de seguridad que te siguiera. Hice que te vigilaran durante estos dos últimos días, pero decidí que había llegado el momento de que tuviéramos una pequeña conversación.

Recursos. Aquel hombre poseía recursos y dinero. Jessie se dijo que lo había subestimado.

—La alarma no sonó.

—No. Aunque la técnica de la mancha de carmín en el pomo de la puerta estuvo bien. La mayor parte de la gente habría dejado un cabello, o un trozo de hilo. Tú no, claro. Porque, por lo que he podido ver hasta el momento, tú no sueles hacer las cosas de la manera más usual. En eso destacas sobre los demás.

Jessie lo escuchaba tensa, rígida. Necesitaba mantener la compostura.

—Sal de aquí ahora mismo.

—No. Tú empezaste todo esto cuando viniste a buscarme a mi hotel, ¿recuerdas?

—Fue un error. Y ahora, sal de aquí.

—Y si no quiero, ¿qué harás? ¿Llamar a la policía? —se sentó en el borde de la cama. El oxidado somier crujió bajo su peso—. Creo que eso no te gustaría nada. Explícame todo lo que me dijiste en el hotel. ¿Por qué diablos piensas que yo intentaba matarte?

Jessie se planteó mentirle. Quizá podría convencerlo de que tenía esquizofrenia o algún otro tipo de enfermedad mental. Pero, en lugar de ello, decidió no abrir la boca. Tomó asiento en una silla, frente a él.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha comido la lengua el gato? ¿O acaso crees que me voy a largar tranquilamente si no me hablas? Piénsalo bien, Jessie. Una mujer irrumpe en mi habitación del hotel, me apunta con una pistola y me acusa de haber intentado asesinarla. Ah, y además de haberla dejado embarazada. Algo bastante difícil teniendo en cuenta que jamás te había visto antes.

—Márchate de una maldita vez.

—Lo haré, pero solo después de que me confieses que todo esto forma parte de un sucio chantaje. Viniste a mi hotel a sacarme dinero.

—No —repuso ella, desviando la mirada.

Jake se levantó de la cama y se la encaró.

—Creías que lo tenías todo atado y bien atado, ¿verdad? Hiciste bien tus deberes y descubriste mi enfermedad de Hodgkin. Te informaste acerca de las muestras de Laboratorios Cryogen. Y tu plan habría funcionado si las muestras no hubieran resultado destruidas. Esa era la parte que se escapó, la que no pudiste prever. Cryogen lo mantuvo en secreto para evitar una publicidad negativa.

—Muy bien. Y ahora... ¿te marcharás por fin?

—Todavía no. ¿Quieres saber lo que he averiguado sobre ti mientras te investigaba?

Aquello la inquietó. Se obligó a permanecer tranquila, a pesar de que el

corazón le latía a toda velocidad.

–Adelante, dispara.

–Que tú no eres realmente Jessie Briggs.

En aquel momento sí que estuvo a punto de perder la compostura. Tenía que escapar. ¿Pero cómo?

–¿Entonces quién soy?

Jake no dijo nada durante unos segundos.

–No eres nadie. Ni siquiera existes. ¿No te parece extraño? No hay absolutamente ningún dato o documento correspondiente a Jeff Briggs que encaje contigo. Ni permiso de conducir, ni número de la seguridad social... Nada. Porque si hubiera existido alguno, ten por seguro que mi gente lo habría averiguado.

Ni siquiera se atrevía a respirar todavía. Por el brillo de su mirada sabía que aún le quedaba una carta por enseñar... y que aquella carta podía ser mortal.

–¿Sabes lo que hice a continuación? Mandar analizar tus huellas dactilares. Las que dejaste en la pistola.

Se encontró con su mirada, de un azul helado. Dios, aquello era como una pesadilla... ¿Cómo había podido cometer la estupidez de ir a buscar a aquel hombre a su hotel? Sabía lo peligroso que era Jake McClendon, sabía lo que era capaz de hacer, y aun así se había echado en sus brazos.

–¿Y? ¿Qué fue lo que averiguaste?

–Que esas huellas pertenecen a una mujer llamada Jessica Barrett. Corre mucha información sobre ella. Para empezar, antecedentes penales. Robos en tiendas. Pequeños hurtos. Veintiocho años, nacida en Dallas. Su último empleo fue de camarera, por decirlo de alguna forma, en un club de... caballeros. Aunque la gente de mi servicio de seguridad me dijo que la Cantina de Ray no es más que un antro de prostitutas y vendedores de droga –y añadió, bajando peligrosamente la voz–: Después de todo esto... ¿tendrás todavía el descaro de decirme que no eres una mentirosa y una chantajista?

Jessie se esforzó por reprimir un suspiro de alivio. Después de todo, no había conseguido averiguar su verdadera identidad.

–De acuerdo, me has descubierto –mintió–. Y ahora, ¿quieres hacer el favor de marcharte?

–No. Solo me iré cuando me digas con quién planeaste todo esto. Porque no me creo que lo hicieras tú sola –la agarró de los hombros–. Te diré lo que pienso. Mi rival político es un hombre llamado Abel Markham, el tipo más

repugnante que ha optado jamás a un escaño en el Congreso. Yo lo quiero lo más lejos posible del Capitolio, y él sabe que puedo pararle los pies.

–Tú, en cambio, eres un verdadero santo, ¿verdad, MacClendon? –Jessie se dijo que ya nada tenía que perder. No podía enfurecerlo más de lo que ya estaba.

–No, no soy ningún santo. Pero no voy por ahí intentando destrozarse la vida de la gente. Creo que Markham se inventó todo este plan apoyándose en... el particular carácter de tu último empleo.

–¿Qué quieres decir?

–Una mujer llamada Christy Mendoza, que también trabajaba en la Cantina de Ray, murió en mi rancho hace unos ocho meses. Fue un accidente, pero Markham siempre intentó convertirlo en algo más.

Jessie no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Ya era bastante malo que no pudiera interrogarlo sobre lo sucedido con Christy. Aquel momento, desde luego, era el menos adecuado. Lo único que quería era salir de allí cuanto antes.

–Este tipo de plan encaja con los tratos sucios a los que Markham es tan aficionado –continuó Jake–. ¿Qué quería que hicieras? ¿Ir a la prensa con la absurda noticia de que yo te había dejado embarazada?

–Abel Markham no se mueve precisamente en los mismos círculos que yo –replicó Jessie. Y sin embargo, tenía sus sospechas. Sus indiscretas preguntas sobre Christy... ¿no habrían puesto a un hombre como Markham detrás de su pista?

–No, pero sí que pudo haberte localizado –insistió Jake–. Pudo haberte elegido como instrumento para intentar hundirme. Y... ¿sabes lo que creo que sucedió después? Que tú seguiste adelante con el plan hasta que, en el último momento, te entró un ataque de avaricia y decidiste sacarme unos cuantos miles por tu cuenta. Así que viniste a verme con esa historia de la inseminación, con la esperanza de chantajearme. Porque aunque tu historia hubiera sido una sarta de mentiras, la prensa se habría dado un buen festín con ella. Porque es una sarta de mentiras, ¿verdad, Jessie?

–Sí –repuso en voz baja, dándole la razón. Lo único que quería era que se marchara y la dejara en paz cuanto antes.

–No hubo secuestro, ni inseminación, ni intento alguno de asesinato... Solo un sucio candidato al Congreso y una chantajista que creyó que podía matar a la gallina de los huevos de oro –la agarró con más fuerza de los hombros–. ¿Tengo razón? ¡Dime que la tengo!

–Tienes razón. Y ahora, por favor, vete ya. Me voy de la ciudad. Nunca más volveré a molestarte.

De repente sonó un timbrado. Jessie ahogó una exclamación antes de recordar lo que era. La alarma de su reloj. Se apresuró a desconectarla.

–¿Y bien? –insistió Jake–. ¿Por qué no miramos juntos el resultado de tu prueba?

–¿Por qué habría de importarte? Estás convencido de que todo ha sido un engaño, ¿no?

–Simple curiosidad –tomó la caja y leyó rápidamente las instrucciones del dorso–. Aquí dice que si es positivo, aparecerá un pequeño círculo azul en el fondo del tubo –la obligó a levantarse de la silla–. Echemos un vistazo, ¿quieres?

La llevó hasta la mesilla. Jessie miró el frasco con expresión aterrorizada. Y empezó a rezar. Porque era lo único que podía hacer. Todavía existía una leve posibilidad...

Miraron juntos el tubo. Jessie se llevó una mano al estómago, desesperada, cerrando los ojos con fuerza. No había nada que decir. La prueba estaba allí, la tenía delante. El círculo azul. Un gemido escapó de su garganta.

–Oh, Dios –murmuró–. Oh, Dios...



Jake miraba con el ceño fruncido el acuoso círculo azul que había aparecido en el fondo del tubo. Eso quería decir que la prueba era positiva. Así que aquella mujer estaba embarazada. No había contado con eso, pero aun así, eso no tenía absolutamente nada que ver con él. ¿O sí?

El bebé no era suyo, eso era seguro. Aunque eso no significaba que alguien no hubiera intentado manipularla para llegar hasta él. O quizá todo aquello fuera un plan que había concebido ella misma, por su cuenta y riesgo. Nada de secuestro, ni de cautiverio durante tres meses. Simplemente, un chantaje para sacar dinero. O un complot de Markham para arruinar su carrera política.

Solo que aquella mujer parecía sinceramente sorprendida por el resultado de aquella prueba. Consternada, más bien. Y quizá incluso algo asustada. Había algo en aquellos preciosos ojos grises que lo impulsaba a consolarla, a reconfortarla. Por supuesto, resistió la tentación.

—No sé por qué te asombras tanto —le comentó cuando ella volvió a sentarse en la silla—. Hace apenas dos días entraste en mi suite y me dijiste que estabas embarazada. Y ahora te comportas como si te llevaras la gran sorpresa de tu vida...

—Y así es —su voz apenas era más que un murmullo—. Dios mío, es cierto. Es cierto...

Apoyó los brazos sobre la mesa y dejó caer la cabeza, abatida. A Jake le recordó una colegiala sufriendo un pesado castigo. Solo esperaba que no se pusiera a llorar. Aunque las lágrimas serían falsas, sin duda.

Tenía que admitir, sin embargo, que parecía genuinamente alterada. Quizá porque él había descubierto su mentira. Sí, eso era. O quizá porque su embarazo era algo tan imprevisto como problemático, dada su carencia de recursos.

—Supongo que tendrás que llamar al padre para comunicarle la noticia —le sugirió con tono tranquilo.

Jessie alzó la cabeza y le lanzó una mirada glacial.

—¿Es que no tienes otro sitio a dónde ir?

—En este momento, no —por alguna razón, no podía apartar la mirada del tubo de la prueba. Aquel objeto tan insignificante parecía haber surtido el efecto de

una bomba. Se imaginó a su esposa Anne sometiéndose a un test tan simple. Eso era algo que no había ocurrido. Su embarazo había sido objeto de un minucioso seguimiento médico desde el principio. Aunque, para lo que había servido...

Por eso lo había irritado tanto aquel engaño. Si lo había planeado Abel Markham, desde luego había sabido muy bien dónde golpearlo para infligirle el mayor daño posible. Un embarazo. Un hijo. Nada habría podido reabrir tanto las viejas heridas. Habían transcurrido cerca de cuatro años desde que Anne murió en el parto, mientras daba a luz a su primer hijo. Cuatro años de infierno. Cuatro años culpándose a sí mismo.

–Háblame del padre del bebé –le pidió, esforzándose por hacer a un lado los recuerdos de Anne y de su hijo–. ¿Él también estaba en el engaño?

Jessie lo miró todavía con mayor frialdad, apretando la mandíbula.

–Sí. Es un verdadero canalla. Un engreído y maldito canalla. Y en este momento mi mayor deseo sería que lo fulminara un rayo.

–Cuidado. Cualquiera pensaría que estás hablando de mí...

–Vete de una vez.

–Lo haré, pero solo cuando me respondas a un par de preguntas. ¿Cuál es el nombre del padre del bebé? ¿Fue Abel Markham el único miserable que te contrató?

–Tú no quieres respuestas, McClendon. Lo que tú quieres es que te mienta. Quieres que lo niegue todo, para así poder retirarte a tu lujoso rancho y olvidarte de todo esto. Bueno, pues lo siento, pero no puedo hacerlo.

–Porque tienes miedo de que llame a la policía. Te prometo que no lo haré. Lo único que quiero es la verdad.

–Querrás decir la verdad según la versión de Jake McClendon.

–La verdad. ¿Está Markham detrás de todo esto?

–No lo sé –repitió, pero su tono había cambiado. Ya no era tan agresivo. Bajó la mirada al suelo, frotándose las sienes–. Quizá. Ya no puedo estar segura de nada. Tal vez por eso mencionaron tu nombre, para que yo sospechara de ti. No se me había ocurrido hasta ahora...

–¿Otra vez vas a volver a lo del secuestro y a lo de los frascos? –rezongó Jake.

–Mira, ¿por qué no te largas de una vez y...?

–No hasta que me digas quién te dejó embarazada.

–De acuerdo, te lo diré –Jessie lo agarró de un brazo y lo llevó al minúsculo cuarto de baño. Una vez frente al espejo, señaló con el dedo su imagen–. Ese

es. Ese es el padre de mi bebé. Ya sé que no quieres creértelo. Yo tampoco, pero eso no cambia las cosas. Por mucho que me pese, me secuestraron, me violaron y me utilizaron como peón de su repugnante juego –aquel estallido emocional desapareció tan rápidamente como surgió. Agotada, se apoyó contra la pared–. ¿Quieres irte ya, por favor?

–Todavía no –la tomó de la barbilla, obligándola a que lo mirara–. Dame una buena razón por la que debería creerme todo lo que me has dicho. Sé quién eres, ¿recuerdas? Sé que trabajaste en un sórdido tugurio donde probablemente bailarías desnuda por dinero o te prostituirías...

Jessie se lo quedó mirando asombrada.

–Era una simple camarera. Por el amor de Dios, mírame... ¿te parezco una prostituta?

Jake la miró. Seguía terriblemente pálida, y parecía como si le hubieran cortado el pelo con una cortadora de césped. No estaba precisamente muy sexy. Pero, aun así, poseía un innegable atractivo. Tal vez fuera su boca, de labios llenos y sensuales. O aquellos ojos grises de un delicioso color platino. Bajó la mirada. Voluptuosa no era precisamente. Tenía los senos pequeños, y erguidos. Obviamente no llevaba sostén, ya que podía distinguir los pezones presionando contra la fina tela de la camiseta. Su cintura era fina y su vientre plano, liso. Los vaqueros le llegaban apenas a las caderas. Tenía las piernas largas y bien torneadas...

–¿Y bien? –pronunció ella.

Jake se dio cuenta de que todavía seguía esperando una respuesta.

–¿Y bien qué?

Jessie soltó un suspiro de frustración.

–¿Te parece que podría ganarme la vida con este cuerpo?

Ganarse la vida no lo sabía, pero excitarlo a él... sí. Pero se guardó el comentario. Hacía mucho tiempo que no experimentaba una atracción física tan intensa por una mujer. Y no iba a dejarse distraer por su libido.

–No te molestes en responder. Soy muy consciente del aspecto que tengo, sobre todo ahora. Créeme, tú tampoco estarías mucho mejor si hubieras pasado por lo que yo –soltó una amarga carcajada–. Y pensar que creías que era una prostituta... Qué ironía. Ni siquiera me gusta el sexo, y hace años que no he estado con un hombre.

Jake se dijo que ese era un tema que prefería no abordar. Con ella, al menos. A él le gustaba el sexo. Y lo echaba de menos. Aquella mujer había conseguido recordárselo.

–Además –continuó Jessie–, mi trabajo y mi forma de vida nada tienen que ver con lo que pasó en aquel almacén.

Quizá. Pero, por el momento, Jake no estaba dispuesto a descartarlo.

–¿Así que aún sigues manteniendo que esa historia del secuestro sucedió realmente?

Jessie cerró los puños, soltó un gruñido frustrado y salió de la habitación. Jake la siguió porque no quería que se escapara de nuevo. Seguía necesitando respuestas. Y ella era su mejor baza para obtenerlas. Quizá la única.

La agarró de una muñeca, obligándola a volverse, y en seguida se dio cuenta de su error. Porque su rostro había quedado demasiado cerca del suyo. Aspiró su aroma, deliciosamente femenino. Y había algo más, algo más profundo, como si le resultara familiar... Estupendo. Se estaba dejando afectar por aquella pequeña mentirosa. No podía reconocer su aroma porque no había nada que reconocer. No la conocía de nada. Aun así, sintió un incómodo estremecimiento.

–¿Hasta cuándo piensas seguir acosándome de esa manera? –le preguntó Jessie con tono enérgico.

Tenía los ojos entrecerrados y la barbilla levantada. Pero Jake sabía que estaba nerviosa, como si también a ella la hubiera afectado tanta cercanía. Sacudió la cabeza. Si había algún tipo de extraña química entre ellos, no quería analizarla. No con aquella mujer.

–Hasta que me digas la verdad.

–Ya te la he dicho, pero tú no te la quieres creer. Bueno, ¿pues sabes una cosa? A mí no me importa, siempre y cuando salgas de aquí y me dejes en paz de una vez. Ahora mismo me gustaría tener una crisis nerviosa y no puedo hacerlo contigo llamándome mentirosa cada par de minutos.

–Me temo que tu crisis nerviosa tendrá que esperar –Jake desvió la mirada hacia el tubo de la prueba de embarazo y tomó una decisión. Efectivamente. Se imponía una visita a Laboratorios Cryogen–. Vamos. Se me ha ocurrido una manera de resolver esto ahora mismo –la agarró de un brazo, pero ella se liberó con la misma rapidez.

–Tú estás loco. ¿Acaso te crees que voy a ir a alguna parte contigo?

–No tienes elección. Aún puedo llamar a la policía, ¿recuerdas?

–Entonces, ¿por qué no lo haces? Adelante, llama. Dado que esta habitación no dispone de teléfono, tendrás que salir fuera. Y eso es precisamente lo que quiero que hagas.

–Escucha, lo único que quiero es resolver este embrollo, y podemos hacerlo

yendo ahora mismo a Laboratorios Cryogen. Todavía tenemos tiempo antes de que cierren.

–¿Y eso para qué serviría?

–Ellos te dirían a la cara que mis muestras de semen fueron destruidas hace cuatro meses.

–¿Y? ¿Por qué habría de creerlos, cuando yo vi con mis propios ojos esa muestra?

Jake tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no perder la paciencia. De alguna manera tenía que hacerle confesar que le había mentado, pero gritando o intimidándola no sacaría nada en claro. De hecho, lo único que conseguiría sería empeorar las cosas.

–Mira, si quiero ir allí ahora mismo no es solamente por mí –le explicó, obligándose a tranquilizarse–. Eso también podría... ayudarte a ti.

–¿Cómo? –le preguntó desafiante, con las manos en las caderas.

–Si realmente estás convencida de que esa disparatada historia del secuestro y de la inseminación ocurrió realmente, es razonable pensar que alguien de Cryogen estuvo implicado. Allí trabajan muy pocas personas. Tal vez podrías reconocer a alguna.

–No llegué a verles la cara. Tenían mascarillas.

Por supuesto, se dijo Jake. Tenía que haberlo imaginado.

–¿Y sus voces? ¿Serías capaz de reconocerlas?

–Tal vez –admitió Jessie. Al instante, sin embargo, negó con la cabeza–. Escucha, no puedo ir a Laboratorios Cryogen y entrar allí como si no pasara nada. Alguien quiere matarme, ¿recuerdas? Y podría ser la misma gente que trabaja allí.

–Oh, claro... –Jake, sin embargo, no estaba dispuesto a renunciar fácilmente. No cuando estaba tan cerca de la verdad–. Pero sería bastante improbable que alguien quisiera matarte con un testigo al lado, ¿no te parece? Yo puedo hacer perfectamente de testigo. No te preocupes. Nada malo te sucederá mientras estés conmigo.

Jessie tenía un mal presentimiento respecto a aquel viaje. Y nada de lo que le dijera Jake McClendon podía evitarlo. Recordó sus palabras: «nada malo te sucederá mientras estés conmigo». Ya, claro. Qué fácil le resultaba decir eso... cuando nadie quería matarlo a él.

Bueno, a excepción de ella misma. Y solamente en un sentido figurado.

–No irás a vomitar, ¿verdad? –le preguntó Jake.

Era lo primero que había dicho desde que la obligó a subir a su lujoso coche. Jessie pensó que probablemente esa era su idea de una conversación cómoda, superficial. Estupendo. Pues su idea de contestarlo sería continuar mirando por la ventanilla, en silencio.

–Porque parece como si estuvieras a punto de vomitar –añadió, insistente.

Aquel no era un tema que a Jessie le gustara abordar. Su estómago ya estaba lo suficientemente revuelto como para que encima se pusiera hablar de mareos.

–¿Quieres dejarme en paz? Cuando tenga que vomitar, serás el primero en saberlo. ¿Es que tienes miedo de que te estropee la tapicería de tu elegante coche importado?

–No. Lo que me preocupa es el aspecto que tienes. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo?

–No lo sé.

–Bueno, pues tienes que comer.

Jessie frunció el ceño al ver su expresión de preocupación.

–¿Qué diablos te pasa? Tan pronto me amenazas con llamar a la policía como de pronto te empeñas en alimentarme. Decídette, McClendon. Me estás volviendo loca con tus vacilaciones.

–Que quiera que comas no significa que no piense que eres una mentirosa y una chantajista. Además, ahora mismo estaba pensando más bien en tu embarazo.

Aquello afectó a Jessie. No quería que pensara en el bebé. Ni que se preocupara lo más mínimo por él.

–Pensaba parar en alguna cafetería. Así podrías tomar algo que te asentara el estómago.

–Estoy bien. No tienes por qué preocuparte por mi estómago.

–No me estaba preocupando –pero se detuvo en el aparcamiento de una cafetería de carretera–. ¿Qué te apetece comer?

–Nada –respondió, lanzándole una mirada cargada de disgusto.

–Si no me lo dices, pediré yo por ti.

Desde el mostrador, la camarera les preguntó qué deseaban tomar. Jessie la ignoró.

–¿Siempre eres tan dominante y autoritario, McClendon?

–Siempre.

No lo dudaba. Y tampoco quería discutir. Además, un poco de comida quizá

le asentara algo el estómago, tal y como él le había sugerido.

–Una ensalada y un zumo de naranja –sacó cinco dólares y se los lanzó. El billete fue a caer en su regazo.

–No, pago yo –recogió el billete y se lo devolvió de la misma manera.

–No, no pagarás –replicó, terca. No quería ni un solo céntimo de su dinero.

Pero no tuvo éxito. Jake consiguió volver a meterle el billete en el bolsillo delantero del pantalón. Demasiado tarde se dio cuenta de lo imprudente de aquel gesto. Jessie, por su parte, no pudo evitar un estremecimiento... ciertamente agradable. Mal que le pesara.

Jake se apresuró a sacar la mano de aquel sensible lugar. La alegre voz de la camarera les preguntó si ya se habían decidido. Ninguno de los dos contestó. Jessie fue la primera en reaccionar, deslizándole el billete en el bolsillo de la camisa y procurando tocarlo lo menos posible. Aunque era difícil ignorar aquel sólido y duro pecho. Dios mío. Esperaba que no fuera el pezón lo que le había rozado. Porque, a juzgar por la expresión de sorpresa de Jake, era allí precisamente donde lo había tocado...

Frunciendo el ceño, Jake transmitió a la camarera la orden de Jessie, añadiendo una hamburguesa para él. Una vez servidos, buscó un lugar tranquilo donde aparcar.

–¿Quién diablos eres tú realmente? –le espetó de pronto, mientras empezaban a comer.

–Ya hemos hablado de eso, y no quiero volver a discutir –introdujo la pajita en el vaso de zumo y empezó a beber–. Yo que tú elegiría un tema más inofensivo de conversación. Algo frívolo.

–De acuerdo. ¿Por qué te pusiste a trabajar de camarera?

–Lo que realmente quieres preguntarme es por qué no elegí un trabajo mejor, ¿verdad? –probó la ensalada, dándose tiempo para contestar–. En realidad estuve trabajando en esa cantina solamente una semana. Si me metí a camarera fue porque me gustaba la idea de comer con regularidad y pagar mis facturas. Seguro que tú nunca has tenido que preocuparte por eso.

No hubo réplica a su comentario. Ni sarcasmo alguno. Solamente silencio. Jessie lo miró para asegurarse de que no se había atragantado con su hamburguesa. La luz que entraba por la ventanilla se derramaba sobre su rostro. Un rostro de rasgos duros. Y guapo, admitió reacia.

Allí estaba otra vez. Aquella extraña sensación cada vez que lo miraba. Más que una punzada, pero menos que un sobresalto. Algo que en absoluto quería experimentar. ¿Qué tenía aquel hombre para afectarla tanto?



–¿Qué pasa? –le preguntó Jake.

–¿Qué pasa de qué?

–Me estás mirando.

–Lo siento –desvió la vista–. No sabía que eso fuera contra la ley.

–Escucha, hagamos una tregua. Corta, aunque sea. De esa manera, tú podrás hacer algo más que picar esa ensalada y yo no sufriré una indigestión.

Jessie levantó su vaso de zumo en el preciso instante en que él alzaba su cerveza. Le rozó el dorso de la mano. Solo fue un contacto fugaz, casi imperceptible. Con cualquier otro hombre, no lo habría notado. Pero con Jake McClendon sí.

Y aparentemente él también, porque cuando Jessie levantó la mirada, vio que tenía los ojos clavados en ella. Miró su boca de labios sensuales, bien delineados. Probablemente sería un consumado maestro del beso... ¿Pero por qué estaba pensando en esas cosas? Estaba perdiendo el juicio. Aquello era sencillamente una estupidez. No podía excitarse tanto mirando la boca de un hombre. Sobre todo la de un hombre en quien no confiaba en absoluto.

–Adelante –murmuró–. Di algo frívolo.

–¿Qué? –inquirió él cuando se disponía a dar un mordisco a su hamburguesa. Aquel hombre tenía la virtud de irritarla.

–Que saques un tema inofensivo de conversación. O mejor, hazme alguna de esas estúpidas preguntas tuyas. Acúsame de ser una prostituta, o una bailarina de strip-tease. Cualquier cosa.

–¿Vas a tener una crisis nerviosa?

Jessie pensó que aquella sería una buena ocasión para tenerla.

–Creo que deberíamos irnos. No quiero seguir perdiendo el tiempo de una manera tan absurda.

Jake rezongó algo y guardó el resto de su hamburguesa en su bolsa de papel. Encendió rápidamente el motor y salió del aparcamiento. Con el rabillo del ojo, Jessie vio que apretaba con fuerza el volante.

–Me sorprende que todavía no hayas intentado saltar del coche.

Jessie se lo había planteado, pero había terminado descartando la idea. No quería acabar llena de magulladuras y contusiones, sobre todo cuando estaba convencida de que alguien los estaba siguiendo. Porque si intentaba escapar, alguno de sus matones a sueldo podría atraparla y volver a meterla en el coche. Además, quizá después de todo aquel viaje a Laboratorios Cryogen pudiera facilitarle algunas respuestas.

–Supongo que no estoy de humor para ello –respondió, apoyando

cómodamente la cabeza en el respaldo del asiento.

–¿Y estás de humor para hablar?

–Tampoco. Lo estaré cuando tú estés de humor para escucharme.

–Yo siempre lo estoy, siempre y cuando me digas la verdad.

–Ya te lo he dicho –repuso Jessie. Al menos le había dicho la parte de verdad que ella sabía. Porque... ¿cuál era la verdad completa? ¿Acaso aquel político, Abel Markham, la había utilizado para sus propósitos? ¿O era Jake McClendon el principal responsable del complot? Quizá no fuera ninguno de ellos. Quizá fuera la persona de la que menos había sospechado.

–Ya estamos –pronunció Jake, señalando el edificio al que se estaban acercando–. Laboratorios Cryogen. ¿Estás segura de que no quieres confesarlo todo ahora? Así te evitarías una humillación pública...

–La única persona que se está arriesgando a humillarse públicamente eres tú –replicó Jessie, no muy convencida.

Laboratorios Cryogen ofrecía un aspecto perfectamente inocuo, con sus muros de ladrillo color crema y sus contraventanas blancas, pero aun así tenía algo que la hacía temblar por dentro. Y con razón. De alguna forma, alguien relacionado con aquella empresa había estado involucrado en su secuestro. Y en un diabólico plan cuyo resultado era su actual embarazo. Aspiró profundamente, estremecida. Aquel no era el momento más adecuado para pensar en las consecuencias de su embarazo. O en el bebé. Eso solamente conseguiría distraerla. Y ya no podía permitirse ninguna distracción más. Más adelante ya decidiría algo al respecto.

Jake aparcó el coche y se dirigieron hacia el edificio.

–Bueno, tengo que reconocerte algo, Jessie. Realmente pensé que a esas alturas ya habrías intentado escapar.

Jessie se detuvo en seco, dispuesta a darle una buena respuesta, la que se merecía, pero justo en aquel instante la asaltó un mareo. Y, muy a su pesar, tuvo que apoyarse en él.

–Dios mío –murmuró Jake–. ¿Qué te pasa?

Intentó apartarse, pero no podía. No si no quería caerse al suelo. De modo que no tuvo más remedio que apoyar la cabeza en su hombro y esperar a que se le pasara.

Olía maravillosamente bien. Y el brazo que le había deslizado por la cintura era fuerte, musculoso, seguro...

–Respira profundamente –le sugirió.

Así lo hizo. Eso la alivió un poco.

–Odio marearme así...

–Lo entiendo. Es difícil seguir mintiendo y fingiendo cuando estás pálida como un fantasma.

Jessie se obligó a enfocarlo con la mirada. Estaban demasiado cerca. Su cuerpo estaba presionado contra el suyo. A través de la fina tela de su camiseta, podía sentir la hebilla de su cinturón contra su estómago. Y, justo más abajo, algo igualmente duro...

Sus rostros estaban tan cerca que hasta podía contarle las pestañas. Unas pestañas largas y oscuras. Su aliento era dulce. Necesitaba un afeitado. Y luego estaba su boca... No, no se permitiría pensar en aquella boca. Se obligó a apartarse de él.

–Gracias, Jake McClendon, por recordarme lo estúpido que eres. No, eres peor que un estúpido. Eres un canalla.

–Muchas gracias.

Pero no había sarcasmo en su voz. Cuando Jessie alzó la mirada, vio algo más que preocupación en su expresión. Seguía tan cerca como antes, a pesar de que ella había retrocedido un paso. Retrocedió otro, pero él la agarró de un brazo. Lo agradeció. Seguía mareada, y si no lo hubiera hecho, habría caído con toda seguridad al suelo.

–Vamos, entremos de una vez –insistió–. Así yo podré sentarme y tú no tendrás necesidad de sostenerme.

–No te preocupes. Si te estoy sosteniendo es por tu bebé, no por ti. No quiero que me acuses de hacerte daño. O de presionarte demasiado.

Jessie soltó una risa falsa.

–Es una broma, ¿verdad? Hasta el momento, no has hecho otra cosa que presionarme de todas las formas imaginables. Me has perseguido, acosado, insultado, obligado...

–Yo solo quiero respuestas, y lamento que no te gusten mis métodos. Una vez que entremos por esa puerta, tu juego habrá terminado. Tú saldrás de una vez de mi vida y yo de la tuya.

–Bien –se liberó de él y logró caminar sola hasta la puerta del edificio. Afortunadamente, la furia se impuso a su aturdimiento.

La sala de recepción ofrecía un aspecto impecablemente profesional, casi demasiado frío. La secretaria que se hallaba sentada detrás del amplio mostrador los saludó con una sonrisa.

–Bienvenidos a Laboratorios Cryogen. ¿En qué puedo atenderlos?

–Soy Jake McClendon.

–Oh, señor McClendon –la atractiva rubia se ruborizó–. Vaya, es usted de verdad... Le he visto en la televisión, pero en persona es todavía más... impresionante.

Jessie alzó los ojos al cielo. El colmo. Una admiradora de McClendon. Aquella boca tan sexy debía de tener el mismo efecto en todas las mujeres. Pero, aparentemente, a Jake no debían de agradaarle mucho aquellas muestras de adoración, porque fue directamente al grano:

–Necesito hablar con el señor Radelman.

–Oh. Ya no trabaja aquí.

–¿Desde cuándo? Él fue quien me llamó cuando mis muestras resultaron destruidas.

–Sí, y se marchó... veamos, permítame un momento... –revisó el calendario–... sí, unas dos semanas después.

Dos semanas después de que las muestras se destruyeran y dos antes de que alguien la secuestrara. Jessica dudaba que fuera una coincidencia. Su inseminación debía de haber sido obra de un médico.

–¿Por qué se marchó el doctor Radelman? –quiso saber Jake.

–Cambió de trabajo. Harvest Place, creo que se llama la empresa en la que está ahora. O algo así. No tiene nada que ver con Cryogen.

–Recuerdo que aquí trabajaba una enfermera. Pelirroja, alta, de voz fina, muy aguda.

Voz aguda. Aquello llamó la atención de Jessie. La mujer que la había mantenido cautiva tenía una voz aguda. E indudablemente se había tratado de una enfermera, dado que había sido ella quien le había administrado las inyecciones. Y era alta. Eso también lo recordaba, aunque no había logrado verle el rostro. Ni el color de su pelo, que llevaba higiénicamente protegido. Pero sus ojos... sí, había visto sus ojos. Eran de un color verde oscuro.

–Debe referirse usted a Marion Cameron –pronunció la rubia con una sonrisa–. Tampoco trabaja ya aquí. Se marchó al mismo tiempo que el doctor Radelman.

Jake sacudió la cabeza, aparentemente frustrado.

–¿Cambio de trabajo?

–No, un año sabático. Estaba sometida a mucha presión. Además, su marido la abandonó, con lo que lo estaba pasando bastante mal.

–¿Tiene los ojos verdes? –inquirió Jessie, en un impulso.

Jake se volvió para mirarla.

–Pues... sí –respondió la enfermera, extrañada.

Jessie no sabía si sentirse aliviada o no. Finalmente había encontrado una prueba, por mínima que fuera.

–Gracias por la información –se dirigió Jake a la secretaria–. ¿Por casualidad no tendrá usted la dirección del doctor Radelman o de Marion Cameron?

–Lo siento –repuso, todavía más ruborizada–. Esos datos son confidenciales. No se me permite darlos.

Jessie creyó que Jake iba a objetar algo, pero no lo hizo. Probablemente porque contaba con gente que podría conseguir fácilmente aquel tipo de información. La tomó del brazo y salió del edificio.

–¿Sigues pensando que miento? –le espetó ella mientras atravesaban el aparcamiento.

–Sí –contestó al cabo de unos segundos.

Por supuesto. ¿Qué se había esperado?

–¿Y qué pasa con el médico y la enfermera desaparecidos? ¿Te parece una coincidencia que se marchasen justo después de que tus muestras supuestamente se destruyeran?

–Todavía no sé qué pensar... no hasta que haya hablado con ellos –ya estaba delante del coche, pero no abrió la puerta–. Haré unas cuantas llamadas y averiguaré dónde están.

–¿Y luego qué?

–Bueno, no lo sé. Aunque por algún milagro esa gente estuviera involucrada en tu presunto secuestro... eso no quiere decir que lleves en tus entrañas un hijo mío.

Jessie se disponía a replicar algo cuando detectó un movimiento con el rabillo del ojo. Era un sedán blanco, último modelo. Y su dueño conducía con sospechosa lentitud. En aquel preciso instante, sonó un tiro ensordecedor. El cristal trasero del coche de Jake reventó en mil pedazos.

–¡Agáchate! –exclamó.

Jake gritó algo similar al mismo tiempo, subrayándolo con una maldición. Una lluvia de balas silbó por encima del techo. Inmediatamente, la furia de Jessie se evaporó. En su lugar se impuso el instinto de supervivencia... y el miedo. Un miedo pavoroso. Dios, no quería morir así...

Cayó al suelo, de rodillas. Jake terminó de tumbarla en el suelo y se tumbó a su vez encima de ella, protegiéndola con su cuerpo. Apenas alcanzó a distinguir al hombre que conducía el coche blanco.

–Alguien nos está disparando.

Jessie pensó que eso no necesitaba que se lo dijeran. Ya lo sabía ella misma. «No te preocupes. Nada malo te sucederá mientras estés conmigo». Las palabras de Jake acudieron de pronto a su mente. Ella le había advertido de que alguien deseaba verla muerta y él no la había creído. Bueno, quizá eso lograra convencerlo del todo. Si vivían lo suficiente para contarlo...

Una bala, inmediatamente seguida de otra, hizo impacto en el coche. Jessie tenía el corazón en la garganta. Miles de pensamientos se le ocurrieron, ninguno bueno. Esa vez, el asesino podía muy bien conseguir su objetivo. Y quizá incluso matar también a Jake. Oyó un chirrido de neumáticos, seguido de otro disparo. No se atrevía a esperar que el asesino se hubiese dado por vencido. A juzgar por el sonido, quizá solamente estuviera rodeándolos para poder hacer mejor blanco. Contuvo el aliento. Podía sentir el amargo sabor del pánico en la boca. Jake se apretaba contra ella. Tenía la respiración acelerada, los músculos tensos.

Cuando el coche blanco desapareció momentáneamente de su línea de visión, Jake estiró un brazo para abrir la puerta.

–Métete en el coche y mantente agachada.

Rodó a un lado para protegerla con su cuerpo mientras ella subía al coche. Al hacerlo, se expuso a un enorme peligro. Jessie no se permitió preguntarse por qué lo hacía. No tenía tiempo para ello. Acurrucada en el suelo del vehículo, le gritó:

–¡Sube!

Lo hizo, cerrando la puerta. Segundos después encendía el motor. Salieron a toda velocidad justo cuando otra bala impactaba en la ventanilla derecha, justo encima de la cabeza de Jessie.

–¿Estás herida? –le preguntó Jake mientras tomaba rápidamente una curva.

–No. ¿Y tú?

–No. Manténte agachada.

–Yo podría decirte lo mismo.

Pero él no se agachaba. Su prioridad era alejarse cuanto antes de la persona que acababa de intentar matarlos. O matarla. Jessie sospechaba que aquellas balas habían sido dirigidas contra ella. ¿Jamás terminaría aquella pesadilla?

–¿Nos sigue? –inquirió, incapaz de verlo por sí misma. No tuvo que esperar a que Jake le contestara. Otra bala impactó en el techo del coche—. ¿Has visto al que nos dispara?

–Solo he visto un hombre con un coche blanco. La primera letra de su matrícula es la C.

–Y la última la F –añadió Jessie—. El resto de la placa está como cubierta de barro... Creo que podría ser el mismo hombre que me secuestró.

Jake tomó otra curva, mirando constantemente por el espejo retrovisor.

–Creí que habías dicho que te secuestraron cuatro personas.

–Y fueron cuatro. Tres hombres y una mujer. Apuesto a que uno de ellos era el doctor Radelman. La mujer pudo haber sido Marion Cameron. Los otros dos debieron de ser los tipos que me maniataron y me metieron en una furgoneta.

Jake no dijo nada durante un rato.

–Bueno, sea quien sea ese tipo, por lo visto ha renunciado a perseguirnos. Se ha desviado por otra calle.

Pero la noticia no consiguió aliviarla. Eso solo significaba que el pistolero había dejado de perseguirlos, no que ella estuviera a salvo. Y, por cierto, tampoco lo estaba Jake. Le extrañaba que el pistolero hubiera disparado de aquella manera contra los dos. Un asesino a sueldo no se habría arriesgado a disparar contra su jefe.

–No te incorpores todavía –le ordenó Jake al ver que empezaba a moverse.

Pero a Jessie no le gustaba recibir órdenes. Después de todo, era él quien los había puesto en peligro a ambos al insistir en ir a Laboratorios Cryogen. Aunque, si no lo hubieran hecho, no habrían podido descubrir los nombres de las dos personas que, muy probablemente, habían estado involucradas en su

secuestro.

Ahora lo que tenían que hacer era localizar a esas personas y obligarlas a confesar. No contendría el aliento a la espera de que eso sucediese, pero dado que conocía sus nombres, quizá podría pedirle a Byron que los investigara. Aunque enredarlo aún más en aquel asunto no era precisamente una buena idea, ya que lo comprometería muy seriamente si llegaba a saberse que la había ayudado...

Jake sacó un móvil de la guantera y empezó a marcar un número.

—¿A quién llamas? —le preguntó ella, volviendo a sentarse.

—¿A ti qué te parece? A la policía.

Jessie ansió desesperadamente impedirselo, pero no se le ocurría ninguna razón en contra. Era lógico llamar a la policía. Alguien había intentado matarlos. Pero aun así...

—¿Qué vas a decirles?

—La verdad.

—¿Toda la verdad? ¿Incluso... lo relativo a mí?

Jake se quedó en silencio durante unos segundos, frunciendo el ceño.

—¿Sabes? Hay algo más que me sigue extrañando de ti... ¿por qué no fuiste a la policía desde un principio? Si lo hubieras hecho, quizá te habrías ahorrado este atentado.

Debió de haber previsto aquella pregunta. Lo malo era que no tenía ninguna explicación lógica.

—Tengo mis razones para guardar... cierta discreción.

—¿Y cuáles son esas razones?

—Eso es asunto mío.

—Respuesta equivocada. Cuando resulta que un tipo me dispara a mí cuando te apunta a ti, ese asunto pasa a ser mío también. Así que repetiré la pregunta. ¿Por qué no fuiste a la policía cuando escapaste supuestamente de tus secuestradores?

Se lo quedó mirando por un momento hasta que, sacudiendo la cabeza, desvió la vista.

—Porque pensé que podría arreglármelas sola. Supuse que en cuanto llamase a la policía, esos tipos borrarían sus huellas tan rápidamente que nunca podría encontrarlos.

—¿Y? A mí me parece que hay más cosas. Tú eras consciente de lo peligroso que era investigar por tu cuenta y riesgo un asunto semejante. Además de que no estabas investigando nada, sino escondiéndote.



Eso no era cierto. De hecho, aquella incursión en su hotel había sido una misión investigadora. Lo malo era que también había sido una estupidez. Como también lo había sido involucrar a Byron en todo aquello. Aun así, si Jessie hubiera creído sinceramente que llamar a la policía habría podido servir de algo, la habría llamado a pesar de las consecuencias.

–Si fuera a la policía y les dijera que sospecho que tú me secuestraste, ¿piensas acaso que me creerían? Yo lo dudo mucho.

–Ah, pero eso es por tus antecedentes penales. En cualquier caso, tendrás que dejar a un lado tu desconfianza hacia el brazo de la ley y dejarles que hagan su trabajo. No tienes más remedio.

Aparentemente, tenía razón. Jessie no volvió a abrir la boca mientras él hacía la llamada, escuchando su relato. A ella la identificó como su «pasajera». No les habló del secuestro ni de todo lo demás que ella le había dicho. Pero lo haría. Estaba convencida de ello.

Miró por la ventanilla. Todavía le temblaban las manos. Aunque consiguiera bajarse del coche antes de llegar a la comisaría, Jake se lo contaría todo a la policía, con todo lujo de detalles. Peor aún, la implicaría en el caso de la misteriosa inseminación. La policía se apresuraría a buscarla. Y, buscándola a ella, más tarde o más temprano acabarían tropezando con Byron.

Por otro lado, dudaba de poder convencer a Jake de que le guardara el secreto. Eso sería imposible. Aunque, por supuesto, no tenía por qué contárselo todo a la policía: solo lo que ella le había contado. De esa manera podría proteger provisionalmente a Byron. Hasta que tomara una decisión sobre el siguiente paso a dar.

–Lo siento –pronunció de pronto Jake–. No debí haberte traído a Laboratorios Cryogen conmigo.

Seguía concentrado en el tráfico, sin mirarla.

–¿Es eso una disculpa?

–Sí, supongo que sí. Hasta que todo esto se haya aclarado, quiero proporcionarte protección. Un guardaespaldas, quizá. Esto no significa que me haya creído todo lo que me has dicho, pero, evidentemente, estás en peligro.

Por más que Jessie quiso replicarle con un comentario irónico, no pudo. Se sentía demasiado agotada para discutir con él.

–Yo no necesito un guardaespaldas.

–Tú no, pero tu bebé sí. ¿Has pensado en eso?

No lo había hecho. Y tampoco quería hacerlo. Ahora no. Por el momento, el bebé solo era una vaga idea asociada a aquel círculo azul del test del

embarazo, en el fondo del tubo.

–Considéralo como mi buena acción del día –añadió Jake.

–¿Ah, sí? Y eso lo dice el hombre que me aseguró que estando a su lado nada malo me sucedería. ¿Cuántos tiros calculas que nos disparó ese tipo?

–Escucha, fuiste tú quien me complicó en todo este lío. Tú fuiste a verme, ¿recuerdas? Ahora lo que quiero es resolverlo de una vez, y para ello te proporcionaré esa protección lo quieras o no, ¿entendido?

Sí, lo había entendido. Solo esperaba que eso no les costara la vida a los dos. O peor aún: a los tres. Ahora tenía otra vida de la que preocuparse. Si no podía protegerse a sí misma, tampoco podría proteger a su bebé.

Su bebé. ¿Por qué, de repente, proteger a su bebé le parecía lo más importante del mundo?

Había anochecido para cuando terminaron los trámites en la comisaría de policía, aunque les tomaron declaración casi inmediatamente. Los agentes acordaron no filtrar ninguna información acerca de Jessie. Necesitaban tiempo para confirmar su versión e intentar averiguar algo sobre el doctor Radelman y Marion Cameron.

En líneas generales, Jessie se mostró bastante colaboradora con la policía, pero a Jake no le pasó desapercibida su incomodidad. Suponía que era natural. Aparte de un par de peleas de bar durante su juventud, él no había tenido ningún encontronazo con la ley, pero ella no podía decir lo mismo.

Mientras tomaban declaración a Jessie, Jake llamó al rancho para avisar a su ama de llaves. También encargó a uno de sus trabajadores que le llevaran otro coche, dado que la policía quería quedarse con el suyo para examinar los impactos de bala.

–¿A dónde diablos me llevas ahora? –le preguntó Jessie cuando abandonaban la comisaría.

–A mi rancho. Al norte de San Antonio. Allí estarás a salvo.

No discutió, probablemente porque se sentía demasiado cansada. Recordó que Anne solía fatigarse mucho al principio de su embarazo, y supuso que Jessie estaría pasando por lo mismo. A lo que había que añadir el hecho de que alguien hubiera intentado asesinarla.

El viaje hasta su rancho de Hill Country duró una media hora. En algún momento del trayecto se quedó dormida, y Jake lo aprovechó para reflexionar sobre su siguiente paso. Podía dejar el asunto completamente en manos de la

policía. Quizá incluso ellos pudieran proporcionar a Jessie una protección más adecuada. De esa manera, si existía alguna especie de complot para destrozarse su carrera política, se abriría una investigación oficial, limpia, sin tapujos. Con un poco de suerte, Abel Markham acabaría detenido.

Pero ese plan tenía un problema: que Markham podría encontrar a Jessie, y matarla incluso, antes de que la policía reuniera pruebas suficientes en contra suya.

—Diablos —murmuró entre dientes. Aquella mujer podía llegar a resultar terriblemente molesta, pero no la quería muerta. Sobre todo si era un peón del juego de Markham.

También había que pensar en el bebé, aunque por el momento no sabía qué hacer al respecto. Ni siquiera quería plantearse la posibilidad de que ella le hubiera dicho la verdad y fuera realmente suyo.

No, el bebé no podía ser suyo. Era imposible. La miró de nuevo. Incluso dormida parecía como si no estuviera descansando. Tenía tensos los músculos de la cara, los puños cerrados. ¿Qué tipo de demonios estaría combatiendo? Él sabía mucho sobre demonios, durante años había luchado contra ellos. Y reconocía los síntomas.

Utilizó el mando a distancia para abrir la verja de su propiedad. El trío de dobermans surgió de la oscuridad, ladrando. El ruido debió de sobresaltar a Jessie, porque abrió rápidamente los ojos.

—¿Qué pasa?

—Nada. Solo son los perros guardianes. Se tranquilizarán cuando me reconozcan.

Y así ocurrió minutos después, aunque continuaron corriendo al lado del coche. Jessie se frotó los ojos y contempló el rancho por la ventanilla.

—Vaya casa que tienes...

«Inmensa» era el adjetivo que utilizaba la mayoría de la gente para describir su propiedad. Poseía cerca de una hectárea, y el edificio principal se levantaba justo en el centro. Cuando veinte años atrás su madre diseñó aquel lugar, había afirmado que quería «espacio». Y, desde luego, había espacio más que suficiente en los tres pisos de aquella enorme casa, con sus sillares de piedra caliza y sus numerosas terrazas y balcones de madera. Aun así, encajaba perfectamente en el entorno de Hill Country. Y en los gustos de Jake.

Bajó del coche y se apresuró a rodearlo para abrirle la puerta.

—¿Quieres que te ayude?

—No, gracias —sonrió—. Todavía puedo caminar.

Y lo hizo, aunque tuvo que apoyarse en la barandilla para subir los escalones de la entrada.

–¿Tienes alarma, o sistema de seguridad?

–El mejor. Además, hay detectores en los jardines y los perros siempre están fuera.

–Un equipo muy sofisticado para un rancho de ganado.

Hizo el comentario con tono indiferente, pero Jake sabía que la preocupaba su propia seguridad.

–Tuvimos un problema el año pasado, así que renové todo el sistema.

Jessie se detuvo en el último escalón, volviéndose para mirarlo.

–¿Te refieres a la muerte de la mujer que trabajaba en la Cantina de Ray?

–Sí. Formaba parte de la empresa de catering que había contratado para una fiesta. ¿La conocías?

Incluso en la oscuridad, distinguió algo en sus ojos. Una mirada de inmensa tristeza. Pero rápidamente apartó la vista.

–No –respondió al fin–. Murió antes de que yo empezara a trabajar para Ray.

Pero obviamente había oído algunas cosas. Rumores que, a buen seguro, lo implicaban a él.

–Esa mujer salió de la casa y, accidentalmente, cayó al estanque y se ahogó –le dijo, como si le debiera una explicación–. Después de eso, decidí que nadie saldría a pasear por mi propiedad sin que yo estuviese avisado.

Con la mirada perdida, Jessie no pronunció una sola palabra. Jake la tomó de un brazo.

–Vamos, entremos de una vez.

Ellen, su ama de llaves, salió a recibirlos. Jake hizo las presentaciones.

–Ellen te preparará una cena caliente y luego te acompañará a tu habitación.

–Gracias –repuso Jessie.

Una vez más advirtió lo pálida que estaba y se preguntó si debería llamar a un médico. Lo haría si al día siguiente su aspecto no mejoraba.

–Tengo algunas llamadas que hacer. Luego intentaré dormir un poco. Tú haz lo mismo, ¿de acuerdo?

Asintió débilmente con la cabeza y siguió al ama de llaves fuera del vestíbulo. Jake se quedó allí durante un momento, pensativo. Se maldijo por preocuparse tanto por ella. No necesitaba ese tipo de complicaciones emocionales con una mujer que, hasta el momento, no le había ocasionado más que problemas. De modo que, cuanto antes la sacara de su vida, mejor.

Algo la despertó. Un susurro. Sentándose rápidamente en la cama, aguzó los oídos y miró a su alrededor. No tardó en suspirar de alivio. Estaba sola. Nadie había ido a buscarla aquella noche.

No habría forcejeo. Nadie la agarraría por la espalda para dormirla con cloroformo. No la encerrarían en un almacén. No la secuestrarían. Esa noche solamente la molestarían aquellos recuerdos y la incertidumbre sobre su futuro. Miró el reloj: eran las dos de la madrugada. Afuera soplaba un fuerte viento, como si se acercara una tormenta. Haciendo a un lado las sábanas, se levantó y salió a la amplia terraza de madera. El cielo estaba despejado y salpicado de estrellas, con la luna en cuarto creciente. La vista era maravillosa.

Dejó que la brisa fresca le acariciara la cara. Olía a madera de cedro, pero también a... humo. A humo de tabaco. Con el rabillo del ojo, distinguió algo, un movimiento, el fugaz parpadeo de una luz. Era Jake. Jake, observándola. Y fumando un largo y fino cigarro. Estaba en el otro extremo de la terraza, a solo unos metros de ella. Tenía la espalda apoyada contra la barandilla de madera. Y estaba desnudo.

Parpadeando asombrada, Jessie volvió a mirarlo. No, no estaba completamente desnudo. Llevaba unos calzoncillos tipo boxeador, de color pardo. La brisa hacía que se le pegaran al cuerpo, revelando todo aquello que cubría la tela. Vio que apagaba tranquilamente el cigarro en el cenicero de cristal que sostenía en la otra mano.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti, Jessie?

Era la pregunta más sugerente que le habían hecho nunca. Se obligó a recordar que realmente no confiaba en absoluto en él. Tenía un cuerpo perfecto, con aquel torso que parecía esculpido en piedra, cubierto por un vello oscuro que descendía en una fina línea por su vientre plano.

—¿Eres aficionado al tabaco?

Ella misma esbozó una mueca al preguntárselo. ¿Acaso no se le ocurría nada mejor? ¿Por qué no se despedía de él y se volvía de una vez por todas a su habitación? No tenía ninguna necesidad de estar allí.

—La verdad es que no —respondió.

Confundida, señaló con la cabeza el cigarro aplastado contra el cenicero.

—Pero acabas de fumarte un cigarro.

—Necesitaba algo para calmar los nervios, supongo.

No funcionó. Parecía perfectamente tranquilo. A excepción del músculo que latía en su mandíbula. Y de la forma que tenía de entrecerrar ligeramente los ojos.

Jessie lo contempló detenidamente. Estaba excitado. Era difícil no notarlo. Obviamente había interrumpido unos pensamientos muy... íntimos.

Dios mío. ¿Por qué su excitación le provocaba aquel acaloramiento, aquella reacción indeseable? Jake no constituía ninguna opción para ella. Disgustada consigo misma, murmuró:

–Bueno, tengo que volver a entrar. Buenas noches.

No esperó a que respondiera. Cuando se volvía para entrar, descubrió su propio reflejo en el cristal. Y se quedó con la boca abierta. Después de ver a Jake en aquel estado de desnudez, y de excitación, se había olvidado de su propio aspecto. De lo que llevaba o... más bien de lo que no llevaba. Iba vestida exactamente con lo que se había puesto para meterse en la cama: una minúscula braga y una fina camiseta, que sugería más que ocultaba.

Y la reacción persistía. Seguía sintiendo un cosquilleo por todo el cuerpo.

–Balas perdidas... –repitió Jake entre dientes antes de tomar otro sorbo de café... de un intento de robo en una tienda cercana.

Colgó el teléfono, con las palabras del policía todavía resonando en sus oídos. Demasiada casualidad. No le dijo al inspector que no se lo creía.

–Vaya, aquí estás –exclamó Willa, apareciendo de pronto en la cocina–. Me he enterado por las noticias de que alguien te estuvo disparando. ¿Por qué diablos no nos llamaste?

–¿Estás bien, Jake? –le preguntó Douglas, entrando justo después que ella.

Jake había previsto aquella visita, aunque no tan pronto.

–El pistolero no me estaba disparando a mí –precisó–. Estaba atacando a Jessie.

–¿Jessie? –repitieron Douglas y Willa, al unísono.

Habría preferido explicárselo más tarde, ganar algo de tiempo, pero en cualquier instante Jessie entraría por aquella misma puerta. Y esperaba que lo hiciera llevando algo más que lo que se había puesto la noche anterior. Si no, se pondría a jadear como un perro y sería incapaz de explicar nada...

Una cosa era segura: Jessie Barrett no parecía una mujer embarazada. Era la cuarta cosa que había advertido en ella después de que saliera a la terraza la noche anterior. Las otras tres que habían cautivado su atención eran sus senos y su delicioso trasero. Habría tenido que estar ciego para no verlas. Y para no reaccionar en consecuencia.

Había llevado un pequeño y ajustado top que, supuestamente, hacía las veces de sostén. Había podido ver el delicado contorno de sus senos, con sus pezones presionando contra la tela. Una parte muy concreta de su anatomía había disfrutado con aquella visión. Y le estaba agradecido por ello. Era su cerebro el que aún seguía dándole problemas.

Aquella mujer le estaba prohibida. Simplemente había demasiadas cosas que ignoraba sobre ella. Y demasiadas cosas que sí sabía. Como que estaba embarazada, por ejemplo. Su cuerpo había experimentado una extraña reacción ante aquel recordatorio. De repente no había ansiado otra cosa que tumbarla en el suelo y hundirse, sumergirse en ella. Oír a Jessie susurrar su nombre. Aspirar su aroma, impregnándolo, y el suyo en ella...

Por eso se sentía tan asqueado consigo mismo. No debería haber pensado esas cosas. Una vez que descubrieran al tipo que estaba detrás de aquel asunto... bueno, lo cierto era que ni siquiera sabía lo que haría entonces. Pero seguro que no sería fantasear con hacerle el amor en la terraza. Ni en la terraza ni en ningún otro sitio.

—Es una conocida mía —explicó, procurando dosificar al máximo la información—. Está atravesando una mala situación, así que se quedará aquí por unos días.

Willa y Douglas lo miraron como si fuera un marciano. Y con razón. Desde lo de Anne no había vuelto a llevar a ninguna mujer a casa.

—¿Conocemos nosotros a esa Jessie? —quiso saber Willa. Sus ojos azules, un calco de los de Jake, reflejaban una sincera preocupación.

Jake bebió un trago de café y negó con la cabeza. Afortunadamente, la cafeína estaba comenzando a funcionar.

—No.

Sacudiendo también la cabeza, Douglas aceptó la copa que Ellen le ofreció. Después de servirle un té a Willa, el ama de llaves se disculpó y salió de la cocina.

—Esto no me parece nada bien, Jake —le comentó Douglas con aire pensativo—. ¿Desde cuándo conoces a esa mujer?

—Desde hace poco.

—¿Y la has traído a casa?

—Ya te he dicho que tiene problemas.

—Problemas que tú no necesitas para nada. Solo estamos a tres meses y medio de la fecha de las elecciones, por el amor de Dios. No necesitas distraerte con una mujer.

Por alguna razón, aquel comentario consiguió irritar a Jake.

—Resulta gracioso. Hace unos pocos días me animabas precisamente a acostarme con la mujer de Rawley Emmett.

Douglas lo agarró de un brazo.

—¿Entonces es de eso de lo que se trata? ¿De puro sexo?

—Diablos, no —lo habría negado aún con mayor firmeza si en aquel preciso instante no hubiera aparecido Jessie.

Se detuvo en el umbral, mirando a Willa y a Douglas con expresión temerosa.

—Lo siento. Me temo que he interrumpido una reunión familiar.

—¿Así que tú eres Jessie?



Jake detectó algo más que curiosidad en la voz de Willa. Celos. Una reacción refleja por parte de su hermana. En su matrimonio había aprendido de la peor manera posible el significado de los celos. Pero no había lascivia alguna en la mirada de Douglas. De hecho la estaba mirando ceñudo, con expresión casi agresiva, como si se hubiera interpuesto en su camino o en el camino de las próximas elecciones. Douglas era un gran asesor, pero ante cualquier contratiempo podía resultar cruel, brutal. Y resultaba obvio que eso era precisamente lo que pensaba de Jessie.

Jake miró a Jessie. Parecía a punto de desmayarse. Evidentemente no había esperado encontrarse con nadie esa mañana, aparte de Ellen. De repente tuvo miedo de que les dijera algo relativo al secuestro o a la inseminación, antes de que él pudiera evitarlo. Consciente de que necesitaba hacer algo, cualquier cosa, y rápido, se acercó a ella.

–Lo siento –murmuró Jessie–. No sabía que...

Pero Jake la interrumpió besándola repentinamente en los labios. Fue un beso muy rápido, y se retiró casi esperando que le propinara una bofetada como respuesta. Afortunadamente, no lo hizo. Se había quedado sin aliento.

–¿Por qué has hecho eso? –le susurró en voz baja, para que los demás no la oyeran.

–Porque tendremos que fingir que somos amantes, si no queremos tener que responder a un montón de incómodas preguntas. ¿Entendido?

Jessie parpadeó de puro asombro.

–Sí –pronunció.

Aquella mañana no estaba tan pálida como el día anterior, aunque seguía teniendo ojeras. Llevaba unos vaqueros ajustados y una camisa blanca anudada a la cintura. Debajo, Jake sabía que llevaba un top similar a aquel con el que tanto había disfrutado la noche anterior. Más sexy que cualquier prenda de lencería que hubiera visto en su vida.

–No vuelvas a besarme otra vez –le susurró Jessie, inclinándose hacia él.

–¿Ah, no? ¿Ni siquiera fingiendo?

Eso pareció disgustarla, o provocarle algún tipo de reacción que Jake fue incapaz de interpretar.

–Supongo que mis hormonas están demasiado alborotadas –murmuró como para sí misma, frunciendo el ceño.

–¿Perdón?

Por primera vez desde que la conoció, Jake distinguió un brillo de vulnerabilidad e indefensión en sus ojos grises. Era extraño. No lo había visto

ni siquiera cuando el pistolero disparó contra ellos.

–Er... es igual. Prescindamos de los besos, ¿de acuerdo?

Jake se la quedó mirando asombrado. Había reaccionado a aquel pequeño beso. Y además lo había reconocido. Ante él, ni más ni menos. Bueno, no se entretendría demasiado en el hecho de que aquel rápido beso había conseguido alegrar cierta parte de su anatomía. No. Tenía que esforzarse por combatir aquella atracción.

Rodeándole la cintura con un brazo, y percibiendo claramente su tensión, se dispuso por fin a hacer las presentaciones.

–Jessie, te presento a mi hermana Willa y a su marido, Douglas Harland. Douglas es asesor electoral mío.

Nadie dijo nada durante unos segundos. Willa y Douglas intercambiaron una mirada incómoda.

–Me alegro de conocerlos –pronunció Jessie–. No quiero molestar. Me iré en cuanto me prepare una taza de té.

–No es necesario –comentó Douglas con frialdad–. Precisamente Jake nos estaba hablando de ti.

–¿De veras? –se encogió de hombros, sin saber qué decir.

–Lo único que nos ha dicho Jake es que hace muy poco que os conocisteis –aclaró Willa, lanzando a su marido una ceñuda mirada–. De hecho, acabamos de llegar. Pensé que quizá tú podrías... ilustrarnos un poco más.

De repente, los perros empezaron a ladrar en el jardín. Jake se acercó rápidamente a la ventana. Un lujoso coche negro estaba entrando a toda velocidad por el sendero, perseguido por los dobermans.

Jessie se reunió con él en la ventana.

–¿Algún conocido tuyo? –le preguntó en un susurro, nerviosa.

–No –sin perder el tiempo, se dirigió a su hermana–: Tenemos problemas. Llévate a Jessie y a Ellen a mi despacho, y cierra la puerta con llave. Luego llama a la empresa de seguridad y pregúntales por qué no han reaccionado ante esta intromisión.

Los tres ya habían empezado a ponerse en movimiento cuando sonó el teléfono. Sin retirar la mirada del coche, que seguía acercándose, Jake descolgó el auricular.

–McClendon.

–Controla a tus perros –rezongó una voz grave, brusca–. Soy Abel Markham y tenemos que hablar.

Markham. Era la última persona a la que había esperado ver aquella

mañana. El coche frenó bruscamente frente a la entrada.

–Sujeta a esos perros –insistió antes de colgar.

–Es Markham –informó Jake a los demás–. Quiere hablar conmigo.

–Debí haberme olvidado de cerrar la verja cuando entré –se lamentó Willa–.

Lo siento.

Aquel fallo de seguridad no agradó lo más mínimo a Jake, pero ya se ocuparía de ello más tarde. Por el momento tenía un problema mucho más urgente entre manos. Quizá estuviera a punto de conseguir algunas respuestas. Y de saber por fin quién había atentado contra ellos el día anterior, cuando salían de Laboratorios Cryogen.

Se volvió hacia Jessie. Resultaba obvio que no deseaba quedarse a solas con Willa. La alternativa era que lo acompañara. Pero si Markham estaba detrás de aquel complot, no sería una buena idea que la viera. Sobre todo si ella no tenía nada que ver en la operación de chantaje. Y si de algún modo estaba implicada... bueno, era evidente que el autor de la misma la quería muerta. De modo que lo mejor era que se mantuviese al margen.

–No tardaré mucho.

–¿Pero y si...?

Sacudió la cabeza, interrumpiéndola.

–Markham no hará ninguna tontería con tantos testigos alrededor.

Pero por dentro no estaba tan confiado como su tono pretendía aparentar. Lo cierto era que no sabía lo que podía ocurrir. Solo estaba seguro de una cosa: tenía toda la intención de ir armado. Por si acaso.

–Te acompaño –se ofreció Douglas.

Jake no perdió el tiempo en intentar disuadirlo. Se detuvo en el armario del vestíbulo, recogió una pistola del estante superior y se la metió en la cintura del pantalón.

–Solo por precaución –le dijo a su cuñado al advertir su expresión preocupada.

Nada más salir, dio una orden a los perros. Bien entrenados como estaban, obedecieron de inmediato y se apartaron del vehículo. Permanecieron vigilantes bajo el porche, al lado de su amo.

Markham salió del coche, solo. Estaba furioso. Subió los escalones a trompicones, cerrando los puños. Tenía el rostro colorado de ira.

–¿Qué diablos estás intentando hacerme?

–Ganarte las elecciones. ¿No es a eso a lo que te refieres? –pero Jake podía ver que no era esa la respuesta que su rival deseaba oír–. ¿A qué has venido?

Markham se detuvo apenas a unos centímetros de él. Jake podía oler su aliento a café y a whisky.

–Lo sabes perfectamente. Me mandaste a la policía. Anoche me llamaron para preguntarme por un tiroteo que habías sufrido.

Evidentemente, Markham no se había enterado de la última teoría que lo atribuía al intento de robo de una tienda. Y Jake tampoco se molestó en mencionársela.

–¿La policía cree que tú tuviste algo que ver en ello? –quiso saber Douglas.

–¡No! ¡Diablos, no! Simplemente debieron de seguir instrucciones de McClendon. O quizá tuyas... Bueno, en cualquier caso quiero que me los quitéis de encima. No quiero que mi buen nombre se vea ensuciado por unos bribones como vosotros.

–Tu nombre ya se ha ensuciado bastante... –le recordó Jake, perfectamente tranquilo... Gracias a tus sobornos y a las oscuras fuentes que financian tu campaña electoral. Es precisamente por eso por lo que compito contra ti. Y por lo que te ganaré. Tus días en la política han terminado.

–Ni hablar. Escucha bien esto –le clavó un dedo en el pecho-. Si te atreves a mencionar mi nombre a propósito de este tiroteo, te pondré una demanda judicial y te sacaré hasta el último céntimo.

Jake le retiró bruscamente el dedo del pecho, pero fue Douglas quien respondió por él.

–Quizá deberíamos demandarte nosotros a ti por aquella mujer que nos trajiste y que encontraron muerta en la propiedad de Jake, el año pasado. Desde entonces no has perdido una sola oportunidad de recordarles a los medios la muerte de Christy Mendoza, cuando sabes perfectamente que Jake no tuvo absolutamente nada que ver en eso. Fue un accidente.

–¿Seguro? –Markham se sonrió-. ¿Cómo sé yo que mi rival no se dedica a asesinar mujeres? Todo el mundo sabe que estuvo a punto de matar a su esposa cuando la convenció de que tuviese un bebé. Por supuesto, el testamento de su papá le impedirá poner las manos en todo ese dinero. Un hombre que solo desea tener un hijo para hacerse con un fondo fiduciario...

–Ten cuidado –le advirtió Jake-. No quiero oír ni una sola palabra más, Markham. La visita ha terminado. Si no desapareces en treinta segundos, mis perros darán buena cuenta de ti –giró sobre sus talones y se dispuso a entrar de nuevo. Pero no fue muy lejos.

Jessie estaba en el vestíbulo, y a juzgar por su expresión recelosa, resultaba obvio que al menos había escuchado una parte de la conversación. La última.

La que Jake no había querido para nada que escuchara.

–¿Está todo bien? –inquirió. Le temblaba la voz.

Jake siguió la dirección de su mirada, fija en el visitante. Una maliciosa sonrisa asomó a los labios de Markham mientras la contemplaba detenidamente, de pies a cabeza. Una sonrisa que no lo abandonó mientras volvía a subir a su coche.

De pie en el salón, Jessie esperaba mientras Jake se despedía de Willa y de Douglas. Casi había rozado la grosería en su insistencia para que se marcharan. No podía culparlo por ello. Aquella mañana no había tenido precisamente un buen comienzo, primero con su visita y después con la aparición de Markham. Si a eso se añadía lo ocurrido la noche anterior, era muy probable que Jake hubiera llegado al límite de su paciencia.

Ella, por lo menos, sí. Y aquel beso fingido no la había ayudado en nada. Le había provocado una curiosa reacción física. Al principio había intentado atribuirlo a su embarazo, pero no se engañaba. El problema era que se sentía terriblemente atraída por un hombre por el que no debería sentirse atraída en absoluto, de ninguna manera. Y no sabía qué hacer al respecto.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Jake, acercándose a ella.

Solo entonces se dio cuenta Jessie de que no le había quitado los ojos de encima. No era de extrañar. Parecía un auténtico cowboy con aquellos vaqueros viejos y gastados, sobre todo en la zona de la bragueta, y con aquellas botas puntiagudas. Y con aquella camisa de algodón que delineaba cada músculo de su torso.

—Sí. Solo es un pequeño dolor de cabeza —respondió mientras intentaba recuperarse—. ¿Crees que Markham anda detrás de todo esto?

—Es posible —tomándola de la mano, la hizo sentarse en un cómodo sillón—. ¿Reconociste su voz?

—No. No era ninguno de los hombres del almacén —sintió que el encanto se evaporaba. El encanto, o la magia, o lo que fuera. Por desgracia, siempre que estaba cerca de Jake, su cuerpo se negaba a obedecer las órdenes de su cerebro. Para colmo, no la ayudó nada que empezara a masajearle suavemente el cuello, por detrás...

—Relájate.

—¿Qué estás haciendo?

—Intentar quitarte ese dolor de cabeza.

Jessie no pudo reprimir un suspiro de placer. Su contacto era delicioso.

—Acerca de Markham... —continuó Jake—, ¿no te resulta extraño que estuviera relacionado con lo sucedido?

—No. La verdad es que no —se dio cuenta de que no podía dejar pasar la oportunidad que Markham le había dado de preguntarle por la muerte de Christy—. Antes le oí mencionar a la chica que murió aquí, en tu rancho. Dado que estuvo trabajando en la cantina, quizá esté intentando relacionarte con su muerte... Y con la mía, si el atentado hubiera tenido éxito. La policía habría sospechado de inmediato si dos antiguas empleadas de Ray hubieran terminado muertas, una dentro de tu propiedad y otra delante de tu propio coche...

—Pero entonces volvemos a lo de antes. ¿Por qué Markham habría de tomarse la molestia de inseminarte?

—No lo sé. Quizá porque pretendía perjudicarte de alguna forma a través de mí, afectarte psicológicamente. O tal vez tus muestras fueron realmente destruidas en Cryogen y Markham ordenó a mis secuestradores que mencionaran tu nombre con la esperanza de que yo se lo contara a la policía.

Pero, por supuesto, eso no explicaba por qué Markham habría querido matarla.

—Hablando de policías. Me llamaron esta mañana —le informó Jake—. Piensan que lo del tiroteo de ayer fue un error. Que los tiros procedían de un atraco a una tienda cercana.

—¿Entonces no piensan investigarlo a fondo?

—No me lo dijeron de una manera muy clara, pero yo me llevé esa misma impresión.

—¿Y mi secuestro?

—Revisaron el almacén donde tú les dijiste que te habían encerrado. Nada. Estaba vacío y, aparentemente, hacía años que nadie lo había usado. Los polis dijeron que continuarían investigando —reanudó su masaje, descendiendo cada vez más. Deslizó los dedos por debajo del cuello de su camisa.

Jessie sacudió la cabeza, frustrada.

—Pero tú dudas de que lo harán, ¿verdad? Y todo porque soy una simple camarera de un local de mala reputación, y además con un pésimo historial.

—No dijeron eso.

—Pero lo pensaron —le entraron ganas de telefonar a la policía y contárselo todo. Por supuesto, eso no serviría de nada. En realidad carecía de pista alguna que pudiera conducirlos a la persona que había intentado matarla.

—La gente de mi servicio de seguridad ha hecho algunas averiguaciones sobre el doctor Radelman —continuó Jake—. Está embarcado en un proyecto en Sudamérica, con una duración de seis meses. Ni siquiera se le puede localizar

por teléfono.

–Vaya, qué casualidad –Jessie soltó un profundo suspiro.

–Al parecer todavía posee una casa aquí, en San Antonio. No está casado. No tiene familiares cercanos. La ha puesto en venta. Lo que quiere decir que la casa estará vacía.

–¿Y?

–He pensado que podría ir a echarle un vistazo. Esta noche.

Jessie ladeó la cabeza, mirándolo con curiosidad. Un tipo como Jake no solía curiosear las casas de desconocidos a no ser que tuviera una buena razón para hacerlo.

–¿Acaso estás empezando a creer en todo lo que te dije?

–Quizá. En algunas cosas, al menos.

Pero seguía sin confiar en ella. Era un mensaje suficientemente alto y claro. En cualquier caso, a Jessie le daba lo mismo. Ella tampoco confiaba en él. Necesitaba desesperadamente un amigo, y solo había una persona a la que podía considerar como tal. Tan pronto como se quedara sola, llamaría a Byron.

Jake se sentó en un taburete de cuero, justo frente a ella. Muy cerca. Como el taburete era más bajo que la silla, sus rostros quedaban a la misma altura.

–Dado que te has sentado ahí, creo que voy a aprovechar la oportunidad. Tengo dolorido el empeine del pie derecho. ¿Por qué no pones esos dedos mágicos a funcionar?

No lo dudó. Le tomó el pie y lo apoyó en su regazo. Luego le quitó la sandalia y puso manos a la obra. Jessie echó hacia atrás la cabeza, apoyándola cómodamente en el respaldo del sillón. Sin poder evitarlo, sonrió.

–Creo que deberías haber sido masajista, McClendon.

–Lo tendré en cuenta si fracaso en mi carrera política –repuso mientras seguía masajeándole el empeine–. Por cierto, ¿tienes algún plan para el bebé? ¿Has pensado en algo?

Jessie se tensó de nuevo. «Estupendo», se dijo, irónica. ¿Por qué había tenido que sacar a colación el tema del bebé precisamente ahora?

–Es difícil no pensar en él. O en ella.

–Ya. ¿Piensas... tenerlo?

–Sí.

Jessie no se había planteado lo contrario. Era extraño. Aparte de Christy y de Byron, no había nadie con quien se sintiera realmente conectada. Pero se sentía estrechamente vinculada a su bebé. Era un lazo tan sólido, tan fuerte,



que casi parecía como si aquel ser siempre hubiera estado allí. No había límites para aquella clase de amor. Ni para lo que sería capaz de hacer con tal de protegerlo.

—¿Y qué hay de las circunstancias de la concepción?

No se trataba de una ociosa curiosidad. Tampoco era la pregunta de un hombre deseoso de conocer los detalles del escabroso plan que había unido sus destinos. Había una sincera preocupación en sus ojos.

—Considéralo una cuestión de convicciones personales, si quieres. Voy a tener el bebé.

—¿Y después?

—Todavía no he pensado en eso —suspiró—. Nunca pensé en tener hijos. Ni en casarme.

—¿Por qué no?

En aquel momento, Jessie sintió el impulso de contarle la incómoda y desagradable verdad. Quizá eso pudiera volver a poner algo de distancia entre ellos. Porque aquella extraña clase de intimidad era algo que no deseaba sentir. En absoluto.

—Mi padre era un tipo que solía pegar a mi madre solo para demostrarle lo mucho que la amaba. Esas eran sus propias palabras. Cuando era niña decidí que no quería que alguien así controlara mi vida. Prefiero la independencia. Y lo mismo vale con un marido. Además, puedo tener el bebé sola. Tengo algún dinero ahorrado y haría lo que fuera para criarlo.

—¿De veras? —la miró con detenimiento—. ¿Tan pronto has tomado una decisión tan trascendental? Apenas ayer viste confirmada la presunción de tu embarazo.

Jessie, en cambio, tenía la sensación de que había transcurrido una eternidad desde entonces.

—Mi decisión no tiene nada que ver con eso. Es una decisión del corazón. Muy poco racional, lo sé. Pero, para mí, es la única posible.

Al sentir que el masaje cesaba de pronto, Jessie alzó la cabeza. La estaba mirando fijamente.

—¿Has sentido moverse al bebé?

—Es demasiado pronto para eso. Lo único que siento es una ligera opresión en el abdomen —deslizó una mano hasta el punto exacto—. No me duele ni nada. Simplemente es como si tuviera una mayor sensibilidad en esa zona.

—¿Aquí...? —puso la mano sobre la suya.

Jessie sabía que probablemente sería un error, pero volvió a mirarlo. Y sus

miradas quedaron inmediatamente enlazadas, cautivadas. La conmovedora expresión, casi suplicante, que vio en sus ojos, le robó el aliento. Lentamente retiró la mano. Jake mantuvo la suya sobre su vientre durante unos segundos más, hasta que también la retiró.

–Me gustaría tomar un vaso de agua –logró pronunciar al fin Jessie. Ya se disponía a levantarse cuando él se lo impidió, poniéndole una mano en el hombro.

–Yo te lo traigo –se levantó para dirigirse al mueble de las bebidas. Por unos instantes se quedó allí, quieto, de espaldas a ella, antes de abrir la botella de agua.

Algo acababa de suceder. Jessie estaba segura de ello. ¿Pero qué era? En realidad tenía miedo de saberlo. Después de mirar la todavía incómoda expresión de Jake, casi prefirió que se guardara sus pensamientos para él.

Era su hijo.

Jake lo sabía. Ignoraba cómo, pero lo sabía.

Dios. Un hijo. Su hijo. Le entregó a Jessie su vaso de agua y se alejó hacia la ventana. Todavía no podía mirarla. Antes tenía que recuperar la compostura.

La había acusado de mentirle, de intentar engañarlo. Y quizá lo había hecho, pero su engaño no se extendía al ser que llevaba en sus entrañas. No, esa parte de la historia era real. El bebé era real. Suspiró profundamente. Tenía que salir de allí, apartarse de ella. Necesitaba tiempo para pensar.

–Tengo que salir a hacer un recado. Probablemente estaré fuera durante la mayor parte de la tarde. Mañana, me gustaría que te examinara un médico –esperó a que Jessie objetara algo. No lo hizo. No dijo nada–. Es un médico de confianza. Lo conozco desde hace años.

–Bien –repuso con voz débil.

–Querrá hacerte un historial médico –continuó Jake–. Así que tendrás que decirle que fuiste inseminada, y describirle el procedimiento –se volvió para mirarla–. ¿Te hicieron todo eso en ese almacén?

–Sí –se aclaró la garganta–. Me prepararon una sección como si fuera una celda, con paredes acolchadas. Y cerrojo. Tenían a un vigilante constantemente apostado en la puerta.

–¿Intentaste escapar?

–Por supuesto. Varias veces. Una vez incluso me hice una trenza e intenté usarla para estrangularlo. No funcionó. Me ataron las manos a la espalda y me

cortaron el pelo.

Jake maldijo entre dientes, indignado.

–Finalmente conseguí escapar el día en que los oí comentar que iban a... a matarme –prosiguió Jessie–. Yo estaba aturdida, medio inconsciente. Pero dio la casualidad de que ese mismo día se olvidaron de echar el cerrojo, así que salí de allí lo antes posible. Durante un tiempo estuve escondida en un contenedor de escombros. Fue entonces cuando leí en un periódico que te estabas alojando en el hotel Riverwalk.

Y había ido allí a buscarlo, a su suite. Por muy duro que resultara oírlo, Jake tenía que saberlo. Era necesario.

–¿Cuándo te diste cuenta por primera vez de que pensaban inseminarte?

–Les oí mencionar las palabras «criomuestras» y «solución de nitroconservación», pero no comprendí lo que querían decir. Sabía que me estaban examinando con un fin determinado. Enviaron a un hombre a agarrarme mientras me sacaban sangre. Me hicieron una revisión ginecológica. Un par de días después me inseminaron.

Jake pensó que la teoría acerca del plan de Markham empezaba a cobrar sentido. Lamentablemente todavía no estaba seguro del papel que Jessie había jugado en todo aquello.

–Espera un momento, a ver si lo entiendo bien... –pronunció de repente ella–. ¿Quieres que a ese médico amigo tuyo se lo cuente todo... excepto el nombre del dueño de la muestra que me inseminaron?

En resumidas cuentas, así era, pensó Jake. Le parecía estúpido ocultarle algo así al doctor Lisette, pero todavía no estaba preparado para anunciar al mundo que Jessie iba a dar a luz un hijo suyo.

Asintió con la cabeza y se marchó.

Se produjo un largo silencio al otro lado de la línea cuando Jessie le contó a Byron lo del atentado. Durante un rato lo dejó despotricar a gusto, tanto sobre el riesgo que ella había corrido como sobre la irresponsabilidad de Jake McClendon al exponerla a salir a la calle. De nada le sirvió recordarle que Jake había arriesgado su vida para salvarla. Y que, si en aquel momento podía sentirse segura, era precisamente gracias a él.

Después de una nueva retahíla de los coloridos insultos de Byron, Jessie le soltó de golpe la noticia principal: le habló del secuestro y de la inseminación. Y, por último, del embarazo.

–Diablos –fue lo único que se le ocurrió decir.

Aquella palabra describía perfectamente la situación. Había un asesino suelto por alguna parte, deseoso de matarla a ella y al bebé. Y Jessie quería llegar al fondo de aquel asunto. A cualquier precio.

Jessie miró su reloj, algo que había hecho varias veces durante su conversación con Byron. Llevaba hablando ya veinte minutos y no quería arriesgarse más. Después de todo, estaba haciendo la llamada desde la casa de Jake. Él no estaba allí, por supuesto, ya que había salido a hacer unos recados. Aun así, no quería que su ama de llaves la descubriera.

–¿Qué hay del dinero? –inquirió Jessie.

Byron tardó unos instantes en contestar, como abismado en sus reflexiones.

–Lo tendré pasado mañana. Te lo llevaré.

–No creo que sea buena idea –y no lo era por un millón de razones, la mitad de las cuales tenían que ver con su anfitrión–. Lo haremos tal y como convinimos.

–¿Lo sabe McClendon?

–Lo del embarazo, sí.

–Diablos –soltó un gemido de frustración–. ¿Sabe que eres poli?

–Ex poli –se apresuró a corregirlo.

–Una agente de policía en excedencia. Sabes que puedes volver cuando quieras.

Eso no era exactamente verdad. Técnicamente era una renegada, una agente que se había puesto a investigar por su cuenta y riesgo la muerte de su amiga, a

pesar de que se lo habían prohibido. Volver significaría someterse a un proceso disciplinario.

–No, Jake no lo sabe –respondió al fin–. Y quiero que siga sin saberlo –¿durante cuánto tiempo? Eso sí que no lo sabía. Simplemente aquella no le parecía la ocasión más adecuada para revelarles que estaba realizando una investigación no autorizada que lo incluía a él. Y ya tenía demasiadas preocupaciones como para añadir otra más.

–¿De modo que no sabe que estás investigando la muerte de Christy?

–No –Christy había muerto en la finca de Jake, de modo que al menos Jessie se encontraba cerca del escenario del crimen. Desde meses antes había estado convencida de que su amiga había sido asesinada. De hecho, en su funeral se había jurado a sí misma que alguien lo pagaría. Y en aquel entonces había pensado que ese alguien no era otro que Jake.

Recordó la última conversación que había mantenido con Christy. La había evocado múltiples veces, atesorando cada palabra en su esfuerzo por hallar alguna pista. «Un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo, ¿no?», le había dicho su amiga con tono irónico después de explicarle que aquella noche estaría en el rancho de McClendon. Y se había echado a reír con aquella característica despreocupación suya, comentando lo atractivo que era el cowboy Jake. Jessie rara vez solía compartir los gustos de Christy en cuestión de hombres, pero esa vez no podía menos que reconocer que su amiga había estado en lo cierto.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Ojalá hubiera podido convencer a Christy de que volviera a Austin, al apartamento que habían compartido durante años antes de que aceptara aquel empleo en San Antonio. Si lo hubiera hecho, aún seguiría viva.

–Jessie, ¿sigues ahí? –inquirió Byron, preocupado.

Al sonido de su voz, la imagen de su amiga empezó a evaporarse. Pero no antes de dejarle un doloroso vacío en el corazón.

–Sí. Solo estaba pensando en Christy.

–Ya. Yo también la echo mucho de menos.

–Lo sé –el dolor que detectaba en el tono de Byron la entristeció aún más. Después de todo, Byron había estado enamorado de Christy. Ella no había correspondido a sus sentimientos, pero siempre había hecho gala de una gran delicadeza, de una exquisita sensibilidad. En el fondo, Jessie siempre había esperado que su amiga entrara en razón y se relacionara finalmente con Byron. Y quizá habría terminado haciéndolo si su vida no se hubiese visto tan

brutalmente truncada...

–¿Me ha oído, Jess?

–No. ¿Qué has dicho?

–He dicho que ahora mismo podrías estar en esa casa... con el mismo hombre que ha intentado matarte.

Jessie lo dudaba. Después de todo, si Jake hubiera querido matarla, había tenido más de una oportunidad para hacerlo. En lugar de ello, parecía tan empeñado como ella en desentrañar la verdad de todo aquel asunto.

–Me olvidaba. Jake mandó analizar mis huellas digitales. Sabe mi nombre verdadero, pero la tapadera ha funcionado. Lo de los antecedentes penales ha estado muy bien. No sabía que los habías incluido en mi falso historial.

–Dijiste que querías un pasado nuevo. Y te lo di.

Desde luego que se lo había dado. Ahora Jake estaba convencido de que era una vulgar delincuente. Lo cual, por cierto, la molestaba un poco. Aun así, mejor que pensara eso a que descubriera la verdad.

–Por favor, dime que tienes un plan para resolver este embrollo... –le pidió Byron, esperanzado.

En realidad no era un plan, pero era lo único que tenía.

–Esta noche Jake y yo saldremos a echar un vistazo a la casa del doctor Radelman.

–Oh, Jess, no creo que sea una buena idea, sobre todo después de lo del atentado. Tienes que replanteártelo. Podría sucederte cualquier cosa y...

De repente, un leve sonido la alertó. Era un click, como si alguien hubiera descolgado una extensión de teléfono en otra parte de la casa. Con el corazón en un puño, esperó a escuchar otro click que indicara que la otra persona había vuelto a colgar. Nada. De hecho, podía oír una respiración. Alguien estaba intentando escuchar la conversación. ¿Jake, quizá? Pero le había dicho que estaría fuera durante la mayor parte de la tarde, y apenas era la una.

–Tengo que dejarte –le dijo bruscamente a Byron.

–No, por favor, piénsate otra vez lo de...

–Te llamaré cuando pueda.

Colgó el teléfono y salió a toda prisa de la habitación. Teniendo en cuenta el tamaño de aquella casa, le resultaría imposible localizar a la persona que había estado escuchando al otro lado de la línea. Corrió por el pasillo, con el pulso acelerado, abriendo una puerta tras otra. Nada. ¿Habría estado Byron en lo cierto? ¿Estaría acaso en la misma casa que el asesino?

Cuando llegó al umbral de la biblioteca, detectó un movimiento en la

esquina más alejada. Automáticamente echó mano a su arma, sin darse cuenta de que no la tenía. Soltando un gemido de frustración, se preparó para luchar.

O para salir corriendo. Una imagen asaltó de pronto su mente. Su bebé. La criatura que llevaba en su interior. Aun cuando consiguiera imponerse en una pelea, su bebé podría sufrir algún daño. Aquella simple posibilidad la dejó paralizada.

Haciendo un inmenso esfuerzo, asomó la cabeza en la habitación. Y vio al hombre que estaba en la esquina sumida en la penumbra. No era Jake, sino Douglas. No dijo una sola palabra, pero Jessie sabía que tenía la mirada fija en ella. Tenía un teléfono muy cerca, sobre la mesa. ¿Sería él quien la había estado escuchando a escondidas?

–Hola, Jessie –la saludó.

Era extraño, pero jamás la simple mención de su nombre le había provocado un escalofrío semejante. Evidentemente aquel hombre la detestaba. Y con razón. Probablemente la veía como un potencial obstáculo para la campaña electoral de Jake.

Douglas encendió la luz y levantó su copa, casi vacía.

–¿Te apetece beber algo?

Jessie negó con la cabeza. Su instinto la impulsaba a huir, pero se quedó donde estaba.

–¿Estabas al teléfono hace un momento?

La miró asombrado, como extrañado de su pregunta.

–¿Yo? No. Entra. Precisamente estaba esperando una oportunidad de hablar contigo.

Pero Jessie no se acercó. Estaba convencida de que había sido él quien había levantado la extensión. Lo que no conseguía entender era por qué le había mentado.

–¿Hablar de qué?

La inquietud que traslucía su voz pareció divertirlo. Sonriendo, le señaló la fotografía enmarcada que estaba al lado del teléfono.

–¿Ves esta foto? Es Anne, la mujer de Jake.

En la imagen, una joven rubia y esbelta aparecía al lado de Willa. Un solo vistazo bastó para confirmarle que Anne era todo lo que Jessie no era. Hermosa, de busto generoso, rebosante de gracia y elegancia. De clase. No le extrañaba que Jake se hubiera casado con ella.

–Anne murió hace cuatro años –continuó Douglas. Sus dedos apretaban con fuerza el vaso de whisky–. ¿Sabes a cuántas mujeres ha traído Jake a casa

desde entonces? Ninguna. Aparte de ti, claro. Y eso es lo que me gustaría saber. ¿Por qué tú?

Jessie hizo un leve gesto de indiferencia, todo lo contrario que lo que sentía por dentro. Ansiaba alejarse de aquel hombre lo antes posible. Era peligroso: eso podía percibirlo en cada fibra de su ser. Ya se disponía a marcharse cuando lo que le dijo Douglas a continuación la hizo detenerse en seco.

—Fueron muchos los rumores que corrieron tras la muerte de Anne —añadió en voz baja, como si le estuviera revelando un secreto—. El dinero suele hacer hablar a la gente. Hubo quien pensó que Jake quiso tener un hijo solamente para poder heredar los millones del fondo fiduciario que sus padres reservaron para sus nietos.

Era la primera vez que Jessie se enteraba de la existencia de aquel fondo, pero de repente recordó haber oído a Markham mencionar algo al respecto. Lentamente se volvió para mirarlo.

—¿Llegaron a tener nietos?

—No. Willa y yo lo intentamos durante años, pero cuando ella pasó de los cuarenta, decidimos renunciar.

Jessie se apoyó en el marco de la puerta. Le temblaban las manos.

—Pero Jake todavía puede tener hijos, ¿no?

—Lo dudo. Después de lo que le sucedió a Anne, no creo que quiera arriesgarse de nuevo. Son cosas que pasan. Siempre es así. La gente que desea tener hijos, no puede tenerlos. Otra gente, en cambio, los tiene cuando quiere y cuando no quiere.

—Entonces... ¿qué sucederá con ese fondo fiduciario?

—Dentro de tres semanas, cuando Jake cumpla treinta y cinco años, Willa y él se lo repartirán. No es que Jake necesite el dinero, pero a Willa y a mí nos gustaría fundar nuestro propio negocio —volvió a esbozar una sonrisa—. ¿Te interesa acaso la situación financiera de Jake, Jessie?

Se sintió como si hubiera recibido una bofetada. Evidentemente Douglas había malinterpretado la razón de sus preguntas. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—No. ¿Por qué?

Dio un paso hacia ella. Un paso lento, calculado, sigiloso. Su sonrisa se esfumó con la misma rapidez con que había aparecido, convirtiéndose sus labios en una dura y fina línea. A Jessie le recordó un animal salvaje defendiendo su territorio de un intruso.

—Considéralo un aviso, Jessie. No te daré más. Aléjate de Jake, y rápido.



Aquel desafío la asustó e irritó a la vez. No había sido ella la que había elegido entrar a formar parte de la vida de Jake. Más bien había sido lo contrario.

—¿Y si no lo hago? —se llevó una mano al vientre, con gesto protector.

Douglas apuró de un trago el resto de su whisky.

—Ya sabes que mi trabajo consiste en eliminar cualquier obstáculo que pueda surgir en la campaña electoral.

—Lo tendré en cuenta —repuso estremecida, dispuesta a marcharse de una vez.

Mientras se retiraba, fue otra cosa la que ocupó sus pensamientos. Pese a lo que le había dicho Jake, no estaba segura en aquel rancho. Después de todo, Markham había conseguido entrar. Y Douglas acababa de amenazarla abiertamente. Era un brutal recordatorio de que necesitaba respuestas. Cuanto antes. Solo entonces tanto ella como su bebé podrían estar por fin a salvo.

Desde el salón, donde se encontraba con Willa, Jake vio a Jessie caminando muy rápido por el pasillo. No los vio; evidentemente tenía mucha prisa. Se alegraba de haber terminado pronto con sus «recados». Quizá así podría averiguar lo que estaba pasando.

Segundos después pasó Douglas, deteniéndose en el umbral. Él tampoco los miró. A quien miraba era a Jessie, hasta que desapareció en su habitación. Jake vio asomar a sus labios una maligna sonrisa, que tampoco pasó desapercibida a Willa. Lo supo porque la oyó reprimir una exclamación de sorpresa.

Le tomó la mano, perfectamente consciente de lo que estaba pasando por su cabeza. No podía culparla. Había tenido que sufrir al menos una media docena de aventuras extramatrimoniales de Douglas. Y a pesar de aquel reprensible comportamiento, Willa seguía perdidamente enamorada de su marido. Jake admiraba el talento para los negocios de su cuñado, pero secretamente esperaba que su hermana viera por fin la luz y lo expulsara definitivamente de su vida.

—Si Jessie ha... —Willa no llegó a terminar la frase.

—No, ella no haría algo así —se apresuró a asegurarle Jake en voz baja, para que no los oyera Douglas. Deseaba seguir observándolo durante unos segundos más. Su cuñado seguía en el umbral, pensativo, ajeno a su presencia.

—¿Y eso cómo lo sabes? Douglas se ha ocupado de revisar sus antecedentes, y parece ser que trabajaba en aquel antro de mala reputación de San Antonio.

Aquello dejó anonadado a Jake.

–¿Douglas hizo eso? –apenas podía bajar la voz. Estaba furioso. ¿Cómo se había atrevido a investigar a Jessie?

–Esa otra mujer, Christy Mendoza, trabajaba en ese mismo lugar –añadió Willa.

Al oír la voz de su esposa, Douglas alzó la mirada y los descubrió. La sonrisa se evaporó de su rostro mientras se dirigía hacia ellos, entrando en el salón.

–Por favor, dime que no andas intentando nada con esa mujer –le espetó Willa, sin poder contenerse.

–Oh, eso es algo que en ningún momento se me ha pasado por la cabeza... –sonrió, sarcástico.

–Ya, claro. Estabas mirando a Jessie de una manera muy especial. Conozco esa mirada. Lo mismo hiciste con aquella otra chica que estuvo trabajando también en ese local.

Jack ya se disponía a disculparse y abandonar el salón, con la intención de ir a buscar a Jessie, cuando se detuvo en seco.

–¿Qué quieres decir, Willa? –le preguntó a su hermana sin apartar la mirada de Douglas.

–Quiero decir que estuvo persiguiendo a esa mujer por lo menos durante la mitad de la velada. Dios mío, si prácticamente se le caía la baba...

Douglas seguía sin reaccionar. Estaba extrañamente tranquilo. Y aquella calma irritaba a Jake más que cualquier ataque de ira.

–Willa, una vez más te estás imaginando cosas –explicó con tono desapasionado, como quitándole importancia–. Jake está al tanto de mis pasadas indiscreciones, pero también sabe que he dejado atrás todo eso. De hecho, me lo hizo prometer como condición previa a su oferta de que entrara a trabajar como asesor electoral suyo. ¿No es cierto, Jake?

Era cierto, pero lo que no sabía era si Douglas había cumplido su palabra.

–Escucha una cosa. No quiero que investigues a Jessie, ¿entendido?

Aquello sí que lo hizo reaccionar. Un brillo de fastidio asomó a sus ojos castaños.

–Pero ella...

–No tenías ningún derecho a hacer eso –lo interrumpió Jake, volviéndose para marcharse–. Que sea la última vez.

Jessie se impuso finalmente en su discusión con Jake. No fue tarea fácil.

Había insistido en acompañarlo a la casa del doctor Radelman, y él se había negado. Por su propia seguridad, según le había dicho. Pero Jessie no se dio por vencida, recordándole que su ayuda le era necesaria: tal vez ella pudiera reconocer algo, cualquier detalle, que pudieran usar contra Radelman. Hasta que se salió con la suya.

En aquel instante, sin embargo, mientras aparcaban delante de la casa, Jessie no pudo menos que darle mentalmente la razón respecto a lo de su seguridad. O, más concretamente, respecto a la seguridad del bebé. Ya no podía seguir poniendo su vida, y por tanto la de su hijo, en peligro. Aunque, por supuesto, quedarse de brazos cruzados podía revelarse igual de peligroso.

—¿Cómo vamos a entrar? —le preguntó, mirando las hileras de casas que flanqueaban la calle.

—Con eso —le enseñó una llave.

—¿Cómo la has conseguido?

—Douglas. Él conoce al propietario de la agencia inmobiliaria a la que recurrió el doctor Radelman para vender la casa. No le dije para qué necesitaba la llave. Pensé que era mejor dejarle al margen de esto.

Jessie asintió en silencio. Por lo que a ella se refería, prefería no tener absolutamente nada que ver con Douglas. La conversación que antes habían mantenido la había dejado estremecida, casi temblando.

—Te diré lo que vamos a hacer. Y te lo advierto: si no estás de acuerdo, te llevaré ahora mismo al rancho. Si ocurre algo, cualquier cosa fuera de lo previsto... saldrás de la casa sin discutir. Al primer problema que surja, quiero que te vayas. ¿De acuerdo? Muy bien. Entonces, adelante.

Era una residencia lujosa, con un jardín bien cuidado. Jake abrió la puerta y entraron. Se sacó una linterna del impermeable y la encendió.

—No te separes de mí —susurró, entregándole unos guantes plásticos mientras él se ponía otros—. Si encontramos algo, llamaremos a la policía. No pienso tocar ninguna prueba que pueda sernos útil.

Jessie alzó los ojos al cielo. Su intención, desde luego, tampoco era esa. La búsqueda se hizo lenta y aburrida porque ninguno de los dos tenía una idea

mínimamente exacta de lo que estaban buscando. Registraron los lugares habituales: cajones, cómodas, armarios.

El lugar estaba limpio. Demasiado limpio. El mobiliario de Radelman seguía allí, pero no había ni un solo artículo personal suyo. Ni fotos ni ningún otro recuerdo de cualquier clase. Incluso el cajón de su mesilla estaba vacío. Jessie estaba a punto de renunciar cuando se puso a revisar de nuevo el bloc de notas que había sobre la mesa de escritorio. En la segunda hoja había algo escrito.

–Parece una lista –comentó Jake. Enfocándola con la linterna, leyó–: *Kit de transporte de alícuotas. Tanque de almacenamiento.*

–Alícuotas –repitió Jessie–. Muestras. Más exactamente, muestras idénticas de una misma sustancia. Quizá sean las tuyas –como no decía nada, alzó los ojos hacia él. La estaba mirando fijamente–. ¿Qué pasa?

–¿Desde cuándo una camarera de un local de striptease sabe lo que es una alícuota?

Jessie maldijo para sus adentros; había cometido una estupidez. Pero intentaría arreglarlo.

–Bueno, una camarera de ese tipo de locales no necesita saberlo, pero puede tener un diccionario en su casa. Y abrirlo de vez en cuando.

–¿Entonces tienes alguna idea de lo que quiere decir eso? –Jake señaló las palabras que aparecían al final de la página–. *Muestra de vellosidades coriónicas.*

–No. ¿Y tú?

–Tampoco. Pero pronto lo sabré.

Debió haber oído el ruido al mismo tiempo que ella, porque ambos se volvieron rápidamente hacia la puerta. Un segundo después, Jessie escuchó el sonido de una llave en la cerradura. Volvió a dejar el bloc sobre la mesa.

–Por aquí –Jake la tomó de la mano y la llevó por el pasillo, hasta el armario.

Más que pequeño, era minúsculo. Entró después que ella y cerró la puerta. Jessie no dijo nada, aunque no podían estar más apretados. Era muy consciente del peligro que estaban corriendo. Y su cerebro empezó a analizar todas las posibilidades.

¿Habría vuelto el doctor Radelman? ¿O se trataría de alguno de sus secuestradores, que los había seguido hasta allí? Tal vez fuera un agente inmobiliario enseñando la casa a un posible comprador. O un portero efectuando el mantenimiento acostumbrado. Después de todo había muchas

plantas, que necesitaban un riego regular. Pero Jessie sabía que no era eso. Era demasiado tarde para la visita rutinaria de un agente o de un portero.

El corazón le latía a toda velocidad. Se estaba mareando. Sin poder evitarlo, cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el hombro de Jake.

–¿Te encuentras bien? –le susurró él al oído.

Intentó asentir. De repente alcanzó a escuchar una risa ahogada, y gente hablando. Dos personas. Un hombre y una mujer.

–¿De verdad estás seguro de esto? –rio la mujer.

–Claro –gruñó el hombre–. Como te dije antes, si alguien viene, le enseñaré mi credencial de la compañía de seguridad y le diré que estoy revisando la casa...

Jessie todavía no se permitió suspirar de alivio, pese a que aquellos visitantes parecían perfectamente inofensivos. Porque aquella gente estaba allí. Además, probablemente Jake no deseaba explicarle a nadie cómo era que había entrado con llave en aquella casa.

Las risas y la conversación no tardaron en ceder su lugar a los besos. Y a los jadeos. Un juego amoroso que resultaba aún más incómodo... toda vez que estaba literalmente apretada contra Jake. Dentro del armario la oscuridad era completa. Y sin embargo era consciente de que la estaba mirando.

Oyó que la respiración de Jake se hacía más rápida, más profunda. Bajo la palma de su mano, que tenía apoyada sobre su pecho, sintió que su corazón se aceleraba. Y que se tensaban sus músculos. Intentó decirse que solamente era un efecto de la adrenalina. De la adrenalina y de lo que se estaban diciendo y haciendo aquellos dos, al otro lado de la puerta del armario. Resultaba difícil no reaccionar a eso.

No podía apartarse de él, porque tenía la pared del armario justo detrás de la espalda. Nada podía hacer para minimizar su contacto. Conteniendo el aliento, retiró la cabeza de su hombro. Solo un par de centímetros.

Jake se movió al mismo tiempo. Y con los labios le rozó la mejilla. Al principio, Jessie pensó que había intentado besarla, pero se equivocaba. Tenía la boca muy cerca de su oreja.

–¿Estás bien? –musitó, acariciándole el rostro con su aliento.

No. No estaba bien. Pero asintió con la cabeza. Dado que la boca de Jake seguía tan cerca de su oreja, le rozó el lóbulo con los labios. Gimió para sus adentros. Sabía que él sentía lo mismo. Ella no era la única que estaba experimentando aquella inexplicable atracción.

Con deliciosa lentitud, Jake volvió la cabeza y deslizó un brazo por su

cintura. El contrato era tan íntimo que Jessie casi sintió miedo. Casi. La primera caricia de sus labios apenas fue más que un roce. Suficiente, en todo caso.

La boca de Jake era cálida, invitadora, dulce, experta. Todo eso y mucho más. Habían pasado años desde la última vez que la había besado un hombre. Y nunca así. Jamás. Aquella exquisita y sosegada sensación de placer se fue extendiendo poco a poco por todo su cuerpo dejándola débil, floja, lánguida. Jake no se detuvo, sino que prosiguió con aquel delicado y sensual asalto. Su boca se movía sobre la suya como si conociera hasta el último secreto que escondía su alma...

Un ardiente anhelo surgió de pronto. Jessie tardó unos segundos en tomar conciencia de lo que era: deseo, pura necesidad. Quizá incluso algo más. Pero, en algún remoto rincón de su conciencia, sabía que se estaba equivocando. En el fondo, no confiaba en Jake. Ciertamente, él tampoco confiaba en ella. Y sabía que no deberían complicar su relación de aquella forma... Además, estaban literalmente escondidos en un armario. Debería estar pensando en otras cosas...

Jessie se apartó todo lo que pudo. No funcionó. Cuando respiraba, respiraba el aliento de Jake. Tenía su sabor en la boca. Su aroma la envolvía. Estaba en el centro de todos sus sentidos. En la otra habitación, la pareja había dejado atrás la fase preliminar. Jessie intentó no oír nada, pero era imposible.

–No deberíamos haber hecho eso –susurró al fin.

Jake retiró la mano de su cintura y apoyó la frente contra la suya. Maldijo entre dientes. Jessie también quería maldecir. Y castigarse por haber dejado que sucediera todo aquello. Ya había cometido demasiados errores.

–¡Quieto! ¡No se mueva! –gritó de pronto una voz masculina.

Se quedó paralizada. Pero Jake reaccionó con sorprendente rapidez. De alguna forma consiguió volverse y protegerla con su cuerpo. Al mismo tiempo se agachó ligeramente y sacó su pistola de la sobaquera. Jessie ni siquiera se había dado cuenta de que iba armado, pero en aquel momento no pudo menos que alegrarse de ello. Contuvo el aliento. Y esperó en medio de un desesperante silencio.

El hombre gritó de nuevo y se encendieron las luces del salón. Jessie se asomó por detrás de Jake y, a través de la rendija de la puerta, alcanzó a distinguir la corpulenta figura de un hombre uniformado. Un policía.

Jessie pensó que aquello no prometía nada bueno. Si los arrestaba por allanamiento de morada, ella tendría que confesar su verdadera identidad. Y, a

largo plazo, eso podría hacer aún más peligrosa su situación. Después de todo, si los secuestradores llegaban a descubrir que era una ex policía, redoblarían sus esfuerzos por eliminarla. Para siempre.

–¿Qué están haciendo aquí? –inquirió el agente.

Jessie tuvo que recordarse que la pregunta se la había dirigido a la otra pareja, no a ellos. La pareja se apresuró a vestirse.

–Trabajo para una empresa de seguridad –balbuceó el joven–. Quería revisar la casa. Esta es mi novia y...

–¿Cuánto tiempo llevan aquí?

–No mucho –respondió la chica con voz temblorosa–. Una media hora, quizá.

–¿Hay alguien más aquí?

–No, solo nosotros...

–¡Salgan de aquí inmediatamente!

Recogiendo el resto de su ropa, corrieron hacia la puerta. Pero el agente de policía no se movió. Estaba de espaldas al armario y empuñaba la pistola con las dos manos.

Algo marchaba mal. La inquietud de Jessie se transformó en puro miedo cuando se dio cuenta de que el hombre se había quedado perfectamente quieto. Estaba clavado en aquel sitio, con la cabeza ligeramente ladeada como si estuviera escuchando algo.

Algo no. Como si los estuviera escuchando a ellos.

Había esperado encontrarlos en la casa. Y no para arrestarlos, ya que no llevaba un juego de esposas colgando de su cinturón. Transcurrieron varios segundos, que se le hicieron interminables. Jessie se obligó a tranquilizarse. Si aquel hombre se volvía y los descubría allí dentro, estarían atrapados. Y probablemente ya no podrían contarlo. El revólver de aquel hombre se encargaría de ello.

Jake no se movía, pero dado lo cerca que estaba, Jessie podía sentir la tensión de sus músculos. Aquella era la segunda vez que se había puesto en la línea de fuego para protegerla. Antes, en la puerta de Laboratorios Cryogen, y ahora allí.

El hombre de uniforme alzó aun más la cabeza, apoyando su peso en la otra pierna. Transcurrió otro minuto. Quizá dos. Maldiciendo entre dientes, se guardó el arma. Jessie estaba segura de que iba a ponerse a registrar la casa, pero no lo hizo. Finalmente, se marchó.

Jake se llevó un dedo a los labios para indicarle que no dijera nada. Jessie

no necesitaba que se lo recordara. Todavía no estaban fuera de peligro.

–No era un policía –musitó Jake después de lo que les pareció una eternidad.

–No, no lo era. Nos estaba buscando a nosotros, Jake. Creo que es uno de los hombres que me secuestró. Y el que nos disparó en la puerta de Cryogen.

–Pero entonces, ¿cómo pudo saber que estaríamos aquí? Si nos siguió hasta esta casa, ¿por qué esperó durante tanto tiempo a entrar?

–¿Quién sabía que íbamos a venir? –inquirió Jessie–. ¿Douglas? –no era realmente una pregunta. Douglas le había dado a Jake la llave.

–No creo que Douglas se lo dijera a nadie, pero su amigo de la agencia tal vez sí. ¿Y tú? ¿Le contaste a alguien que íbamos a venir?

Jessie lo negó de inmediato, mintiendo. Antes había avisado a Byron, pero estaba absolutamente segura de que él no se lo había revelado a nadie. Aunque la llamada podía haber sido interceptada.

–Douglas y yo tuvimos una pequeña conversación esta tarde –le confesó, tentativamente. La mirada de preocupación que le lanzó Jake la obligó a guardar cautela–. Cree que perjudicaré tu campaña electoral.

–Temía que te hubiera dicho algo así –apretó los dientes–. ¿Te asustó? ¿Llegó a amenazarte?

–No –mintió de nuevo–. Pero eso me hizo preguntarme hasta qué punto confías en él...

Obviamente aquello lo tomó desprevenido.

–Es mi cuñado.

Pero eso no respondía a su pregunta.

–¿Confías realmente en Douglas?

–Sí –contestó Jake al cabo de un largo silencio, con un tono de escasa convicción–. Douglas es terriblemente ambicioso, pero Willa lo ama.

Eso tampoco constituía una respuesta. O tal vez sí. Quizá, al margen de su lealtad familiar, Jake tampoco confiara en Douglas. Lo que significaba que Markham no era el único nombre en la lista de sospechosos.

–¿Qué vamos a hacer ahora?

–Tengo a la gente de mi servicio de seguridad buscando a Radelman y a la enfermera. Mientras tanto, esperaremos. Y a partir de ahora llevaremos mucho cuidado. No quiero que corras más riesgos.

–Ni tú tampoco –se apresuró a añadir Jessie–. No debería haberte metido en esto. Tenía que haber llamado a la policía cuando escapé de aquel almacén...

Pero si lo hubiera hecho, probablemente a esas alturas habría estado muerta,



ya que la policía no se habría creído su historia. Aun así, también era cierto que habría podido convencerlos contándoles toda la verdad... algo que aún no estaba dispuesta a hacer. Eso no la habría protegido a ella de aquellos asesinos, pero al menos la vida de Jake no hubiera corrido peligro.

–Ah, otra cosa... ¿necesito disculparme por... lo que acaba de pasar hace unos minutos? –le preguntó él.

Jessie tuvo que mirarlo para saber si estaba hablando en serio. Como el hombre de uniforme había encendido las luces, podía distinguir fácilmente su rostro a través del rayo de luz que se filtraba por la rendija del armario. No estaba bromeando.

–No. ¿Y yo?

Jake se encogió de hombros.

–Considerémoslo como un simple... error de cálculo... recíproco. Sin mayores consecuencias.

«Un error de cálculo», se repitió Jessie. Sí, eso había sido. Confiaba en que ambos tuvieran el suficiente sentido común para no repetirlo. Parecía que Jake iba a añadir algo más cuando de repente olisqueó algo, alarmado.

–Humo –exclamó, alzando la voz–. Maldita sea. Ese tipo le ha prendido fuego a la casa...

–Tenemos que salir de aquí.

Jake salió del armario, pero en lugar de correr, se volvió hacia ella.

–Quizá sea una trampa.

Con un nudo en la garganta, Jessie asintió. Sí, claro que era una trampa. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

–Esperará que salgamos por la puerta de atrás.

–Bueno, pues tendremos que salir por la principal. Quédate detrás de mí –la tomó de la mano y corrió hacia la puerta delantera. De camino, sacó su móvil y llamó a los bomberos. Únicamente les dio la dirección de la casa, avisándoles de que se había producido un incendio.

Volvió a guardar el teléfono y giró el picaporte. La puerta no se abría. Le dio un empujón.

–Está bloqueada. Decididamente alguien está empeñado en matarnos.

El humo empezaba a invadir la habitación.

–Salgamos por la ventana.

Corrieron hacia el gran ventanal del salón. Pero a Jake le bastó una sola mirada para soltar un juramento, y ella no tuvo que preguntarle por qué. También estaba cerrado con llave. Jake rebuscó frenéticamente en sus

bolsillos, buscando la otra que le había dado Douglas.

–Date prisa –lo urgió Jessie, sin aliento.

Casi podía sentir las llamas bloqueándoles el camino. Jake introdujo la llave en la cerradura, pero no pudo abrir. Forcejeó durante unos segundos más, en vano. Resultaba obvio que no era la llave apropiada.

–Romper el cristal no servirá de nada.

Así era, ya que el ventanal estaba dividido en pequeños recuadros. Aun cuando consiguieran romperlos, no eran lo suficientemente grandes como para permitirles salir. Una medida de seguridad, sin duda. Y una trampa para ellos.

Un denso humo negro entraba ya por debajo de la puerta principal. El porche estaba en llamas, de manera que por allí les resultaría imposible escapar. ¿Y dónde estaban los bomberos? Jessie tenía la impresión de que había transcurrido una eternidad desde que los telefoneó Jake.

La tomó nuevamente de la mano y corrió por el pasillo, hacia los dormitorios. Todas tenían ventanas con pequeños recuadros... y cerraduras. Para cuando volvieron al salón, todo estaba lleno de humo.

–Échate al suelo –la ordenó Jake.

Las luces se apagaron de pronto, quedando la habitación a oscuras. Jake encendió inmediatamente la linterna y la sostuvo con la boca. A gatas, lograron arrastrarse hasta la cocina. Jessie se sentía cada vez más cansada. Los pulmones habían empezado a dolerle. No quería pensar en las consecuencias que todo aquello podría acarrearle al bebé, pero una ciega rabia la corroía por dentro. No podía morir. Porque, si perecía, perecería también su bebé.

Cuando llegaron a la puerta trasera, Jake se guardó la linterna y le puso su pistola en la mano.

–¿Crees que podrás usarla?

–Sí –respondió sin parpadear–. ¿Qué piensas hacer?

–Voy a salir, y tú saldrás justo detrás de mí.

Todo aquel humo y la falta de aire le impedían pensar con un mínimo de coherencia, pero no tardó en darse cuenta de que aquel plan era completamente estúpido.

–Pero quienquiera que esté al acecho, te disparará.

Jake se encogió de hombros.

–Sí, pero en seguida tú te tirarás al suelo y abrirás fuego.

Jessie no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

–Me temo que tú sales perdiendo. No puedo consentir que hagas una cosa así.

–Sí, sí que puedes. Por el bebé.

Aquello era jugar sucio. Jessie tosió. Intentó discutir con él, pero no pudo. Jake le estaba ofreciendo a su bebé una oportunidad. Una oportunidad de vivir. Aunque quizá el pistolero disparara contra los dos cuando saliesen por aquella puerta...

–Te propongo otra cosa. Saldremos juntos, pero arrastrándonos por el suelo. Y yo dispararé contra lo primero que se mueva.

–Ni hablar.

Sabía, por la firmeza de su tono, que hablaba en serio. ¿Por qué tenía que ser tan testarudo? De repente una vaharada de humo le cubrió la cara, provocándole otro ataque de tos. Desde luego, aquel no era el mejor momento para ponerse a elaborar planes y a discutirlos. Le devolvió la pistola.

–De acuerdo. Tú dispararás. Pero ten cuidado.

Tenía la penosa sensación de haberle enviado a una misión suicida. Y tampoco la ayudó nada que le diera un rápido beso en la frente.

Jake giró el picaporte a la vez que empujaba la puerta con el hombro. Se abrió de par en par. Por suerte, no había llamas. Respiraron una bocanada de aire fresco. Asomó la cabeza, protegiendo una vez más a Jessie con su cuerpo. No había nadie.

Al menos, nadie que pudieran ver. Un pistolero no se habría arriesgado a esperarlos allí, acechante, cuando probablemente el incendio habría atraído ya a un buen número de curiosos. A lo lejos se oyó el ulular de una sirena. Incapaz de esperar a que se acercaran, Jake se dirigió hacia el porche, agachándose. Jessie hizo lo mismo. Se detuvieron un momento en los escalones que bajaban hasta el jardín y el sendero de entrada.

Jessie pensó que si alguien había pensado en dispararlos, aquella era sin duda la mejor ocasión para hacerlo. Pero no sonó ningún tiro.

–Salgamos de aquí –musitó Jake.

Y, tomándola de la mano, echó a correr.

El doctor Lisette abrió la puerta de la habitación de Jessie y le indicó a Jake que entrara.

–Ya hemos terminado.

Jake entró lentamente, buscándola con la mirada. Estaba sentada en una silla, al lado de la cama. Aparte de un poco nerviosa, parecía encontrarse bien.

–Jessie me dijo que no tenía inconveniente alguno en que usted estuviera presente durante nuestra conversación –le informó el médico.

Jake apreció sobremanera aquel gesto. Si se hubiera negado, no la habría culpado. Después, todavía no había admitido delante de ella que el bebé era suyo.

–¿Qué tal está? ¿El humo del fuego... la ha afectado de alguna manera?

–Parece que no. He encargado un análisis de sangre para confirmarlo. Yo diría que Jessie está embarazada de dos meses y medio –se volvió hacia ella–. ¿Coinciden mis cálculos con la fecha en que fue inseminada?

Jessie asintió y miró a Jake. No tardó en bajar la vista.

–El parto será para enero –continuó el doctor Lisette–. Tengo un colega, un tocólogo, que me gustaría recomendarles. Le hará a Jessie una ecografía y un examen físico completo.

Aquello hizo sospechar a Jake.

–¿Cree que ha podido pasarle algo al bebé?

–Oh, no. Es pura rutina. Lo habitual.

–¿Qué hay de la prueba de ADN? –quiso saber Jessie–. ¿Para cuándo podrían hacérmela?

–Para dentro de un par de meses –respondió el médico, recogiendo su maletín–, pero sospecho que ya le han hecho una. Eso parece a juzgar por la marca de inyección que tiene en el vientre.

–Sí, es cierto –repuso con voz débil–. Sé que me hicieron una prueba, pero no sé cuál. Antes me hicieron beber un líquido rojo. Un antihistamínico, me dijo la mujer que era. De hecho, me lo dieron muchas veces –se interrumpió, conteniendo el aliento–. ¿Habrá perjudicado eso al bebé?

–No es probable. La prueba de ADN, sin embargo... puede acarrear algunos riesgos. Un pequeño porcentaje de mujeres termina abortando.

Jessie se quedó pálida. Jake la comprendía perfectamente. Ya había corrido suficientes riesgos como para añadir otro más.

–De todas formas, quizá sea posible encontrar los resultados de la primera prueba que le hicieron –sugirió el doctor Lisette–. ¿Saben el nombre del laboratorio responsable?

Jessie negó con la cabeza.

–No tengo la menor idea.

–Bueno, haré unas cuantas llamadas a ver si puedo averiguar algo. Tal vez tengamos suerte –se dirigió hacia la puerta–. Mientras tanto, tómese esas vitaminas, haga ejercicio regularmente, aliméntese bien... Ya sabe, haga todo aquello que supuestamente es recomendable para su salud –se detuvo para mirar a Jake antes de volverse nuevamente hacia ella–. Ah, y tampoco tienen por qué limitar su actividad sexual. Se lo digo porque eso es algo que la gente suele preguntar.

Como Jake seguía mirando a Jessie, no le pasó desapercibida su expresión de asombro.

–Muchas gracias por todo. Envíeme la factura cuanto antes.

–Oh, la señorita Barrett ya me ha pagado en efectivo. Insistió en ello –y dicho eso, se marchó.

Jake frunció el ceño. Sí que era testaruda aquella mujer... Había sido él, y no ella, quien insistió en llamar a un médico para que la examinara.

Jessie se levantó de la silla y se acercó a las puertas de la terraza.

–Yo no le pregunté por lo del sexo –aclaró–. Fue una ocurrencia suya.

–No esperaba que le comentaras nada al respecto. Quizá nos lo dijo precisamente por eso. Tal vez pensó que nos estaba haciendo un favor, o algo parecido.

Jessie soltó una corta y tensa carcajada.

–No sabe nada, eso está claro. Dime una cosa... ¿por qué no insististe en que me hiciera esa prueba de ADN?

–Por el riesgo de aborto.

Y porque no necesitaba demostrar algo que ya sabía. Pero... ¿por qué no se atrevía a decírselo? Sacudió la cabeza. La respuesta era obvia: porque seguía sin confiar en ella. Y con razón.

–Pero de esa manera habría quedado demostrada la paternidad del bebé – señaló Jessie.

–Hay una forma más segura de hacerlo. Podemos esperar a que nazca el bebé, y hacer la prueba entonces.

–Pero todavía quedan casi siete meses para eso... quizá más, ya que no creo que a los recién nacidos se les haga ese tipo de pruebas. ¿Estás dispuesto a esperar tanto tiempo?

–¿Y tú?

–A mí no me importa la prueba –contestó Jessie, sin mirarlo–. Ya me han examinado bastante y me han hecho suficientes pruebas. Demasiadas –suspiró profundamente, cruzando las manos sobre el pecho–. En cualquier caso, me marcharé dentro de un día o dos y...

–Espera un momento. Ni siquiera sabes quién quiere matarte. ¿Cómo puedes pensar en marcharte de aquí cuando aún sigues en peligro?

–Tal vez nunca llegue a averiguar quién está detrás de esto. Y no puedo quedarme a esperar a que suceda lo peor. Pero estaré en contacto contigo. Esto es, si a ti te parece bien.

Jake no podía creer lo que estaba oyendo.

–¿Si a mí me parece bien? –por supuesto que quería seguir en contacto con ella. Diablos. Se trataba de su hijo.

–Para la prueba de ADN, claro –se sintió obligada a precisar Jessie–. En cuanto nazca el bebé, intentaré hacerle una lo antes posible. Te llamaré para comunicarte los resultados.

–Ya. Me llamarás –repitió Jake. Y, de paso, podría decirle si se trataba de un niño o de una niña... Pero no. No estaba dispuesto a consentirlo–. Mira, puedo buscarte una casa para que te quedes. Una casa con todas las garantías de seguridad. Y contarás con una constante atención médica.

Jessie se volvió hacia él, con una cínica sonrisa en los labios.

–Otra vez estás jugando al buen samaritano conmigo... pero no es necesario, de verdad. Llevo cuidando de mí misma desde que tenía dieciséis años. Dentro de un día o dos, tendré que marcharme.

Jake se contuvo de espetarle lo que podía hacer con aquella sugerencia. Lo estaba expulsando de su vida. O al menos lo estaba intentando. Pero no le saldría bien. Si se marchaba, era posible que nunca más volviera a verla. O, peor aún: que el asesino terminara encontrándola.

–Por favor –le pidió con el tono más tranquilo de que fue capaz–, quiero que te quedes aquí hasta que estemos absolutamente seguros de que no corres peligro alguno.

–A ti te pasa algo raro... –lo miró extrañada–. Ayer me tratabas de una manera completamente diferente.

Jake se preguntó si su cambio de comportamiento había sido tan obvio. Al

parecer sí.

–¿Tú crees?

No quería confesarle lo que pensaba acerca del bebé. Aún no. No estaba dispuesto a desnudar su corazón ante una mujer capaz de dejarle de aquella manera en la estacada. Además, quizá después de todo estuviera equivocado...

Solo que no lo estaba.

Jessie se pasó los dedos por el pelo. Al hacerlo, se le levantó el top, que le llegaba justamente a la cintura. Jake alcanzó a vislumbrar un atisbo de piel desnuda. Y un delicioso ombligo...

–Estás siendo muy amable conmigo. Demasiado.

–Bueno, ¿qué puedo decir? –Jake se obligó a adoptar un tono desenfadado—. Soy un gran tipo.

Jessie seguía acariciándose el cabello, frente a él. Y con su ombligo perfectamente visible.

–Sí que lo eres.

Jake estaba asombrado, como si acabara de recibir una bofetada. Ni siquiera podía hablar. Ni moverse.

–Pero hazme un favor. No tengas tantas amabilidades conmigo, ¿de acuerdo? –parecía como si no se atreviera a mirarlo—. Últimamente es como si no fuera yo misma. Quiero decir que no suelo dejar que la gente se me acerque demasiado... y tú lo estás consiguiendo con tu actitud de... de gran tipo.

–¿Entonces no quieres que sea amable contigo?

–No tan amable.

La tomó suavemente de la barbilla, obligándola a alzar la mirada.

–De acuerdo. Será como tú quieras.

El brillo de diversión había desaparecido de sus ojos grises. Lo que en aquel momento veía Jake en ellos era preocupación. Y no sabía qué hacer al respecto.

–¿Sabes? –suspiró—. Esto es algo que no suelo admitir a menudo, pero estoy asustada. Quiero decir que estoy acostumbrada a cuidar de mí misma, pero ahora tengo que pensar en otra persona, de la que soy responsable –sacudió la cabeza—. De él, o de ella. El caso es que si algo malo le sucede...

–No le sucederá nada.

Jessie continuó como si no lo hubiera oído.

–Si algo malo le sucede, prométeme que atraparás a la persona que se esconde detrás de esto.

Oh, desde luego que lo pagaría, y con creces, si el bebé llegaba a sufrir algún daño. Jake no tenía ninguna intención de llegar hasta ese punto. Haría cualquier cosa con tal de mantener a Jessie a salvo. Le acarició el brazo. Una caricia que ella necesitaba tanto como él.

–No te preocupes, Jessie.

Él ya se preocuparía bastante por los dos.

Cuando Jake abrió la puerta para marcharse, Willa apareció en el umbral, cargada con un par de aparatosas bolsas.

–Jake me comentó que necesitabas algo de ropa –explicó en un tono no demasiado entusiasta, antes de volverse hacia su hermano–. Douglas está abajo. Dice que quiere hablar contigo de algo importante, en privado. Te lo aviso: algo anda tramando.

Estupendo. Jessie sabía lo que quería decir eso. Tendría que quedarse a solas con Willa, una mujer que, evidentemente, la detestaba.

–¿Estarás bien, Jessie? –le preguntó Jake.

Quiso decirle que no, pero no podía distraerlo de su trabajo, de sus intereses. No era justo. Asintió con la cabeza, y Jake salió de la habitación. Inmediatamente Willa dejó las bolsas sobre la cama y cerró la puerta.

–Bien, iré directamente al grano –la miró ceñuda, con las manos en las caderas–. ¿Douglas te ha hecho alguna insinuación?

De todas las cosas que Jessie se había imaginado que le diría, aquella era ciertamente la última.

–No.

–Él me dijo lo mismo, pero me ha mentado un montón de veces. Solo quería asegurarme.

Jessie se la quedó mirando. Su expresión no era tan fría como el día anterior. Tenía los ojos llamativamente enrojecidos, como si se hubiera pasado horas llorando. Posiblemente por la aventura que, supuestamente, ella había tenido con Douglas. Pero no había habido nada de eso, al contrario. En vez de insinuarse, la había amenazado.

–Dios mío –de repente Willa enterró la cara entre las manos–. Quizá Douglas tenga razón. A lo mejor me estoy volviendo loca.

Jessie lo dudaba. No le extrañaba que Willa tuviera buenas razones para sospechar de su marido.

–Muy bien, me temo que ya he hecho bastante el ridículo. Dime una cosa.



¿Qué tipo de hechizo le has lanzado a mi hermano?

–Maravilloso –rezongó Jessie entre dientes. Aquel era otro tema de conversación que no deseaba abordar–. Mira, yo también voy a ir directamente al grano. Yo no pertenezco al mismo mundo que los McClendon, o que Anne. Además, Jake me perderá de vista muy pronto –se dirigió hacia la puerta, pero Willa le bloqueó el paso.

–Pues entonces le romperás el corazón –insistió–. Y eso es precisamente lo que yo pretendo evitar. No quiero que Jake sufra.

Jessie estuvo a punto de soltar una carcajada al imaginarse a sí misma rompiéndole el corazón a Jake. Mucho tendría que quererla para que eso pudiera suceder, y no era para nada el caso. Si incluso había calificado de «error de cálculo» los pocos besos que habían compartido en el armario.

–La muerte de Anne casi acabó con él –añadió Willa, reacia a dejar el tema–. Murió durante el parto. ¿Sabías eso?

–No –respondió Jessie, asombrada.

–Anne no quería tener hijos. Jake sí. De modo que una vez que estuvo seguro de haber superado la enfermedad de Hodgkin, la convenció de que se quedara embarazada.

Jessie ya estaba haciendo un nuevo intento por marcharse cuando aquella revelación la dejó paralizada. Jake había persuadido a su esposa de que se embarazara. Y ella había muerto intentando dar a luz a aquel hijo.

–Y se culpa a sí mismo por ello –musitó.

–Sí. Constantemente. Antes de esta campaña, había perdido las ganas de vivir. ¿Sabes? Hay días en que casi me alegro de que exista un hombre como Abel Markham. Si Jake no se hubiera empeñado en luchar contra él y expulsarlo del mundo de la política, tal vez nunca habría conseguido superar la muerte de Anne.

–Pero ahora que ya lo ha superado, temes que yo lo estropee todo.

–Lo que temo es que termine embarcándose en algo que pueda ocasionarle más dolor –le confesó Willa, acercándose todavía más a ella.

Jessie estaba a punto de tranquilizarla nuevamente en ese sentido cuando de repente aspiró su perfume... y lo reconoció. No sabía cuál era, pero lo reconocía. De aquella noche. La noche que la secuestraron. Estaba segura de que uno de los secuestradores había llevado aquel mismo perfume.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Willa.

–Sí, perfectamente –logró pronunciar. Tenía que poner freno a su imaginación. Después de todo, eran muchísimas las mujeres que podían llevar

ese perfume.

Willa la tomó del brazo y la hizo sentarse en una silla, al lado de la puerta de la terraza.

–Anda, siéntate. Jake me matará si descubre que te he puesto en ese estado...

–Pero si estoy bien...

–No lo creo. Mira, no quería ofenderte, ni insultarte. Supongo que nunca aprenderé a mantener la boca cerrada –se sentó en el borde de la cama.

Al principio Jessie pensó en dejar pasar aquel comentario, pero luego decidió ponerla a prueba.

–He estado pensando bastante en la visita de Abel Markham.

–Mmmm –Willa no parecía muy sorprendida. Con gesto despreocupado, empezó a vaciar una de las bolsas—. ¿Y?

Jessie miró con expresión ausente el vestido y la ropa interior que Willa fue extendiendo sobre la cama.

–Comentó algo acerca de que el cadáver de una mujer fue encontrado en esta propiedad.

–Christy Mendoza. Por favor, no me digas que piensas que Jake tuvo algo que ver en ello...

–No. Solo quería saber si Markham podría conseguir que le echaran la culpa a él.

–Jake ni siquiera conocía a la señorita Mendoza. Si estaba en la fiesta era porque trabajaba en la empresa del catering. La única vez que la vi yo fue cuando Douglas la estaba... acosando. Ella se lo quitó de encima –debió de haber advertido la mirada de interés de Jessie, porque en seguida añadió–: Más de una persona se encargó de decírmelo. Gente que disfruta recordándomelo a la menor oportunidad.

Jessie no lo dudaba. Como tampoco dudaba que Christy se hubiera resistido a las insinuaciones de Douglas. Christy no había tenido la menor inhibición a la hora de trabajar con ropa provocativa, pero jamás habría tenido una aventura con un hombre casado. Eso le hizo preguntarse cómo se habría tomado Douglas su rechazo.

Según los informes que había leído, en aquella fiesta hubo al menos hasta doscientos invitados. Teóricamente, cualquiera de ellos pudo haber matado a Christy y hacer que pareciera un accidente. Después de todo, dada su pequeña estatura, no habría podido oponer demasiada resistencia.

Intentó desterrar aquella imagen de su mente. Su amiga, luchando para

conservar la vida. Era esa imagen, esa pesadilla, la que le impedía dormir tan a menudo. El único traumatismo que los forenses habían encontrado en su cadáver era un golpe en la parte posterior del cráneo. Un tipo de herida que encajaba con la hipótesis de que se había caído por accidente, golpeándose en la nuca. Solo que Jessie se negaba a creer que Christy hubiera sido tan descuidada, tan poco precavida.

Lo que tenía que averiguar era si la muerte de Jessie estaba de algún modo relacionada con el resto de los acontecimientos. ¿Acaso había tenido alguna relación con su secuestro? En un principio había rechazado semejante idea, pero quizá había llegado la hora de reconsiderarla. Después de todo, tanto Willa como Douglas habían conocido a Christy. E, indirectamente, también estaban vinculados con Jessie.

–¿Qué te parece el vestido? –oyó que le preguntaba Willa.

Ya se disponía a responder con alguna frase amable cuando se dio cuenta de que no era necesario. El vestido, de corte sencillo y color amarillo oscuro, era realmente precioso.

–Gracias. Solo espero que pueda permitírmelo.

–Puedes. Lo ha pagado Jake –y soltó un elocuente suspiro. Resultaba obvio lo que pensaba al respecto.

–No lo consentiré –se apresuró a asegurarle Jessie–. Le devolveré hasta el último céntimo.

Su actitud, sin embargo, pareció divertir a Willa.

–Por cierto, cuando le cuentes a Jake nuestra pequeña conversación, te agradecería que fueras un tanto... indulgente conmigo –pronunció, levantándose de la cama–. No le gusta que me entrometa en su vida. Nunca le ha gustado. Es precisamente por eso por lo que tengo que recurrir a estas sesiones... a espaldas suyas.

Aquel comentario tan brutalmente cínico tomó desprevenida a Jessie. Y le hizo preguntarse cuántas sesiones más de ese tipo habría preparado. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar esa mujer con tal de proteger a su hermano?

Después de despedirse, Willa salió de la habitación con paso elegante. Jessie se llevó las manos a las sienes, en un intento por aliviar el dolor de cabeza que acababa de asaltarle. Todo era tan confuso... Una confusión a la que había contribuido ella misma. Era estúpido, pero se había permitido relacionarse con un hombre al que, tan solo unos días atrás, había tomado por un asesino.

Se esforzó por repasar las evidencias y los datos que tenía sobre Jake,

Willa, Douglas e incluso Markham. Era como un enigmático puzzle. Markham podía haber estado detrás del asunto de la inseminación, pero no había matado a Christy. Ni siquiera había asistido a la fiesta. Así que quizá, después de todo, los dos asuntos no estuvieran relacionados...

Por supuesto, eso dejaba una evidente pregunta en el aire: ¿quién había deseado su muerte? Tal vez Markham, si por alguna razón había querido, de repente, truncar un plan que él mismo había diseñado. O quizá la persona que había intentado matarla fuera Douglas. Después de todo, Douglas había estado al tanto de la visita que Jake y ella habían hecho a la casa del doctor Radelman. También tenía un móvil para ello: el fondo fiduciario de la familia. Y si, de alguna forma, había llegado a descubrir lo del bebé...

Eso no habría sido tan difícil. Jessie había dejado su test de embarazo en la habitación del motel. Douglas habría podido seguirlos y entrar en su habitación justo después de que se marcharan. Pudo haber visto los resultados, y deducir con cierta lógica que Jessie constituía la principal amenaza para la parte que le tocaba a Willa de aquel fondo fiduciario. Pero si eso era así... la propia Willa compartía aquel mismo móvil.

Gimió para sus adentros. Aquel puzzle tenía demasiadas piezas, sobre todo con el doctor Radelman y Marion Cameron todavía sueltos. Levantando el auricular, marcó el número de Byron. Como de costumbre, contestó en seguida.

–Solo quería asegurarme de que el dinero estará allí mañana.

–Claro que sí, pero dame de tiempo hasta las tres. Quiero entregártelo en persona.

–No. No lo hagas –insistió Jessie–. Ya has hecho bastantes cosas por mí –«quizá demasiadas», añadió para sus adentros. Detestaba hacerle la siguiente pregunta, pero tenía que saber si Byron había filtrado accidentalmente el dato de su visita a la casa de Radelman–. Escucha, ¿por casualidad mencionaste a alguien que habías hablado conmigo la última vez?

–Por supuesto que no. ¿Por qué?

–¿Pudo alguien haber escuchado nuestra conversación?

–No. Tomé mis precauciones. ¿Qué es lo que pasa, Jess?

–No estoy muy segura. Pero hazme un favor: no confíes en nadie, ¿de acuerdo?

–Te haré caso si tú haces lo mismo.

–No te preocupes. No tengo intención de confiar absolutamente en nadie mientras no sepa realmente qué es lo que está pasando aquí.

–¿Incluye eso a McClendon?

Lo incluía. Aunque su corazón le susurraba lo contrario.

–Sí, eso incluye a Jake. Cuídate, Byron –y colgó.

Nada más volverse, descubrió a Jake en el umbral. Rápidamente repasó las últimas frases de la conversación y se dio cuenta de que le resultaría imposible interpretar la última parte. Por suerte.

–¿Un amigo?

–Sí. Creía que estabas con Douglas.

–Ya hemos terminado. Willa y él se van ahora mismo a una reunión. Tengo que acompañarlos. Ah, por cierto... se lo he contado todo a Douglas.

Jessie asintió. Tenía sentido. Bueno, tenía sentido solo porque Jake no lo consideraba un sospechoso. Lo cual no cambiaba la opinión que ella seguía teniendo sobre su cuñado.

–Douglas se enteró de algo a través de la policía –añadió Jake–. Y quería decírtelo antes de que te enteraras por las noticias.

–¿Qué? –inquirió, nerviosa.

–Acaban de encontrar el cadáver del doctor Radelman.

Oh, Dios. Jessie se había esperado algo así. Era imposible que su jefe lo hubiera dejado vivo, sabiendo que en cualquier momento podía acudir a la policía. Estremecida, pensó que aquello era un brutal recordatorio de lo que esa misma persona pretendía hacerle a ella.

–¿Lo asesinaron?

Jake negó con la cabeza.

–Parece que perdió el control de su coche y se cayó de un puente, en Kendall County.

–No fue un accidente –susurró ella.

–No –no se movió del umbral–. Tengo que irme –suspiró–. ¿Estarás bien?

–Claro –era una mentira, pero sabía que no había nada que él pudiera hacer para tranquilizarla.

Para Jessie, la tranquilidad de espíritu había dejado de existir.

Ya casi había anochecido cuando Jake regresó al rancho. Había estado hirviendo de rabia durante toda la tarde. Ni un solo minuto había dejado de pensar en Jessie. El final de la conversación telefónica que había alcanzado a escuchar era la prueba que necesitaba: aún seguía mintiéndole.

¿Cómo había podido ser tan estúpido para empezar a confiar en ella? Era inconcebible, pero lo había hecho. Y no solo eso, sino que la había besado. La había besado y se había preocupado por ella, por su bienestar... Y, al hacerlo, se había enredado aún más en su maraña de mentiras.

La buscó por toda la casa, hasta que la encontró en la terraza de su dormitorio.

–Tenemos que hablar –ni siquiera intentó disimular la furia que latía en su voz–. Quiero saber qué es lo que me sigues ocultando.

Arqueando las cejas, Jessie se volvió de nuevo para contemplar el paisaje. Con toda tranquilidad.

–Para ser un político, no te andas con rodeos.

–No quiero perder el tiempo. ¿Con quién hablabas antes por teléfono? ¿Con un novio tuyo?

Jessie esbozó una media sonrisa.

–Con un gran amigo mío.

Y quizá un amante. Jake se dijo que no debía descartar la posibilidad.

–¿Sabe lo de tu secuestro? –al ver que asentía con la cabeza, volvió a preguntarle–: ¿Y lo del embarazo?

–Se lo dije, sí.

Jake necesitó de unos segundos para recuperarse del vuelco que le había dado el estómago.

–¿Y confías en él?

–Lo conozco desde hace mucho tiempo. Es como un hermano para mí.

Un hermano y un amigo. Un hombre lo suficientemente cercano a ella como para contar con su absoluta confianza. La agarró de un hombro, obligándola a volverse.

–¿Le dijiste que íbamos a ir a casa de Radelman?

–Sí, pero...

–Nada de peros –le espetó Jake–. Alguien envió a ese falso policía a matarnos. Pudo haber sido ese amigo tuyo, en quien tanto confías.

Jessie se lo quedó mirando con la boca abierta.

–Y también pudo haber sido tu propio cuñado, dado que era él quien tenía la llave. ¿Le has preguntado a Douglas si se lo contó a alguien?

–Sí. Y me aseguró que no lo había hecho.

–Vaya, ahora sí que me siento mucho más tranquila –murmuró con tono irónico–. Douglas estaba al tanto y pudo habérselo contado a cualquier persona, incluida su mujer –liberándose de él, entró en el dormitorio.

Jake se apresuró a seguirla antes de que pudiera cerrarle la puerta de la terraza en las narices. No estaba dispuesto a dejarla escapar tan fácilmente.

–¿Te importaría explicarme eso?

Jessie se giró en redondo, echando chispas por los ojos.

–La noche que me secuestraron, olí un perfume característico. De la única mujer de los cuatro secuestradores. Me acuerdo perfectamente. Es el mismo que usa tu hermana.

–¿Y eso qué es lo que demuestra? –exclamó Jake, estupefacto. ¿Ahora estaba acusando a su hermana?– Ya habíamos concluido que esa mujer era probablemente Marion Cameron, la enfermera de Laboratorios Cryogen. No creo que sea muy descabellado suponer que fuera ella la que llevara ese condenado perfume...

Jessie soltó un profundo suspiro. Su anterior furia se había convertido en frustración.

–Escucha, todo esto es muy confuso, y no tengo ni la menor idea de quién puede estar detrás de todo esto...

–No, no, pongámonos en ese caso –insistió Jake, implacable–. ¿Qué motivación habría podido tener mi hermana?

–No lo sé. ¿Dinero, quizá?

–¿Y qué tendría eso que ver contigo, o con tu secuestro? Si su móvil hubiera sido el dinero, no habría disparado contra mí durante el atentado que sufrimos en la puerta de Cryogen. En mi testamento, se lo he dejado todo a la fundación benéfica que lleva el nombre de mi mujer, Anne. Si muero, mi hermana no heredará un solo céntimo.

–Entonces tal vez sea el fondo fiduciario. Douglas me habló de ello.

–No, eso tampoco puede ser –se acercó a ella–. Si Willa estuviera detrás de ese fondo, lo último que desearía sería que tú estuvieses embarazada... de mí.

–Tienes razón –rezongó Jessie–. Porque ninguno de vosotros dos lo

heredaría. Lo heredaría el niño. O la niña.

–E incluso en ese caso la madre de la niña no podría poner las manos sobre ese dinero –agregó Jake con tono tranquilo–. Aunque quizá eso tú ya lo sabías, ¿no?

–Así que ahora me estás acusando –replicó, furiosa–. Dios mío, si realmente me juzgas capaz de una cosa así... ¿por qué no me echas ahora mismo de tu casa? –desvió la mirada hacia su bolso, que estaba sobre la cama. Lo recogió rápidamente–. Mejor dicho, me voy yo. Ya estoy harta de esta mal llamada «protección» tuya. Nunca en toda mi vida me había sentido tan en peligro...

Pero antes de que pudiera llegar a la puerta, Jake la agarró de un brazo.

–¡Suéltame!

–No hasta que me escuches.

–Ya estoy cansada de escucharte.

Le sujetó el otro brazo, evitando que ella pudiera golpearlo con el bolso. Acto seguido le inmovilizó ambas manos a la espalda, acorralándola contra la puerta. No era la mejor posición. Su cuerpo estaba apretado contra el suyo. Había fantaseado con tenerla entre sus brazos, pero no de aquella forma.

–Lo siento –pronunció, justo antes de que Jessie le hundiera un codo en el estómago. Se quedó sin aire. Aquella mujer sabía luchar como una gata salvaje.

O no había oído lo que le había dicho o no lo creía. La inmovilizó de nuevo, impidiéndole escapar. Sus miradas se encontraron. Tenía los ojos muy abiertos. De temor. Y la respiración acelerada.

–Lo siento –repitió.

Sintió de repente que sus músculos se aflojaban, como si fuera a desmayarse. Tuvo que sujetarla para que no cayera al suelo. Un sollozo escapó de su garganta. Y luego otro, y otro, antes de que enterrara la cabeza en su hombro.

–No puedo llorar –murmuró–. Detesto llorar.

No lo dudaba. Y Jake se sentía como un canalla. Había forcejeado con una mujer embarazada y le había hecho llorar.

–Tranquila. No pasa nada por llorar –susurró. No sabía qué más decirle.

–No. Eso no sirve de nada. Las lágrimas jamás sirven de nada.

Pero los sollozos continuaban. Jake la levantó en brazos y la depositó sobre la cama. No se resistió cuando empezó a acariciarle el pelo.

–No quiero tu maldito dinero –rezongó–. Ni tu fondo fiduciario. No quiero nada de ti.



–Lo sé –lo sabía en lo más profundo de su corazón. Aquella era una mujer que no se dejaría comprar ni una hamburguesa. Incluso había pagado la visita del médico que había llamado él.

Sin soltarla, se apoyó contra el cabecero de la cama. La miró con el rabillo del ojo. Y su mirada se posó en la corta falda blanca que llevaba. Y en sus piernas. Por desgracia, aquel solo fue el principio del largo periplo de su mirada, hasta llegar a su rostro. Para entonces se dijo que, si le quedaba algo de sentido común, lo mejor que podía hacer era levantarse de aquella cama y tomarse una ducha fría.

Pero, al parecer, ya no le quedaba nada de sentido común. Porque se quedó donde estaba.

–Vaya, me temo que acabo de hacer el ridículo –murmuró Jessie con tono suave, enjugándose las lágrimas.

–No. Acabas de llorar, eso es todo.

–Estos trastornos hormonales son peores que el síndrome premenstrual.

–Después de todo lo que te ha pasado últimamente, es normal que llores, ¿no te parece?

–Quizá. Pero procuraré que no se repita.

–Soy yo quien tiene que disculparse, no tú. No tenía ningún derecho a acusarte de ambicionar ese fondo.

Volvió la cabeza hacia él, frunciendo el ceño.

–Otra vez estás siendo amable conmigo. Y ahora mismo, precisamente, preferiría que no lo hicieras.

–No tengo más remedio, si quiero reparar mínimamente lo que acabo de hacer. ¿No te habré hecho daño, verdad?

Jessie soltó una nerviosa carcajada.

–No, pero apuesto a que tú sí tienes alguna costilla rota. Siento haberte pegado ese codazo.

–Me lo merecía. Es solo que cuando te oí hablando por teléfono con ese amigo tuyo...

–Solo es un amigo, de verdad... –lo interrumpió–. De repente sentí la necesidad de contárselo a alguien antes de perder la cabeza por completo.

Jake advirtió que le temblaba ligeramente el labio inferior. Aquello le recordó lo muy vulnerable que debía de sentirse. O lo muy vulnerable que era. Y le recordaba también otras cosas. Como su boca...

Antes de que pudiera evitarlo, se inclinó sobre ella. Cerca, demasiado cerca.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó Jessie, sobresaltada.

Una buena pregunta. Ni él mismo lo sabía.

—Me temo que complicar las cosas —y bajó aún más la cabeza, con intención de besarla en la boca. Pero cambió de idea en el último momento y le rozó el lóbulo de la oreja con los labios. Jessie se estremeció. Un leve gemido escapó de su garganta.

Muy bien. Dado que ya había cometido un desliz y que a ella parecía haberle gustado, detenerse había dejado de ser una opción. Esa vez le acarició la delicada piel de detrás de la oreja, humedeciéndosela con la punta de la lengua. Y Jessie soltó otro gemido.

Jake pronunció otro «muy bien» para sus adentros. Estaba respondiendo justo como él quería que respondiera. De la oreja pasó a la mejilla, en un lento y continuo beso. Sabía deliciosamente bien. Como algo prohibido. Como algo necesario.

De repente se apoderó de sus labios, enterrando los dedos en su pelo. Prácticamente estaba encima de ella. Jessie no se resistió; más bien todo lo contrario. Aparentemente también tenía la intención de complicar las cosas.

—¿Estás incómoda? —le preguntó. Con él literalmente tumbado encima de ella, sabía que lo estaba. Parecía tan pequeña, tan frágil...

Cuando respondió, lo hizo con una voz suave, melodiosa. La voz de una mujer excitada.

—Ojalá lo estuviera... —al ver que la miraba sorprendido, añadió—: Porque entonces tendría que pedirte que te movieses.

Besándola de nuevo, empezó a bajarle el top. No llevaba sostén. Continuó bajándose hasta que pudo verle los senos. Eran de una cremosa blancura, pequeños, exquisitos. Perfectos.

La miró a los ojos y vio su propio deseo reflejado en ellos. Se humedeció las yemas de los dedos con la lengua y se dedicó a acariciarle los pezones, complaciéndola... y complaciéndose a sí mismo.

Vio que abría la boca. Arqueó ligeramente las caderas, como buscándolo. Pero Jake procuró evitar un contacto aún más... íntimo. Porque, si lo hubiera hecho, habría perdido por completo el control.

—Esto es una locura —susurró Jessie.

Lo era, desde luego. Jake era perfectamente consciente de ello. Bajó la cabeza y deslizó la punta de la lengua por uno de los rosados pezones. Jessie se arqueó de nuevo, alzándose para facilitarle un mejor acceso.

Cerrando los labios sobre el endurecido pezón, empezó a succionárselo. En

esa ocasión sí que no pudo esquivarla: Jessie consiguió apretarse contra él justo en aquella zona, directamente contra su excitación.

–Me estás volviendo loca...

Sí, pensó Jake. Y ella le estaba devolviendo el favor. Mientras deslizaba los labios por su vientre, la miró nuevamente a los ojos. Sus preciosos ojos grises. No decía nada, pero podía ver la lucha interna que estaba librando en su cerebro. Él también estaba luchando contra sí mismo, pero aquella violenta necesidad disipaba todas sus dudas.

De repente alguien llamó a la puerta. Jake tardó algunos segundos en reaccionar.

–¿Quién es?

–Ellen. Siento molestarlo, pero la señorita Barrett tiene una visita. El inspector DuCiel, del departamento de policía de Austin. Uno de los trabajadores del rancho estaba en la puerta y lo dejó pasar. Dice que necesita hablar de inmediato con la señorita Barrett.

Aquello no le gustó nada a Jake. Y al parecer tampoco a Jessie porque, murmurando un juramento, se levantó rápidamente de la cama y se apresuró a vestirse.

## 11

–¿Byron está aquí? –se preguntó Jessie, tensando la mandíbula. ¿Cómo se le habría ocurrido ir a buscarla a aquella casa?

Jake le lanzó una mirada de asombro.

–¿Byron... el de la llamada de teléfono?

–Sí.

–¿Es un policía?

–Sí –respondió. Y quizá muy pronto tal vez fuera un policía estrangulado. Imaginaba que la sorpresa de Jake debía de ser tan grande como su propia sensación de fastidio. Se miró en el espejo. Estaba hecha un desastre.

–Yo creía que no confiabas en la policía.

Esa vez no contestó nada, sino que salió directamente de la habitación y bajó las escaleras. Jake la siguió de cerca.

Nada más entrar en la sala, se preparó para la inminente discusión. Sin embargo, lo primero que vio fue el arma. Estaba apuntando a Jake. Se quedó anonadada.

–¿Qué diablos...?

–¡Aléjate de él, Jess! –le ordenó Byron.

–¿Te has vuelto loco? –agarró a Jake del brazo.

Pero Byron no bajó el arma, ni siquiera cuando Jessie dio un paso hacia él.

–Oh, no soy yo quien ha perdido el juicio –insistió–. Es obvio que McClendon te ha lavado el cerebro.

Si no hubiera estado tan asustada por las consecuencias de aquella actitud, se habría echado a reír. Dio otro paso hacia Byron. O al menos lo intentó, porque Jake, furioso, la hizo a un lado.

–No me importa que usted sea policía o no –se encaró con Byron–. ¡Deje de apuntarme con esa pistola!

–Eso –rubricó Jessie.

Pero Byron no bajaba el arma. Jessie jamás lo había visto así. Evidentemente, la situación por la que ella había pasado lo había afectado, y mucho. Esperaba que no cometiera ninguna estupidez.

–Por favor, Byron, baja la pistola –insistió–. Me estás asustando.

Aquello pareció obrar efecto. Byron miró a uno y a otra. Segundos después,

rezongando, se guardó el arma en la sobaquera.

–Deme una razón por la que no deba echarle de mi casa a patadas –le espetó Jake.

–Byron va a explicarse ahora mismo... –pronunció Jessie, interponiéndose entre ellos... porque en caso contrario, seré yo quien le eche de aquí. ¿Se puede saber qué diablos te pasa?

Byron no contestó, y Jake tampoco dijo nada más; ambos se estaban midiendo con la mirada. Su aspecto no podía ser más distinto. Jake iba vestido de manera informal; vaqueros, botas y un chaleco de cuero marrón, del mismo color que su cabello. Byron, como siempre, lucía un elegante traje italiano que probablemente aún estaría pagando a crédito.

–¿Es usted amigo de Jessie? –le preguntó al fin Jake.

–Sí. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Estudiamos juntos a la Universidad de Texas.

Jessie le lanzó una mirada cargada de disgusto. ¿Por qué había tenido que sacar a colación lo de la universidad? Ahora Jake se estaría preguntando por qué, teniendo estudios universitarios, se había metido a trabajar en la Cantina de Ray. Se dejó caer en el sofá, tentada de ponerse a gritar. Aquella conversación iba a ser como bailar descalza en un suelo sembrado de cristales rotos.

–Si no me equivoco –le dijo a Byron, forzando un tono tranquilo–, te dije que no vinieras aquí.

–Tenía que asegurarme de que estabas bien.

–Bueno, pues ya me ves, estoy perfectamente.

Había veces, como aquella, en que le habría gustado que Byron no se mostrara tan protector. Aquello le recordó las conclusiones que había sacado sobre Willa, a partir de la última conversación. La gente demasiado protectora solía cometer estupideces.

–Pues yo no diría tanto –replicó Byron–. Tienes un aspecto terrible. Estás pálida, delgada...

–Supongo que no habrás venido aquí a hablar de mi aspecto.

–No claro que no –Byron miró a Jake–. Tengo entendido que alguien disparó contra usted. Y contra Jessie. Eso no me gusta. No me gusta que la ponga en peligro y...

–No es responsabilidad de Jake protegerme –precisó Jessie, interrumpiéndolo de nuevo–. Ni tuya tampoco. Puedo cuidar perfectamente de mí misma.

–¿De veras? Y esto lo dice una mujer que ha sido secuestrada y retenida contra su voluntad durante tres meses. ¿Pudiste cuidar perfectamente de ti misma entonces, Jess? Y, para colmo, estás embarazada –maldijo entre dientes, sacudiendo la cabeza–. Embarazada, Dios mío. ¿Has pensado en lo que pudieron haberte hecho esos canallas mientras te tuvieron prisionera?

–Sí, claro que he pensado en ello, pero, como puedes ver, estoy viva y coleando –se detuvo, esforzándose de nuevo por adoptar un tono calmado–. Escucha, Byron, lamento haberte enredado en todo este asunto. No sé lo que pretende esta gente, pero no puede ser nada bueno... y me temo que no han terminado todavía.

–Por eso estoy aquí. He venido a ayudarte a encontrar a la gente que te secuestró.

–Uno está muerto –le informó Jake, dando un paso hacia él–. Y yo estoy buscando a los otros. Cuando los encontremos, Jessie y yo llegaremos al final de todo este asunto. Lo que quiero saber ahora es lo siguiente: ¿filtró usted la información, a propósito o por accidente, que estuvo a punto de causarnos la muerte?

–¿Qué? –exclamó Byron–. ¿Cómo se atreve a acusarme a mí de intentar hacerle daño a Jessie?

–No le estoy acusando de nada. Solo quiero respuestas.

–¿Y cree que yo las tengo? Es por eso precisamente por lo que estoy aquí. Quiero que esté a salvo. Y sé perfectamente que, para eso, no puedo confiar en usted. Además, aunque confiara, de todas formas tendría que desentrañar todo este maldito asunto. Soy policía, ¿recuerda?

–Pues eso no ha evitado que Jessie estuviera a punto de perder la vida... Ya que se preocupa tanto por ella, ¿por qué no ha abierto una investigación en regla?

–Porque no es mi caso, ni mi jurisdicción. Lo que no quiere decir que no haya investigado nada por mi propia cuenta. ¿Quiere saber mi teoría? Usted está detrás de todo esto, McClendon. Y ahora se las ha arreglado para convencer a Jessie de que es un buen chico, que está de su lado. Pues bien, yo no me lo creo. Ni por un momento.

Jessie se levantó del sofá. La situación no estaba mejorando. Hasta el momento aquellos dos hombres no habían hecho otra cosa que ladrar, defendiendo sus respectivos territorios. Agarró del brazo a Byron.

–Ya es hora de que te vayas. Vamos, te acompaño hasta la puerta.

–No quiero que...

–Venga –tiró de él. No volvió a decirle nada hasta que llegaron a la puerta. Esperando que Jake no pudiera oírlos, le susurró, furiosa–: ¿Es que quieres ponerme las cosas todavía más difíciles?

–Bonita manera de ganar una discusión.

–No iba a quedarme de brazos cruzados viendo cómo acusabas a Jake de Dios sabe qué desmanes...

–Te estás enamorando de él, ¿verdad? –ni siquiera esperó que lo negara–. ¡Dios mío, Jess! Este es la clase de peligrosa maniobra que habría cometido Christy, no tú. Tú eras la más sensata de las dos.

–No se trata de ninguna maniobra –musitó–. Jake arriesgó su vida por salvarme.

–¿Ah, sí? Acuérdate de la última vez que hablaste con Christy. Decía que estaba a punto de cazar a McClendon. Pocas horas después, estaba muerta.

–Supongo que solo fue una coincidencia.

Una expresión de ira mezclada con frustración nubló el rostro de Byron.

–¡Pues yo ya empiezo a estar cansado de que las dos os metáis en estos estúpidos aprietos!

Alarmada, lo sacudió de los hombros.

–¿Las dos? –repitió–. ¿Te refieres a Christy y a mí? ¿De qué estás hablando, Byron?

Algo extraño creyó distinguir en sus ojos. Confusión, quizá.

–Lo siento. No debí haber dicho eso –sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y se lo entregó–. Tu dinero. Los quince mil.

Eran, literalmente, los ahorros de toda su vida. Pero eso no la distrajo del anterior comentario de Byron. «Empiezo a estar cansado de que las dos os metáis en estos estúpidos aprietos». ¿Qué habría querido decir con eso?

Nada. Se apresuró a asegurarse. Absolutamente nada.

–Sigue mi consejo, Jess –añadió Byron, saliendo al porche y dirigiéndose hacia su coche–. Usa ese dinero y aléjate de McClendon antes de que sea demasiado tarde.

Sabía que ya era demasiado tarde para muchas cosas, pero le habría gustado que Byron se ahorrara aquel último comentario. Resultaba demasiado doloroso.

–Ojalá me hubieras dicho que tu amigo era un poli –se quejó Jake cuando Jessie volvió al salón.

Parecía bastante disgustado. Y con razón. Sabía que la visita de Byron desencadenaría otra avalancha de preguntas. Preguntas que prefería no

contestar.

–¿Ha descubierto algo sobre tu secuestro que yo debería saber?

–No –cruzó los brazos sobre el pecho–. Estuvo revisando el almacén, pero no encontró nada.

–¿Qué dinero es ese que mencionó antes tu amigo? –inquirió, señalando el sobre que todavía sostenía en la mano.

–Son mis ahorros, de mi cuenta bancaria. Necesito guardarlos en otro lugar.

Se acercó hacia él, con intención de ponerle una mano en el brazo. Pero cambió de idea cuando vio la furia que relampagueaba en sus ojos.

–Mira, esto no es nada nuevo, pero... tengo que irme. Tú estás metido en plena campaña electoral, y si la prensa se entera de que estoy viviendo en esta casa... tus posibilidades de salir elegido se verán drásticamente recortadas.

–No estoy casado. Tengo derecho a tener invitadas en mi casa sin necesidad de explicárselo a nadie.

–Aun así, no me siento cómoda con esta situación –repuso Jessie, soltando un profundo suspiro–. He pensando en pedirle protección a la policía.

–Quienquiera que esté detrás de todo esto... posee buenos contactos. Quizá incluso en la policía.

Sí, quizá. Y aquello no pudo menos que recordarle la conversación que acababa de tener con Byron. Casi tenía miedo de formular mentalmente la pregunta que estaba cobrando forma en su cerebro. Pero no podía evitarlo. Por mucho que se esforzara, no podía evitarlo.

¿Era posible que se hubiera equivocado con Byron?



De repente sonó el móvil de Jake.

–McClendon –contestó de inmediato.

–Gracias a Dios... no sabía quién iba a responder en este número...

–¿Quién es usted?

–No creo que me recuerde.

Claro que la recordaba. Había transcurrido bastante tiempo desde la última vez que había escuchado aquella voz, pero sabía perfectamente quién era.

–Marion Cameron. La enfermera de Laboratorios Cryogen –le indicó a Jessie que se acercara–. Dígame, ¿qué puedo hacer por usted, señora Cameron?

–Tengo que decirle algunas cosas, pero primero necesito que me prometa algo: que me dará protección. No le diré ni una palabra más a no ser que me jure que no consentirá que me maten.

Alarmada, Jessie acercó el oído al teléfono para poder escuchar mejor.

–Le prometo que haré todo lo que pueda para protegerla –le aseguró Jake. Después de todo, la necesitaba viva para poder averiguar lo que sabía–. ¿Dónde está?

–Justo delante de la verja de entrada de su rancho.

Estaba justo delante de sus narices. Pensó de inmediato en el inspector DuCiel. Esperaba que no la hubiera visto al salir. Y también esperaba que sus empleados hubieran cerrado bien la verja. No quería que Marion Cameron entrara por su propio pie en la propiedad, ya que era posible que estuviera acompañada por los otros tipos que habían secuestrado a Jessie.

Sin cortar la comunicación, se dirigió hacia la puerta. Por desgracia, Jessie lo siguió.

–Voy a buscarla ahora mismo –le informó a Marion–. Solo.

–He hecho cosas terribles –añadió la mujer–. Lo lamento tanto...

–¿Qué es lo que lamenta? ¿Qué quiere decir? –Jake quería escuchar todo lo que tuviera que decirle, pero cara a cara. Sacó una pistola del armario del vestíbulo antes de indicarle a Jessie, por señas, que lo esperara dentro de casa. Pero ella negó enérgicamente con la cabeza.

Marion Cameron soltó entonces un gemido, como si estuviera esforzándose

por no llorar.

–Hay en marcha un complot para destruirlo.

Jake se dijo que eso no era nada nuevo; a esa misma conclusión ya había llegado antes. Se dispuso a marcharse, pero Jessie parecía empeñada en seguirlo. No podía perder el tiempo en discusiones. Tenía que llegar a la verja de entrada antes de que aquella mujer se marchara.

–¿Por qué quieren destruirme? –le preguntó a Marion mientras caminaba apresurado por el sendero de entrada. Jessie le pisaba los talones. Volvió a lanzarle una mirada que no requería de interpretación alguna, pero ella no se amilanó.

Cuando llegaron al coche, Jessie se sentó a su lado e incluso acercó el oído al teléfono, para escuchar mejor.

–Yo no quería hacerlo –continuó Marion–. Ni siquiera sabía lo que planeaban hacer, de verdad. El doctor Radelman me dijo que nadie saldría herido. Necesitaba el dinero. Mi marido me había abandonado, llevándose todo el dinero. Tenía facturas que pagar. Iba a perder mi casa...

Jake arrancó el coche. Habría podido fácilmente llegar hasta la verja atravesando el jardín pero, yendo con Jessie, el coche siempre podría servir de protección en caso de que Marion estuviera armada.

–Nos llevamos a esa mujer –añadió Marion–. El doctor Radelman y yo la inseminamos. Pero él me juró que ella no sufriría ningún daño.

Agarrando con fuerza el volante, Jake intentó desterrar de su mente la imagen de Jessie encerrada en aquel almacén. Tres meses de infierno. Jamás podría perdonar a Marion Cameron por el papel que había jugado en todo aquello.

–¿Quién eligió a esa mujer?

–Jessie. Se llamaba Jessie Barrett. No sé quién la eligió, ni por qué. El doctor Radelman tenía su dirección, y su nombre. No sé cómo los consiguió.

De modo que era probable que la elección no hubiese sido al azar. Habían escogido a Jessie por una razón determinada. Si la descubría, estaba seguro de que terminaría encontrando al responsable del complot.

–El doctor Radelman me dijo que eso lo destruiría. Hicimos algunas pruebas. El de ADN demostraría que el bebé era suyo, y supuestamente filtraríamos esa información a la prensa.

Aquello tampoco era nuevo. Aun así, casi se sobresaltó al oírlo. A su lado, Jessie contenía el aliento.

Jake detuvo el coche a unos doscientos metros de la verja. Con Jessie, no

quería acercarse más.

–¿Quién está detrás de este plan? ¿Radelman?

–No. Él estaba en esto por lo mismo que yo. Por dinero.

–¿Entonces quién? ¿Abel Markham?

–No lo sé. De verdad que no lo sé. Había dos vigilantes. Fueron ellos quienes nos pagaron. En efectivo. Solo los conocíamos por sus nombres de pila: Mike y Lennie. Se turnaban cada vez. No se molestó en buscarlos. Si el doctor Radelman está muerto, ellos probablemente también lo estén.

–¿Pero por qué decidió su jefe matarlos? ¿Y por qué habría de querer matar también a Radelman? Si lo único que quería era destrozar mi campaña electoral...

–Oh, no –lo interrumpió la mujer–. No querían destruir su campaña electoral. Querían destruirlo a usted.

–No lo entiendo.

La mujer soltó un gemido. Que se convirtió en un desgarrado sollozo.

–Después de filtrar a la prensa los resultados de la prueba de ADN, los vigilantes tenían órdenes de matar a Jessie. Yo no lo sabía. Le juro que no lo sabía. Pretendían estrangularla y dejar su cuerpo en algún lugar donde pudieran encontrarlo fácilmente.

Fue como si Jake acabara de recibir un puñetazo en el estómago. Era cierto. Todo era cierto. Por unos segundos creyó ahogarse de rabia, de miedo. Tuvo que obligarse a seguir hablando.

–¿Para qué querían matarla a ella?

–Para que lo culparan a usted de su asesinato. Le adjudicarían un móvil. Porque ella había trabajado en aquel local y porque el test demostraría que el bebé era suyo. Todo el mundo pensaría que la había asesinado porque se había quedado embarazada de usted.

Jake se llevó un puño a la frente. Miró a Jessie. Estaba terriblemente pálida y le temblaba el labio inferior. La tomó de la cintura, atrayéndola hacia sí.

–Yo no sabía que pretendían matarla hasta que los oí mencionarlo –prosiguió Marion–. Fue entonces cuando dejé la puerta de la celda abierta, para que pudiera escapar. Pero creo que la encontraron. Estaba drogada. Estoy segura de que la encontraron. Yo intenté salvarla a ella y al bebé...

Marion Cameron era el único testigo con que contaban, y tenían que llegar hasta ella. Jake sacó su arma y le indicó a Jessie que se quedara en el coche. Tuvo que señalarle el estómago para recordarle que necesitaba pensar en el bebé. A regañadientes, se resignó.

–Si las cosas se complican –le dijo, tapando el teléfono con una mano para que Marion no los oyera–, prométeme que saldrás de aquí.

Jessie asintió con la cabeza. Jake abrió la guantera y sacó una pistola. Se la puso en la mano. No era garantía de nada contra una persona que parecía tan decidida a asesinarla, pero por el momento no podía hacer más. Bajó del coche y la miró. Veía tantas emociones en aquellos ojos... Miedo, preocupación, incluso esperanza.

–Ten cuidado –murmuró ella.

–Tú también.

Jessie abrió la boca como si fuera a añadir algo, pero al final cambió de idea y se limitó a sacudir la cabeza. Un gesto de frustración que Jake conocía demasiado bien.

–Puedo garantizarle protección, señora Cameron. Voy ahora mismo a buscarla –se dirigió hacia la verja, apresurado–. Pero tendrá que contarle a la policía todo lo que me ha contado a mí.

–Se lo contaré, se lo prometo. Por favor, venga rápido antes de que alguien me encuentre. No quiero morir, señor McClendon. Si ellos...

De repente se cortó la comunicación. Jake cubrió corriendo el resto del recorrido. Vio un coche oscuro aparcado a un lado de la carretera, con una mujer al volante. No queriendo arriesgarse a abrir la puerta de la verja, decidió escalarla. Eso activaría la alarma de seguridad, pero, pensándolo bien, no era tan mala idea.

En el preciso instante en que saltó al otro lado, oyó a Marion arrancar el coche. Y también oyó un extraño sonido procedente de la espesura del bosque, a su derecha. Se estremeció. Había alguien allí.

Un silbido resonó en el aire. Jake se lanzó al suelo, protegiéndose detrás de unos arbustos. No estaba muy seguro, pero sospechaba que alguien había disparado con un rifle con silenciador.

Marion debió de haber visto u oído algo, porque metió marcha atrás y se marchó a toda velocidad. Jake se levantó, dispuesto a reunirse con Jessie cuanto antes. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Empuñando la pistola, Jessie no hacía otra cosa que buscar a Jake con la mirada. Y ello a pesar de que solo hacía unos minutos que se había marchado. La espera siempre era lo peor. Sobre todo con las palabras de Marion todavía resonando en su cerebro. Había oscurecido. No se veía ni oía nada. Ni

siquiera el ladrido de los perros.

Fue entonces cuando se dio cuenta. Había estado tan concentrada pensando en Jake y en aquella horrible conspiración para matarla que casi no había prestado atención a las otras cosas que había dicho Marion. Jake acababa de enterarse de que la prueba de ADN demostraría que el bebé era suyo. Su hijo.

Se mordió el labio inferior. Cuando se lo dijo, no le había creído. ¿Crearía ahora a Marion Cameron? ¿Lo aceptaría o se negaría aún a reconocerlo? Lo último era lo más probable. Al fin y al cabo, la confesión de Marion Cameron no era palabra sagrada. Simplemente había repetido lo que a ella le habían dicho. ¿Y si Markham o quienquiera que fuera el autor de aquel complot había manipulado las pruebas de ADN para que demostraran lo que él quería demostrar? ¿Y si las muestras de Jake habían sido realmente destruidas en Laboratorios Cryogen?

Se acarició el vientre. Llevaba un bebé en sus entrañas, un bebé sin padre. Aun cuando las pruebas de ADN obligaran a Jake a reconocer que el bebé era suyo, eso no lo convertía en su padre. Eso tenía que salir del corazón. Y a eso ella no podía obligarlo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Intentó decirse que no era tan malo que Jake se negara a reconocerlo. De esa manera, ella podría seguir adelante con su vida. Su bebé no tendría padre, pero tenía una madre.

Miró de nuevo por la ventanilla cuando creyó oír algo. Un sonido extraño. Alguien corriendo, quizá. O tal vez simplemente el rumor de la brisa agitando las hojas. No conseguía ver nada. Se recordó que estaba dentro de la propiedad, y Jake le había asegurado que había sensores por toda la finca. Si alguien intentaba entrar, se activarían las alarmas. De modo que no tenía nada que temer.

Intentando no dejarse dominar por el miedo, se obligó a concentrarse en Jake. Seguramente en aquel momento se dirigía de vuelta hacia allí, con Marion. Sano y salvo. Pero de pronto escuchó otro rumor, exactamente igual que el primero, y el corazón se le subió a la garganta. Algo no andaba bien. Tenía un mal presentimiento. «Si las cosas se complican, prométeme que saldrás de aquí», le había dicho Jake. Acababa de repetirse esas palabras cuando un tiro destrozó una de las ventanillas del coche.

Oh, Dios. El pánico la ahogaba. La bala había pasado tan cerca... Y acompañada solamente de un leve silbido. Lo que significaba que el asesino había usado un silenciador. Giró la llave del encendido, pero antes de que pudiera poner el coche en marcha, alguien disparó de nuevo. Esa vez atravesó

el cristal trasero impactando en el espejo retrovisor. Sin aliento, Jessie metió marcha atrás. Chirriaron los neumáticos. Tenía que alejarse de allí cuanto antes. Si no, la próxima ocasión no lo contaría.

Tenía que escapar de la línea de fuego, pero no quería hacerlo a costa de dejar desamparado a Jake. Esperaba que todavía estuviera con Marion Cameron, y a una distancia segura de su atacante. El corazón le latía a toda velocidad. El estómago le había dado un vuelco, de puro miedo. Sin soltar el arma, miró por uno de los espejos laterales. Solo accediendo a la carretera tendría alguna oportunidad de salvarse.

El tercer tiro resonó claramente en el aire, sin silenciador, ensordeciéndola. No se detuvo, ni siquiera volvió la cabeza para ver dónde había hecho impacto. El asesino tenía dos armas. Al menos. Armas con visores nocturnos, que le permitían disparar en la oscuridad.

Otro tiro y Jessie sintió que el coche basculaba violentamente hacia la derecha. Habían disparado contra la rueda. Estaba claro que no estaban dispuestos a dejarla en paz. Tuvo que hacer uso de toda su fuerza para controlar el volante y evitar salirse de la carretera. Una cosa era segura: ahora sí que no podía quedarse en la carretera, donde sería un objetivo fácil para su enemigo. Distinguió un claro entre los árboles y se dirigió directamente hacia allí. Le dolían los brazos, pero consiguió enfilar el coche en aquella dirección. Se internó en el bosque de robles, buscando la protección de la espesura.

Los tiros no cesaron. Una tras otra, las balas fueron haciendo blanco en el coche, destrozando los pocos cristales que quedaban. Jessie luchó contra la marea de pánico que la anegaba por dentro. Agachada, pisó a fondo el acelerador. No se atrevía a encender las luces, de modo que apenas podía distinguir nada. No tenía más remedio que continuar adelante, sin parar.

El bosque parecía espesarse cada vez más. Había perdido el sendero que llevaba al claro que antes había visto. Rozó el tronco de un árbol con un lateral. Frenó justo a tiempo. Delante, apenas a un metro de distancia, se levantaba un enorme roble. A punto había estado de empotrarse contra él.

Luchando contra el impulso de echar a correr o hacer cualquier movimiento violento que pudiera delatarla, soltó el volante y agarró la pistola con las dos manos. Se volvió, mirando a su alrededor. No veía nada más que árboles. La persona que le había disparado podía estar detrás de cualquiera de ellos.

Entonces oyó el sonido. El corazón le latía a toda velocidad, como si fuera a estallarle en el pecho. Era el sonido de alguien corriendo. Esa vez sí que estaba segura.

–¡Jessie! –gritó una voz.

Era Jake. Por fin. Lo buscó frenéticamente con la mirada. No lo veía.

–¡Estoy aquí! –contestó, rezando para que el sonido de su voz no delatara también su posición al agresor.

Pero solamente oía a Jake.

–Jessie, ¿estás bien?

–Sí –había cristales por todas partes, incluso en su regazo, pero no creía que estuviera herida.

–Me estoy acercando.

–¡Ten cuidado! Hay un pistolero ahí fuera, por alguna parte...

Pero eso no detuvo a Jake. Se dirigió directamente hacia el coche. En toda su vida Jessie se había alegrado más de ver a alguien. Pero seguía estando asustada. Abriendo la puerta, lo agarró de un brazo y lo obligó a entrar.

–¿Estás segura de que te encuentras bien? –le preguntó con voz ronca.

–Sí. ¿Y tú?

–Yo tampoco estoy herido.

Y dicho eso la atrajo hacia sí, besándola al mismo tiempo en los labios. No fue un beso dulce, ni tierno, sino desesperado.

–Creía que te había perdido... –susurró contra su boca, abrazándola con fuerza.

Jessie apenas era capaz de respirar. Seguía aferrada a él, embebida en su contacto firme, seguro.

–Allí, en la verja, ha pasado algo muy raro... –pronunció Jake, soltándola de repente y metiendo la marcha atrás–. Marion arrancó su coche para irse, y justo en ese momento alguien disparó.

–¿Quién? ¿Lo viste?

–No, pero algunos de esos tiros salieron del interior de la propiedad.

Además, las alarmas no se habían activado. Ni los perros habían reaccionado con ladridos. Jake encontró el sendero que llevaba hacia la carretera.

–Alguien ha debido de sabotear el sistema de seguridad.

Y ese alguien era probablemente la persona que ellos sabían. Aquel pensamiento la dejó aterrada. Pero, por duro que fuera para ella, peor era para Jake. Si no había sido Markham, o alguno de los trabajadores de la propiedad... entonces había sido Douglas, o Willa. La propia familia de Jake.

–Manténte agachada –le dijo al ver que levantaba la cabeza–. No vamos a correr más riesgos. De una forma u otra, voy a poner fin a este maldito asunto

–no había furia ni rabia en su voz. Solo una fría, pura determinación.

Jessie ansiaba creerlo. Necesitaba creerlo. Porque la alternativa resultaba sencillamente impensable.



Tenía un plan. Jake no estaba seguro de que fuera bueno, pero era lo único que había conseguido después de pasarse despierto la mitad de la noche. Si tenía suerte, suerte de verdad, funcionaría. Ahora todo lo que tenía que hacer era convencer a Jessie de que lo aceptara.

Cargado con la bandeja del desayuno, llamó a la puerta de su habitación.

–Soy yo. ¿Puedo entrar?

–Claro –respondió Jessie al cabo de un silencio.

Estaba sentada en la cama cuando Jake entró. Llevaba la misma ropa del día anterior, como si se hubiera quedado dormida con ella puesta. No le extrañó. La víspera habían terminado muy tarde de declarar ante la policía, acerca del último atentado, y estaba exhausta.

Se alegró de que en aquel momento pareciera ya mucho más descansada. Estaba despeinada, y tenía la mirada soñolienta.

–El desayuno –anunció–. Huevos revueltos, tostadas, café y zumo de naranja –le colocó la bandeja sobre el regazo y se sentó en la cama, a su lado.

–Gracias, pero dudo que sea capaz de comer mucho.

–Al menos comerás algo –señaló el frasco de vitaminas que le había prescrito el doctor Lisette–. Esta mañana envié a alguien a San Antonio a comprártelas. Por cierto, ¿cómo te encuentras?

–Bien, supongo. No tengo mareos. Aunque todavía no he intentado levantarme.

–¿Nada de náuseas?

–Por el momento, no –tomó un sorbo de café, hizo una mueca de asco y lo hizo a un lado–. Antes me encantaba el café, pero parece que mis gustos están cambiando.

Jake recogió la taza y la dejó sobre la mesilla.

–Anne solía tener náuseas matutinas –no había querido decir eso. De hecho, ni siquiera había querido hablarle de su esposa.

–Willa me estuvo hablando de ella –le confesó Jessie, vacilante–. Me dijo que falleció durante el parto. Y el bebé también.

–Sí. De toxemia. Es una enfermedad poco frecuente, y Anne tenía otras complicaciones que empeoraron todavía más su estado.

–Willa me dijo que te culpabas a ti mismo...

–Es verdad –y todavía se culpaba. Pero no era de eso de lo que deseaba hablar con ella. Su plan...

–¿Por qué? –quiso saber Jessie–. Fue un trágico accidente. Pero accidente al fin y al cabo.

–Pero si yo no hubiera querido tener ese hijo... –no tenía sentido terminar la frase. Estaba hablando demasiado. Al igual que su hermana.

Jessie recogió el tenedor y empezó a picar el plato, aparentemente sin mucho apetito.

–Yo solía hacer eso, ¿sabes?

Jake intentó aligerar un tanto el tono de la conversación:

–¿El qué? ¿Jugar con la comida?

–Solía culparme a mí misma por el comportamiento de mi padre –explicó, sonriendo–. Volvía a casa borracho y pegaba brutalmente a mi madre, me gritaba, me insultaba, me echaba en cara cosas que no comprendía. Yo creía que era culpa mía. Pensaba que no lo habría hecho si hubiera ordenado mejor mi habitación, o si hubiera sonreído nada más verlo entrar, en lugar de correr a esconderme hasta que pasara la tormenta.

Un sordo dolor se abrió paso en el corazón de Jake.

–No podías hacer nada. Solo eras una niña.

–Yo nunca fui una niña. Hasta la infancia me quitaron –suspiró profundamente–. Pero me estoy desviando de lo que quería decirte. Yo no tenía la culpa de lo que le pasaba a mi padre, como tampoco la tuviste tú de la muerte de Anne. Esas cosas nos dejaron cicatrices. Y nos volvieron más fuertes. Nos convirtieron en las personas que somos hoy. Diablos, si no hubiera sido por mi padre, probablemente nunca me habría hecho...

Se interrumpió bruscamente, y Jake se la quedó mirando.

–¿Te habrías hecho... qué?

–Er... una mejor persona. Eso era lo que quería decir.

Jake sabía que se había contenido de decirle algo, pero... ¿qué?

–No estás comiendo nada.

–No tengo hambre.

–Pero tienes que comer. Por el bebé.

–Sí, supongo que tienes razón –probó los huevos revueltos.

–¿Qué más serías capaz de hacer por el bien del bebé? –le preguntó Jake de pronto.

Jessie lo miró sorprendida.

–¿Es una pregunta hipotética o tienes algo concreto en mente?

–Las dos cosas.

–Bueno –tomó un sorbo de zumo–. Supongo que haría todo lo que fuese necesario.

–Pero, para ello, tendrías que cuidarte a ti misma. Mantenerte a salvo.

–Si tienes algo que decirme, Jake, suéltalo ya. No es propio de ti andarte con rodeos.

Cierto. Le resultaba extraño que supiera eso de él cuando hacía menos de una semana que lo conocía.

–Me gustaría hacerte una proposición.

–¿De qué tipo? –le preguntó mientras mordía una tostada.

–Una proposición –la observó, viendo que su expresión pasaba de la sospecha al asombro.

–Dios mío, debe de ser algo horrible si te andas con tantas precauciones. Como salir a correr desnuda por el centro de la ciudad, o algo así...

–No tanto –repuso, aunque no le importaría verla correr desnuda de su dormitorio al suyo. Le dio un mordisco a su tostada–. Es una proposición, y tú tendrías que hacer lo que se supone que suelen hacer las mujeres cuando reciben una.

–¿Y qué se supone que suelen hacer?

–Aceptarla.

–Aceptarla –repitió Jessie, confusa. Pero la segunda vez que repitió la palabra, ya no lo estaba tanto. Arqueó las cejas. Y cuando la palabra asomó a sus labios por tercera vez, hizo la bandeja a un lado y se levantó de la cama–. ¿Me estás pidiendo que...? No. No puede ser.

–Sí –se apresuró a asegurarle–. Te estoy pidiendo que te cases conmigo –alzó la mano para evitar que lo interrumpiera–. Bueno, más bien insisto en que te cases conmigo.

Se lo quedó mirando con la boca abierta durante unos segundos.

–¿Es una broma?

–Es la mejor forma de que estés a salvo.

–¿A salvo? ¿Qué tiene todo esto que ver con mantenerme a salvo? –pero no esperó su respuesta. Rápidamente desvió la mirada hacia la puerta del cuarto de baño–. ¿Podrías disculparme un momento?

Y se metió allí corriendo, cerrando la puerta a sus espaldas. Jake no tardó en oír las arcadas. Bueno, no era esa exactamente la respuesta que había esperado recibir. Le había pedido que se casara con él... y ella se había

puesto a vomitar. Al margen de su orgullo lastimado, resultaba obvio que tendría que hacer algunos cambios en su plan.

Se palpó el bolsillo para asegurarse de que llevaba la sortija que había sacado de la caja fuerte. El anillo que había pertenecido a su madre. Con un poco de suerte, a Willa no le daría un ataque cuando lo viese en el dedo de Jessie. Y, también con un poco de suerte, la propia Jessie se dejaría ponérselo.

De alguna manera, como fuese, su plan tendría que funcionar. Porque no veía otra forma de proteger a Jessie y al bebé.

Jessie se apoyó en el lavabo mientras se refrescaba la cara con agua fría. No tenía necesidad de mirarse en el espejo, porque indudablemente su imagen debía reflejar a la perfección lo que sentía por dentro. Porque se sentía mareada. Confundida. Y consternada.

–¿Estás bien? –le preguntó Jake, al otro lado de la puerta.

–Sí –respondió. Pero no lo estaba. Y aquella súbita náusea matutina solo era una mínima parte de aquel malestar. La ridícula propuesta de Jake era la principal razón por la que había vomitado el desayuno. Una vez que se recuperase, le dejaría las cosas bien claras.

–¿Quieres que entre?

–Estoy bien, de verdad.

Se secó la cara y abrió la puerta. Allí estaba, apoyado en el marco, mirándola con evidente preocupación.

–¿Te gustaría tumbarte un rato?

–No. Tenemos que hablar. Creo que interrumpimos la conversación justo cuando me disponía a decirte que habías perdido el juicio –entró en el dormitorio. Como quería estar bien lejos de la comida, se sentó en la mecedora, frente a la terraza.

–Yo no he perdido el juicio. Lo que te he dicho es perfectamente razonable. Además, no me refería exactamente a casarnos, sino a comprometernos.

–Comprometernos –repitió Jessie. Ciertamente la cosa mejoraba algo, pero no mucho. El compromiso era el paso previo al altar–. No funcionaría.

–Es la solución perfecta. La persona que te secuestró quiere matarte y acusarme a mí de asesinato.

–Lo sé, Jake. Yo también oí lo que dijo Marion Cameron.

–Bueno, pues la única manera de que funcionase ese maquiavélico plan sería haciendo creer a la policía que yo tengo un móvil, una motivación para

asesinarte. Tendrían que creer que lo que yo quiero es eliminarte, y todo porque te había dejado embarazada. Pero si estamos comprometidos en matrimonio... entonces yo ya no tendría móvil alguno para matarte. Y al no tenerlo yo, entonces ellos tampoco tendrían ningún motivo para acabar con tu vida.

Jake buscó algún fallo en su razonamiento. Había algo en lo que había dicho que no tenía sentido. Tardó varios segundos en darse cuenta de ello:

–Pero no tienes ninguna prueba de que Marion Cameron nos haya dicho la verdad.

–¿Por qué habría de mentirnos? ¿Qué tendría ella que ganar llamándome para decirme que había participado en tu secuestro?

–No lo sé, pero no estoy dispuesta a confiar en una delincuente.

–No tenemos por qué confiar en ella. Si nos comprometemos en matrimonio, eliminamos de golpe las razones que esa gente pueda tener para matarte –se le acercó, plantándose directamente frente a ella–. Y el bebé y tú estaréis a salvo.

Jessie no se apresuró a sacar conclusiones. ¿Que un compromiso matrimonial evitaría que el asesino continuara atentando contra ella? Quizá. Entraba dentro de lo posible. Y, ciertamente, tampoco tendría por qué ser un compromiso... real. Desde luego, Jake no le estaba proponiendo ese tipo de compromiso. Se aclaró la garganta.

–Entonces, lo que me estás sugiriendo... ¿es un compromiso fingido?

–Solamente lo sería para nosotros. Los demás creerán que es verdadero.

–¿Todo el mundo? ¿Incluida la prensa y los votantes?

–Sobre todo la prensa.

Allí estaba el fallo en su argumentación que ella había estado buscando.

–¿Pero qué pasa con tu campaña electoral? Ese compromiso destruiría tus posibilidades de ganar las elecciones. Y quizá fue precisamente por eso por lo que te llamó Marion. Tal vez esperaba que llegaras a esa misma conclusión, para así poder perjudicarte. Y Markham acabaría ganando de todas formas.

Nada más expresarla, aquella hipótesis le pareció absurda. O cuando menos improbable. Era imposible que Marion hubiera previsto que Jake concebiría el plan de un compromiso fingido.

–No creo que eso arruinara mi campaña electoral. Por supuesto, no haríamos mención alguna al secuestro, o a la inseminación. Simplemente anunciaríamos el compromiso.

–Pero, aun así, perderías votos.

–Algunos, pero no tendríamos que preocuparnos de que alguien intentara matarnos.

Si hubiera dicho «matarte», en vez de «matarnos», Jessie se habría opuesto inmediatamente. Pero había vinculado su propia seguridad a la suya.

–Tiene que haber alguna otra forma... –murmuró.

–Créeme, ya he pensado bien en esto, y no podemos seguir perdiendo más tiempo. Anoche alguien drogó a los perros guardianes y sabotó el sistema de seguridad. Entraron directamente en la propiedad y dispararon repetidamente contra nosotros.

Más recordatorios que Jessie no necesitaba. Y que hacían que el corazón se le subiera a la garganta.

–En este preciso momento un fotógrafo viene de camino hacia aquí –añadió Jake–. Posaremos como una feliz pareja para que, esta misma tarde, las fotos estén en la redacción de su periódico.

–Qué rápido –musitó, levantándose de la mecedora.

–Tenemos que ser rápidos. Esta tarde hay una cena convocada por la Junta de Acción Ciudadana en el Hotel Sullivan. Allí haremos el anuncio oficial. Pasaremos la noche en el hotel y mañana por la mañana asistiremos juntos al acto formal, en el que está previsto que intervenga. Será en el mismo hotel, así que nos resultará mucho más fácil organizar la seguridad.

–Es solo una sospecha, pero... creo que esto no va a gustarle nada a Douglas. Ni a Willa.

Por su expresión, Jessie sabía ya la respuesta antes de que contestara.

–Seguramente, pero una vez que le cuente a Willa toda la historia, entrará en razón. En cuanto a Douglas, tendrá que aceptarlo. Y si no, no importa. No es momento para andarse con miramientos. Ya intentaré compensarles de alguna manera cuando todo esto haya terminado. Cuando hayamos puesto a ese asesino entre rejas.

Jessie se dijo que no podía consentir que siguiera adelante con aquel plan. Había llegado el momento de la verdad. Una vez que le confesara que había estado investigando de manera informal la muerte de Christy, Jake abandonaría rápidamente la idea de aquel compromiso fingido. Por supuesto, también la odiaría por no habérselo dicho antes.

–Hay más –continuó Jake, antes de que ella pudiera decir algo–. Marion Cameron está muerta. La policía encontró su cadáver en un motel de la autopista 35.

Aquello la dejó consternada. Las piernas le flaquearon tanto que tuvo que

volver a sentarse.

–La asesinaron... –murmuró.

–Dejó una nota de suicidio.

Pero Jessie dudaba que se hubiera suicidado. La habían matado, como al doctor Radelman. En cualquier caso, suicidio o asesinato, estaba muerta. Lo que significaba que la única pista de que disponía para encontrar a su secuestrador... también lo estaba.

–¿Te das cuenta ahora de lo importante que es que todo el mundo se entere de que nos hemos comprometido? –le preguntó Jake con voz tensa, como si tuviera un nudo en la garganta–. No pienses en tus deseos. Piensa en el bebé. El tipo que te secuestró no tendrá piedad. Ha matado ya a dos personas y no vacilará en añadirte a la lista.

Jessie no pudo menos que darle la razón. La matarían a ella y también al bebé. Y a Jake lo culparían de su asesinato. Pero ella podía impedirlo. Podía impedirlo aceptando simplemente su propuesta.

–Prepáralo todo –pronunció con tono suave–. Anunciaremos nuestro compromiso lo antes posible.

Sin mirarla, Jake sacó el anillo y se lo puso en el dedo.

–Necesitarás esto.

Era una sortija de un único diamante, cuadrado, engastado en oro blanco. Parecía recoger toda la luz que inundaba la habitación. Era increíblemente hermoso. Jessie rezó para que no hubiera pertenecido a Anne, pero instintivamente supo que no. Jake jamás habría permitido que luciera un anillo de compromiso de Anne. Aquel compromiso había sido real. La promesa de matrimonio con la mujer que había amado.

Y el suyo no. El suyo solo era un arreglo de circunstancias. Pero que podía salvarles la vida. A los tres.

–A partir de este momento, no te moverás de mi lado –insistió–. Y no confiaremos en nadie más que en nosotros mismos, ¿entendido?

–¿Incluye eso a Douglas y a Willa?

Pudo leer en sus ojos la batalla que estaba librando por dentro. Y que se saldó con un claro gesto de determinación.

–Sí.

Eso era lo que había querido escuchar. Todo el mundo era sospechoso.

–Pero eso también incluye a tu amigo –añadió Jake.

–Pero...

Le puso un dedo en los labios.

–Todo el mundo.

Que Byron hubiera jugado un papel en todo aquello era algo que jamás se le había pasado por la cabeza. Pero a él debía de haberle ocurrido lo mismo con Willa y con Douglas...

–De acuerdo.

Rezó, sin embargo, para que aquel pacto no terminase siendo necesario. Para que el asesino fuera realmente Abel Markham... y no algún ser querido.



Jake maldijo el gemelo que le estaba dando tantos problemas. Era lo último que necesitaba aquella noche. Ya tenía demasiadas cosas en la cabeza como para preocuparse por algo tan nimio.

Dio unos golpecitos a la puerta de la habitación antes de empujarla con el codo.

–Jessie, me voy abajo. Tengo que asegurarme de...

Jake se quedó paralizado, con la palabra en los labios. Jessie estaba en el centro de la habitación. Parecía perdida, desorientada, algo nerviosa. Y absolutamente impresionante.

–Guau –fue lo único que logró decir. Se había quedado sin aliento.

Jessie se llevó una mano al pelo.

–La estilista del hotel me peinó así. Y Willa me compró el vestido. ¿No te parece que es demasiado corto?

Claro que era corto. Sin tirantes. De color azul marino. Y se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Jake estaba seguro de que no sería el único en la fiesta que lo notaría. Estaba compuesto de miles de diminutas lentejuelas, a manera de brillantes escamas. Sintió el súbito impulso de arrancárselas una a una. Con los dientes.

–Te queda... er... bien –se aflojó el cuello de la camisa, esperando que eso sirviera de algo. No sirvió de nada.

–No sé... –se miró en el espejo, deslizando las manos todo a lo largo del frente del vestido–. No me va mucho, ¿no te parece?

Sí que le iba. Parecía como si alguien lo hubiera diseñado pensando precisamente en ella.

–Los vas a deslumbrar.

Jessie alzó rápidamente la mirada. Tenía los ojos tan brillantes como el vestido. Evidentemente no había esperado recibir aquel cumplido. Tenía la melena recogida, lo cual le daba un aspecto increíblemente sexy, nada severo ni excesivamente sofisticado.

–¿Tienes problemas con eso?

Por un instante temió que hubiese bajado la mirada... hasta sus pantalones. Porque definitivamente había surgido cierto inconveniente en aquella zona.

Pero no. Tenía la mirada fija en su gemelo, todavía sin abrochar.

Se acercó a él, caminando con tanta gracia como seguridad a pesar de sus altos tacones de aguja. Lo suficientemente altos como para provocarle unas cuantas fantasías. Por supuesto, no habían sido necesarios esos zapatos para que se pusiera a fantasear con ella. Llevaba días haciéndolo.

—En esto al menos puedo ayudarte —le quitó el gemelo de la mano y empezó a introducirlo en el ojal. Inclinandose hacia delante, le rozó un muslo con la cadera—. Intentaré no hacer nada que pueda llamar demasiado la atención. O avergonzarte a ti.

Lamentablemente, en aquel preciso instante Jake no podía ofrecerle la seguridad que obviamente necesitaba. Aquel simple roce había incrementado aún más su excitación. Estupendo. Cualquiera habría podido verlo. Eso sí que era llamar la atención.

Jessie terminó de abrocharle el gemelo. Y empezó a ajustarle el nudo de la corbata.

—¿Tendré que tomarte de la mano cuando salgamos de aquí?

Jake sabía que había formulado la pregunta con absoluta inocencia, pero los pensamientos que le estaban pasando por la cabeza eran todo lo contrario.

—Tú haz lo que haga yo. Quiero que la gente piense que estamos comprometidos... como podría estarlo cualquier pareja.

Sabía que eso le resultaría fácil. En aquel momento se sentía como el clásico prometido hambriento de sexo. Pero necesitaba comportarse. Tenía que esforzarse por pensar con la cabeza, y no con alguna otra parte de su anatomía.

—Primero tengo que bajar al salón de baile —le explicó—. Quiero anunciar a todo el mundo nuestro compromiso. Espera aquí hasta que venga el guardaespaldas para escoltarte. Luego te presentaré a unas cuantas personas.

—¿No tendré que responder a muchas preguntas, verdad?

—No. Tú límitate a sonreír. Después de las presentaciones, saldremos de allí lo antes posible. Preferiría evitar las multitudes mientras no estemos seguros de que el asesino haya captado el mensaje.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo? —le dijo, viendo que ya se disponía a marcharse.

—Tú también —girándose en redondo, abandonó la habitación para no hacer algo realmente estúpido, como besarla de nuevo. Porque la próxima vez que la besara, no sabía si sería capaz de detenerse.

Diablos, ni siquiera sabía si querría detenerse.

–Muy bien, adelante con el show –pronunció Willa cuando Jessie abrió la puerta de la suite. No estaba sola. Señaló al hombre vestido de esmoquin que estaba detrás de ella–. Este es tu guardaespaldas. Él nos escoltará hasta el salón de baile. Órdenes de Jake.

Sí, Jessie ya se lo había esperado. Jake también le había mencionado que había otros vigilantes dispersos por el salón y por todo el hotel.

Willa estaba impresionante con su vestido de seda negra, y eso a pesar de su gesto hosco, ceñudo. Un gesto que Jessie no creía que fuera a desaparecer tan fácilmente. Resultaba obvio que el disgusto que sentía Willa hacia el compromiso de su hermano era muy grande. Pero, al fin y al cabo, ella no conocía toda la historia. No sabía que aquel compromiso era fingido.

Jessie se miró por última vez el vestido en el espejo. Seda azul y lentejuelas. Nada que ver con sus habituales vaqueros.

–Ya no estás en Kansas, Dorothy –musitó para sí misma antes de abandonar la suite con Willa y el guardaespaldas. Estaba en un lugar que se parecía terriblemente al Palacio de Buckingham.

Intentó recordar la última vez que había asistido a una fiesta. No se acordaba. Debía de haber sido alguna reunión informal en la comisaría, en una Navidad que a buen seguro se la habría pasado trabajando. Nada como lo que estaba a punto de ver en aquel salón de baile.

Donde, por cierto, volvería a ver a Jake. De esmoquin. La primera vez que lo vio vestido así, se le aceleró el corazón. ¿Cómo podía un hombre estar tan atractivo con un traje tan rígidamente formal?

Se detuvieron justo a la puerta del salón, y Jessie asomó la cabeza. No podía encontrar a Jake porque se lo impedía un mar de gente. Vestidos de mil colores y estilos relucían bajo las enormes lámparas de araña.

–Tendrás que disculparme un momento –le dijo Willa–. Tengo que encontrar a Douglas para avisarle de que estás aquí.

–Claro.

Willa se volvió hacia el guardaespaldas:

–Según ordenó Jake, se supone que tienes que mezclarte con la multitud sin perderla de vista ni un momento.

El hombre obedeció, integrándose silenciosamente con los demás invitados. Solo se oía el rumor de las conversaciones, y al fondo una leve música de piano. Antes de marcharse, Willa se dirigió una vez más a Jessie:

–No empeores todavía más las cosas, ¿de acuerdo? –ni siquiera esperó a

que respondiera.

–Puedes apostarlo –musitó entre dientes.

A pesar de toda aquella gente, jamás en toda su vida se había sentido tan sola. El plan de Jake tenía que funcionar. Estaba en aquella inmensa sala con centenares de personas, y uno de ellos muy bien podía ser el asesino contratado para matarla...

–Supongo que se impone una felicitación, señorita Barrett.

Jessie se volvió para mirar al hombre que acababa de pronunciar su nombre con el tono más venenoso del mundo. Era Abel Markham. Tenía una mirada asesina, pero no se dejó intimidar. Markham era seguramente el canalla responsable de los atentados contra su vida y la de Jake.

–Sé quién es usted –la miró de arriba abajo, despreciativo, por encima del borde de su copa. Apestaba a whisky.

–¿De veras?

–Estuvo trabajando en la Cantina de Ray. Y haciendo un montón de preguntas acerca de la muerte de una de sus compañeras: Christy Mendoza.

–¿Y? –miró a su alrededor, buscando a Jake.

No estaba por ninguna parte. A quien sí vio fue al guardaespaldas, a pocos metros de ella. El hombre arqueó una ceja, como preguntándole discretamente si necesitaba ayuda. Negó ligeramente con la cabeza. Aquella conversación con Markham no era nada agradable, pero podría resultar ciertamente ilustrativa.

–Pues que me parece muy extraño que se haya comprometido en matrimonio con el hombre que, muy probablemente, asesinó a la señorita Mendoza.

–La policía sostiene que se trató de un accidente.

Markham sonrió. Fue una sonrisa cruel, taimada, que le puso la carne de gallina.

–Entonces, si creía usted eso desde un principio... ¿por qué se molestó en hacer tantas preguntas?

Jessie se dijo que ya era hora de dejar de jugar al gato y al ratón con aquel hombre.

–Por cierto... ¿cómo se enteró usted de que estuve preguntando por ella?

–Ray es un conocido mío –respondió sin inmutarse.

–¿Ah, sí? ¿De modo que frecuenta ese tipo de amistades? Resulta raro en un político de su categoría –pronunció, irónica.

–Tenga cuidado, señorita Barrett –la sonrisa desapareció de sus labios.

–¿Con qué?

–Con la gente en la que confía. Si su futuro marido no mató realmente a esa mujer, no tenga la menor duda de que está encubriendo a quien lo hizo. Si yo fuera usted, me fijaría en Douglas, o incluso en Willa. El carácter mujeriego de Douglas es de dominio público. Es posible que Willa se hartara de una vez por todas y decidiera eliminar a una rival...

Jessie no le dejó saber hasta qué punto estaba de acuerdo con aquella hipótesis.

–¿Dónde está Willa? –le preguntó Jake, apareciendo de repente detrás de ella.

Jessie se volvió para mirarlo. No parecía muy contento. Un descontento que tenía que ver con la presencia de Abel Markham.

–Ha ido a buscar a Douglas.

–No debí haberte dejado sola –se disculpó, sin dejar de mirar en ningún momento a Markham–. Nadie sabe con qué clase de alimañas te puedes encontrar en un sitio como este –tomándola del brazo, la alejó de allí–. No quiero que hables con él, ¿entendido?

–Créeme, no fui yo quien lo abordó...

–¿Te ha hecho enfadar? ¿Te ha molestado?

–No –pensó que aquel no era el mejor momento para contarle lo que le había dicho.

Jake forzó una sonrisa al ver a una pareja acercándose hacia ellos.

–Ya hablaremos de eso más tarde –susurró–. Señor y señora Emmett, me gustaría presentarles a mi prometida, Jessie Barrett...

Jessie los saludó, pero con el rabillo del ojo no perdió de vista la transformación que había sufrido Jake. Estaba representando a la perfección su papel de novio ilusionado, mezclándolo a la vez con su carisma de político de éxito. Sonreía siempre en el momento adecuado. Y luego estaba la manera que tenía de tocarle el hombro desnudo, casi una caricia... Era elegante, con clase. Y con una ligera pizca, la justa, de la arrogancia de Texas.

Acabaría rompiéndole el corazón, por supuesto. No tenía elección. Aquel era su mundo: seda, champán y grandes fiestas. Un mundo al que ella no pertenecía.

Luego la llevó con otro grupo de gente, y las presentaciones se sucedieron. Todos la miraban con curiosidad y expectación.

–¿Quieres bailar? –le susurró.

Jessie no había bailado en años, y nunca en un salón como aquel. Estaba a punto de negarse cuando Jake añadió:

–Quiero saber lo que te dijo Markham.

Por supuesto. Casi se había olvidado. Solo bailando podrían mantener una conversación mínimamente privada. Jake le tomó la mano lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Entrelazando los dedos con los suyos, deslizó el otro brazo por su cintura, acercándola hacia sí. Sonaba una melodía lenta, sugerente. Empezaron a moverse al ritmo de la música, como si fueran un solo cuerpo...

–¿Y bien? –le preguntó con tono suave.

Jessie se obligó a salir de aquel romántico trance. Tuvo que recordarse que aquel baile era una farsa, como su compromiso. Que lo que realmente quería Jake de ella era información acerca de Markham.

–No hablamos mucho.

Soltó un profundo suspiro. El aroma de Jake parecía envolverla. Acercó los labios a su oreja. Intentó decirse que solo lo hacía para que pudiera oírla mejor. En cierto momento, involuntariamente, llegó a rozarle la piel... y se estremeció de placer. Sí. Ansiaba tocarlo, acariciarlo...

–Markham admitió que conocía a Ray, el propietario del local donde estuve trabajando –continuó Jessie–. Eso podría explicar por qué me escogió como víctima. Estoy segura de que Ray le facilitó la dirección y cualquier otro dato que Markham hubiese querido saber. Por dinero, claro.

Finalmente, ocurrió. De repente alguien chocó accidentalmente contra ellos. Y Jessie le rozó la mandíbula con los labios. No tuvo tiempo, sin embargo, de disfrutar de aquel pequeño placer. En seguida advirtió la reacción de Jake. La mano que tenía sobre su espalda se tensó. Incluso creyó oír que ahogaba un gemido. Su cuerpo también respondía a los sutiles cambios que percibía en el suyo. Un delicioso calor empezó a recorrerla por dentro...

–¿Eso es todo lo que te dijo Markham?

A Jessie le costó concentrarse de nuevo.

–Intentó hacerme creer que Willa, Douglas o tú mismo fuisteis los responsables de la muerte de Christy Mendoza.

–¿Y lo consiguió?

Se apartó ligeramente para mirarlo a los ojos. Ahora ya no solo contaba con la distracción de su boca, sino también con la de sus ojos. Aquellos ojos de un azul intenso...

–¿Consiguió qué?

–Convencerte de que uno de nosotros asesinó a la señorita Mendoza.

–De lo único que me convenció es de que es un hombre muy peligroso –

consciente de que debía aligerar un tanto el tono de la conversación, añadió—: Espero que le hagamos morder el polvo en las elecciones.

Se sonrieron. Fue una sonrisa corta, tensa, pero sonrisa al fin y al cabo.

—¿Lista para volver a la suite? Creo que ya hemos conseguido nuestro objetivo. Markham ya sabe que ahora no puede hacerte nada.

Sí, y ese y no otro era el objetivo de todo aquello, se obligó a recordarse Jessie. El baile, su compromiso, todo lo que había sucedido aquella noche solo había servido para hacer comprender al asesino que no podría permitirse seguir adelante con su plan. Únicamente el tiempo podría decir si habían tenido éxito o no.

Jake empezó a despedirse de la gente, pretextando que ya era hora de acostarse. Fue entonces cuando Jessie tomó conciencia de ello. La llevaba a su suite. Su suite, que disponía de una única y enorme cama...

Se dijo que no le importaba. No tenía nada de qué preocuparse. Ya se habían besado antes. Y tocado. Sin embargo, lo de esa noche era algo por completo diferente. Esa noche Jake esperaba simplemente a ver si el asesino había renunciado o no a sus planes de matarla. Lo último que se le pasaría por la cabeza sería hacer el amor con ella.

Y lo último que a ella se le pasaría por la cabeza sería hacer el amor con él...

Jake miró la botella que se estaba enfriando en la cubitera. Una cortesía del hotel, probablemente. Para felicitarlos por su compromiso. Dudaba que fuera a probarlo Jessie, a causa de su embarazo. Y él porque iba a necesitar de toda su capacidad de autocontrol para mantener las manos alejadas de ella.

Por supuesto, no eran solo sus manos las que deseaban tocarla. Otras partes de su cuerpo también estaban obsesionadas con la misma idea. De repente la ropa le apretaba, le agobiaba. Se quitó la chaqueta y la corbata, dejándolas descuidadamente en el respaldo del sofá. Siguieron luego los gemelos, y los zapatos. Ya estaba en el dormitorio, con la camisa a medio desabrochar, cuando se dio cuenta de que Jessie lo estaba observando.

Se hallaba de pie en el umbral que separaba la habitación del resto de la suite, como si una especie de barrera invisible la hubiera detenido. Tenía la cabeza ladeada y estaba jugando con los mechones de cabello que habían escapado de su moño, con gesto ausente. Aunque inconsciente, la pose no podía ser más provocativa.

—¿Quieres dormir en el sofá o prefieres la cama? —le preguntó Jessie, con un nudo en la garganta.

A Jake no le pasó desapercibido su nerviosismo.

—Dormiré en el sofá —respondió, pero inmediatamente sacudió la cabeza—. Mira, esto no va a funcionar y...

—De acuerdo, entonces seré yo quien duerma en el sofá. Tengo el sueño muy profundo. Puedo dormir en cualquier parte.

Quiso corregirla, decirle que no se había referido a eso. El verdadero problema era que no podía quedarse a solas con ella. No confiaba en sí mismo. Sin embargo, ni una sola palabra escapó de sus labios. Porque cuando volvió a mirarla, su determinación se evaporó en el aire.

La habitación que tenía detrás era de un blanco inmaculado, incluso la moqueta. Ella era la única nota de color. Su vestido parecía una estilizada columna de llamas azules. Y palidecía en comparación con la mujer que lo llevaba. Era la respuesta viviente a cada plegaria que había rezado en su vida, a cada fantasía sexual que había asaltado su mente.

Vio desfilar por sus ojos un sinfín de emociones, que intentó desentrañar:



incomodidad, incertidumbre... Hasta que finalmente descubrió lo que durante todo el tiempo había esperado encontrar. Deseo, pasión, necesidad. Una necesidad que era un reflejo exacto de la suya.

Pronunció su nombre mientras se acercaba a ella. Y su respuesta fue un leve suspiro, el sonido más erótico que había escuchado en su vida. En algún momento, antes de tocarla, comprendió que ya no podía detenerse. Era imposible. A esas alturas, habían llegado demasiado lejos para poder dar marcha atrás.

Sus cuerpos se encontraron. Tomándose su tiempo, se apoderó de sus labios. Tenía la boca húmeda, receptiva...

—¿Me quito el vestido?

Evidentemente, no tenía la más ligera pista de lo que él tenía en mente. No quería que aquello se resolviera en una súbita llamarada, en un par de minutos. Quería un fuego que ardiera lentamente, un calor sin llama. Quería tocar, saborear cada centímetro de su cuerpo.

—Yo te desnudaré —murmuró—. Más tarde.

—Bueno, pues no creo que te cueste mucho. No llevo sostén. Las medias me llegan hasta medio muslo, de modo que ni siquiera llevo liguero. Y mis bragas de encaje azul son diminutas. Probablemente se desintegrarán en el mismo instante en que las toques.

—Maldita sea... —gruñó, incapaz de contenerse. La besó de nuevo, no con tanta ternura como habría deseado. Fue un beso violento, duro, apasionado.

Jessie respondió. Soltando un gemido de puro placer, lo tomó de la nuca para acercarlo aún más hacia sí. A través de la ropa, Jake podía sentir sus endurecidos pezones, su cuerpo ansioso. Y obviamente ella debía de sentir el suyo, porque había empezado a frotarse contra su excitación...

Y eso lo consiguió. Consiguió acabar con los últimos frenos de su deseo.

—Me temo que ha habido un cambio de planes —sin dejar de abrazarla, fue retrocediendo hacia el lecho—. Ya te haré el amor después. Ese vestido es lo primero.

Se sentó en la cama, buscando inmediatamente la cremallera de su vestido. De pie delante de él, entre sus piernas, Jessie procedió a desvestirlo a su vez, y con la misma urgencia le abrió la camisa y se la quitó.

Tan torpe como impaciente, al fin logró bajarle la cremallera. Y despojarla del vestido, que resbaló como aceite azul por su cuerpo, hasta el suelo. Jessie se apresuró a cubrirse los senos con un brazo, pudorosa.

—No —Jake sacudió la cabeza—. No —incapaz de pronunciar otra palabra, le

retiró el brazo. Su mirada viajó por su cuerpo. Sus senos eran hermosos, pequeños, de pezones sonrosados. Su vientre plano, liso. Había tenido razón en lo de las bragas: eran azules, diminutas, transparentes. Y las medias... las medias resaltaban aún más la piel cremosa de sus muslos.

Solamente sus bragas ya habían conseguido excitarlo de manera insoportable. A través de la fina tela de encaje, podía distinguir en ellas exactamente todo lo que ansiaba ver... Maldiciendo entre dientes, sacudió la cabeza.

–Te lo dije –susurró ella–. Se desintegrarán al primer contacto.

Jake no lo dudaba. Mirándola a los ojos, posó una mano sobre su vientre. Era la madre de su hijo. Aquel pensamiento lo conmovió profundamente, pero sus sentimientos por ella no se limitaban a ese hecho, sino que lo trascendían. No se trataba solamente del bebé. Se trataba de Jessie. De ellos.

Fue bajando la mano y con un dedo delineó el contorno de la prenda de encaje, hasta que la vio cerrar los ojos, cada vez más excitada. Repitió el movimiento, deteniéndose esa vez en el punto más bajo de la uve que formaba la braga. Respiraba aceleradamente. El labio inferior comenzó a temblarle. Y le suplicó que no se detuviera.

Jake no se detuvo. Deslizó los labios por su vientre, lamiéndole delicadamente el ombligo.

–Sí –exclamó Jessie, enterrando los dedos en su pelo–. Sí...

Fue descendiendo aún más, besando, probando, mordisqueando... Sin dejar de mirarla a los ojos, regresó de nuevo al minúsculo triángulo de encaje. Cuando empezó a acariciarla a través de aquella frágil barrera, Jessie se arqueó hacia él, anhelando el contacto más íntimo posible.

–Por favor... –murmuró.

Intentó desplazarse hacia un lado, buscando la cama. Pero él no la dejó. Tenía un plan distinto en mente.

Con un solo movimiento le desgarró la braga, eliminando el último obstáculo que se interponía en su camino. Sacudió la cabeza. No quería ser brusco. No quería que supiera que ya no le quedaba control alguno.

La acarició de nuevo con los labios. Podía ya saborearla directamente. Utilizando la lengua, se concentró en satisfacerla al máximo, con exquisita meticulosidad.

–Jake –pronunció su nombre con verdadero frenesí, suplicante–. Jake, por favor...

Pero no se detuvo, ni siquiera cuando sintió que le clavaba los dedos en los

hombros. Ella, por su parte, tampoco se apartó. Se quedó donde estaba, apretándose contra él, susurrando una confusa mezcla de blasfemias y palabras cariñosas. Tan pronto le decía que lo adoraba, incluso que lo amaba, como al momento siguiente le amenazaba con matarlo si se le ocurría detenerse.

Con un último y diestro golpe de lengua, la arrastró al orgasmo. Gimiendo, Jessie se balanceó hacia delante. Jake se apresuró a sostenerla y la tumbó sobre la cama, para poder verle la cara. Tenía la mirada nublada, desenfocada, como si no supiera muy bien qué era lo que acababa de ocurrirle...

Si no hubiera ansiado estar dentro de ella, habría seguido disfrutando de esa mirada. Pero no podía. Se quitó rápidamente los pantalones.

—¿Estás dispuesta... para mí, Jessie?

—Sí, sí —respondió, alzando ligeramente la cabeza. Y le pidió que se colocara encima de ella.

Jake no vaciló en hacerlo. Se colocó cómodamente, justo donde quería estar. Y la penetró con lentitud, disfrutando de su íntimo calor. El sudor le perlaba la piel. Podía sentir la deliciosa caricia de su aliento en el cuello. Susurró su nombre para que pudiera mirarlo. Lo hizo. Había un brillo cálido en sus ojos, invitador, mientras sus cuerpos se fundían tan estrechamente...

Jessie alzó las caderas para que pudiera entrar más profundamente en ella. Lo abrazaba con fuerza, con un sentimiento que lo dejó conmovido, estremecido. La necesidad se fundía con el deseo, y el deseo con algo que jamás había creído que volvería a sentir. No tenía palabras. No era capaz de articular una sola palabra de cariño o una blasfemia, como las que ella había pronunciado antes.

Enterrando la cara en su pelo, dejó que Jessie lo transportara al único lugar en el que ansiaba estar.

Jessie se permitió volver a la realidad poco a poco, sin apresurarse, como si estuviera flotando. Durante unos segundos más, quería seguir saboreando aquella sensación.

Jake seguía encima de ella. Y sus cuerpos seguían fundidos, formando uno solo. Él todavía conservaba los calzoncillos. Ella, en cambio, estaba completamente desnuda, a excepción de las medias.

—En seguida me aparto —murmuró Jake. En cuanto pueda moverme...

—No hay prisa.

Pero, al parecer, él sí que la tenía. Rodó a un lado, interrumpiendo su unión,

y la estrechó entre sus brazos.

–No quería aplastarte con mi peso.

Claro, había sido por el bebé. Ahora lo entendía. De alguna forma, se había olvidado de que estaba embarazada. Tampoco era de sorprender. Una vez que Jake había comenzado a acariciarla, se había olvidado hasta de su propio nombre.

–No pretendo halagar tu vanidad, pero después de todo esto... ahora ya sé lo que es tener unas relaciones sexuales plenamente satisfactorias. Gracias por haberme... ilustrado tan bien.

Sintió que sus músculos se tensaban ligeramente. No la miró.

–¿Estás hablando en serio? –le preguntó mientras le acariciaba la frente con los labios.

–Puedes apostar. Si hubiera disfrutado antes de uno de estos, me acordaría –bromeó.

–Lamento que hayas tenido tan mala suerte con los hombres.

Jessie no podía menos que estar de acuerdo con él. Si hubiera sabido que un hombre podía hacerle todo eso, indudablemente habría puesto más empeño en sus relaciones, al menos lo habría intentado más veces. Solo que quizá aquel «eso» solamente se daba con el hombre adecuado. En su caso, sin embargo, el hombre adecuado era el equivocado.

Jake recogió el edredón para cubrirla. Pero Jessie no tenía frío, a pesar de que solo llevaba las medias. El calor de su cuerpo bastaba para abrirla.

–¿No pensarás trasladarte al sofá, verdad?

–No, a no ser que tú lo quieras.

–No, quiero que nos quedemos en la misma cama. Pero, er... ¿podías quitarte los calzoncillos? Me gusta la idea de que nos durmamos completamente desnudos.

Riendo, se quitó los calzoncillos, y Jessie se acurrucó aún más contra él. Podía sentir los fuertes músculos de sus piernas contra las suyas. Y los de su estómago. Y todo lo demás que lo convertía en un hombre. Quizá no lograra conciliar el sueño con tantas distracciones, pero no importaba. Aquellos eran momentos preciosos, robados a la realidad, que atesoraría durante el resto de su vida.

Momentos que, por desgracia, terminarían demasiado pronto. Después del desayuno, le confesaría a Jake por qué había entrado a trabajar en aquella cantina. Y, por supuesto, a partir de entonces todo cambiaría. Todo.

Jessie jamás se había vestido con un hombre al lado. Mientras se ponía el vestido de color gris que le había comprado Willa, no podía apartar la mirada de él. Jake poniéndose su camisa blanca. Jake subiéndose la cremallera del pantalón...

Le resultaba difícil mirarlo sin que se le hiciera la boca agua. Aparentemente las actividades de la noche habían afectado a su cerebro. Se preguntó si el efecto sería permanente.

–¿Volveremos al rancho cuando hayamos terminado con la sesión de esta mañana?

–Sí. Creo que ya hemos hecho todo lo que teníamos que hacer.

«Y más cosas», añadió Jessie para sus adentros. Hacer el amor con él era un regalo extra que no había esperado... ni creía merecerse. Era una pena que no pudiera repetirse. Porque la expulsaría de su vida en cuanto descubriera su verdadera identidad.

–Quiero que te quedes en el rancho –le dijo Jake, de pronto.

–No hay problema –se encogió de hombros–. Solo mientras esté amenazada. Después me marcharé.

–No me he explicado bien. Quiero que te quedes de manera permanente. O indefinida, si quieres.

Jessie se estremeció. Desesperada por ocupar las manos en algo, tomó el cepillo y empezó a peinarse.

–No te lo pediría si no estuviera seguro de ello –añadió Jake. Hizo una pausa, extendiendo una mano para acariciarle una mejilla–. Mira, lo del sexo es opcional. Solo quiero que vivas allí, conmigo, ¿de acuerdo?

–¿Es sexo es opcional? –repitió ella, esbozando una leve sonrisa.

–Lo que quiero decir es que no estás obligada a dormir conmigo solo por el hecho de que te quedes a vivir conmigo –explicó, sonriendo a su vez.

–Te contaré un pequeño secreto, Jake. El sexo contigo nunca podrá ser opcional. Es demasiado bueno para eso.

Jake soltó un pequeño gruñido. Era un sonido que Jessie había empezado a reconocer: frustración sexual. Ella también la sentía. Por desgracia, nada podía hacer al respecto. Dentro de veinte minutos tendrían que estar abajo, en

la mesa del desayuno, o quizá incluso antes. En aquel preciso instante alguien, tal vez Douglas, tocó a la puerta probablemente con intención de avisarles.

Jake la miró fijamente durante unos segundos más antes de abrir. Suspirando, Jessie continuó cepillándose el cabello.

—¿Dónde está? —oyó gritar a alguien. No era Douglas, sino Byron.

Jessie soltó el cepillo y corrió al salón de la suite. Lo que vio no logró tranquilizarla en absoluto. Byron estaba plantado frente a Jake, con los puños cerrados, fulminándolo con la mirada. Y Jake estaba haciendo lo mismo.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Byron, ¿qué estás haciendo aquí?

—Este tipo te ha usado como cebo para atraer hasta aquí al lunático que te secuestró —respondió, acusando a Jake con el dedo.

—Te equivocas. Jake ha organizado todo esto para protegerme.

—Eso mismo es lo que he intentado decirle yo —intervino el aludido—. Pero no parece que esté muy de acuerdo.

Alarmado por el peligroso brillo que iluminaba los ojos de Byron, Jessie se le acercó.

—Creemos que la persona que me secuestró planeaba asesinarme y echarle la culpa a él —le explicó, bajando la voz—. Por esa razón nos comprometimos en matrimonio. Para que todo el mundo supiera que Jake no quería matarme.

Lo observó mientras procesaba la información. Su expresión se aplacó un tanto. Finalmente, sacudió la cabeza.

—¿Pero cómo diablos sabías que eso iba a funcionar? Dios mío, Jessie, he leído los periódicos esta mañana. Dicen que por lo menos asistieron trescientas personas a ese baile. ¡Trescientas personas! —cerró los puños de nuevo—. ¡Cualquiera de ellos pudo haberte disparado, o atacado...!

Jessie quiso tranquilizarlo, consolarlo... pero se detuvo. Detestaba el tipo de sospechas que habían comenzado a asaltarla acerca de Byron, pero no podía evitarlo.

—Bueno, pero no me ha pasado nada, ¿verdad?

—No. ¡Diablos! Escucha, quiero que termines de una vez con esta farsa. Quiero que le digas, a todo el mundo, quién eres realmente. Lo que eres. Solamente eso conseguirá pararle los pies al asesino... y no un fingido compromiso matrimonial con Jake McClendon.

El corazón se le aceleró de repente. Oh, Dios. Lo último que había querido en el mundo era que Jake acabara descubriéndolo de aquella forma.

—Byron, ya es hora de que te marches...

La voz peligrosamente baja de Jake cortó como un cuchillo el silencio que

siguió a sus palabras.

–¿Qué ha querido decir, Jessie?

Jessie lanzó una mirada suplicante a Byron, rogándole que se marchara. No lo hizo. Sin dejar de mirarla con pétrea expresión, él mismo se ocupó de explicárselo a Jake:

–Es una agente de policía. Como yo.

Jessie se volvió lentamente hacia Jake.

–Pensaba decírtelo hoy –susurró. Sabía que sonaba a una completa mentira.

–Una agente de policía... –repitió. No dijo nada más. No podía. Simplemente se la quedó mirando, sin moverse.

–Estoy en excedencia –aclaró.

Pero eso no pareció importarle a Jake. El azul de sus ojos adquirió el frío brillo del acero.

–Se metió a trabajar en aquella cantina como tapadera –continuó Byron–. Ella no quería decírselo porque eso me habría costado mi puesto de trabajo, como superior suyo. Pero ya no tiene que preocuparse de nada porque pienso contárselo todo al teniente.

Consciente de que el cerebro de Jake estaba trabajando a toda velocidad, Jessie sabía que no tardaría mucho en descubrir por qué le había ocultado su verdadera profesión.

–Claro. Todo esto tiene que ver con Christy Mendoza.

Jessie asintió, procurando tranquilizarse. Tenía la respiración acelerada.

–No era una investigación oficial. Al principio pensé que tú habías tenido... algo que ver con su muerte.

–Continúa –le exigió con tono frío.

–Christy era una gran amiga mía. De adolescentes estuvimos viviendo juntas en casas de acogida, y después compartimos habitación en la universidad. El mismo día en que murió, me telefoneó para decirme que había encontrado un trabajo a media jornada en una empresa de catering, y que se disponía a ir a tu rancho. Me dijo que eras un hombre muy... –soltó un profundo suspiro–... atractivo. Y que pretendía... entrar en contacto contigo.

–Sexo –la interrumpió bruscamente Byron–. Christy pretendía acostarse con usted. Llevárselo a la cama. Así de claro.

Jake sacudió la cabeza, incrédulo.

–Pero si esa mujer ni siquiera habló conmigo... ¿cómo iba a acostarme con ella? –de inmediato, su expresión se ensombreció aún más–. Ya entiendo. Tú decidiste que yo era culpable, ¿no? Y te empeñaste en demostrar mi

culpabilidad.

Era la verdad, y Jessie sabía que no podía negarla.

–Pero luego, cuando te conocí, me di cuenta de que...

–¿Y el resto qué? –le espetó Jake–. El secuestro, el embarazo... ¿Formaba también eso parte de tu plan? ¿Fuiste tú quien preparó todo eso?

–No. Dios mío, no –Jessie se sintió como si acabara de abofetearla. Se llevó una mano al corazón, estremecida–. Todo aquello fue real, y sucedió tal y como te conté. Jamás te habría hecho algo así...

–Pero me mentiste. Dejaste que nos acostáramos juntos, y durante todo el tiempo me estuviste mintiendo. ¿Cómo? ¿Cómo pudiste...?

–Quería decírtelo, planeaba decírtelo... pero no así –se volvió hacia Byron, ceñuda–. Por favor, ¿quieres marcharte de una vez? –sin esperar su respuesta, lo agarró de un brazo y lo arrastró hacia la puerta. Había un guardaespaldas al otro lado, así que supuso que Byron solo había tenido que mostrarle la credencial para conseguir paso franco.

–No quiero que te marches de aquí con él.

–Eso no es decisión tuya –dirigiéndose al guardaespaldas, le ordenó–: Acompañe a este señor fuera del hotel, por favor –y, después de empujarlo al pasillo, le cerró la puerta en las narices.

–¡Te arrepentirás de esto! –lo oyó vociferar.

De hecho, ya se había arrepentido.

–¿Y bien? –le preguntó Jake en el instante en que se volvió hacia él–. ¿Cómo piensas explicarme tus mentiras?

–Ya te lo he explicado todo. Creía que habías tenido algo que ver con la muerte de Christy. Que la estabas encubriendo. Por esa razón no podía presentarme ante ti y revelarte la naturaleza de mi misión. Una misión, por lo demás, informal y sin autorización alguna.

–Así que me dejaste creer que eras una simple camarera de la Cantina de Ray –sacudió la cabeza–. ¡Dios mío! ¿Jamás se te ocurrió pensar en mi reacción cuando me enterase de que me habías estado engañando durante todo este tiempo?

–Por supuesto que sí. Por eso había decidido decírtelo hoy mismo.

–Hoy mismo –repitió, irónico–. Qué casualidad. ¿Y no habrías encontrado alguna otra excusa para mantenerme en la ignorancia si a tu amigo no se le hubiese escapado la verdad?

–Te lo habría dicho de todas formas.

–Ya claro –dando media vuelta, se dirigió hacia la otra habitación. Jessie lo



siguió.

–Es la verdad. Dios mío, Jake, jamás me habría acostado contigo si hubiese planeado seguir adelante con la investigación.

Se volvió tan bruscamente que a punto estuvo de chocar de bruces contra él.

–Entonces dime una cosa, ¿cuándo terminó exactamente tu investigación? ¿Acaso cuando me expuse a aquella lluvia de balas para salvarte? –esbozó una sonrisa burlona–. ¿O quizás en el momento en que te desnudé y empezamos a hacer el amor?

Aquellas palabras le dolieron terriblemente. Pero no tanto como la amargura que destilaba su tono.

–No. Terminó cuando me di cuenta de lo mucho que te quiero.

La propia Jessie se sorprendió de su respuesta. Al igual que él.

–¡Eso es una estupidez! –gritó–. Tú no me quieres.

Se liberó rápidamente cuando ella intentó agarrarlo de un brazo.

–De acuerdo, si así te sientes mejor, piensa que todo lo que te he dicho es una mentira. Pero lo que acabo de decirte no lo es. Es la pura verdad.

Apoyándose con las dos manos en la pared, Jake cerró los ojos con fuerza.

–Te diré lo que vamos a hacer. Vamos a desayunar juntos... no porque yo lo quiera, sino en caso de que alguien todavía esté considerando la idea de matarte. Después de eso, no quiero volver a verte más, entendido?

Jessie sacudió la cabeza, aturdida por el impacto de aquella frase. Dios, lo había estropeado todo. La estaba expulsando para siempre de su vida.

–No puedes hablar en serio...

–Por supuesto que sí –señaló con la cabeza la puerta de la suite–. Que el guardaespaldas te escolte a la habitación de Willa y Douglas. Terminarás de vestirte allí. Lo dispondré todo para que te acompañen a donde sea después del desayuno.

Aquello consiguió disparar el resorte de su orgullo. Era lo único que le quedaba.

–No hace falta. Ya me las arreglaré sola.

Y abandonó la suite. Poco a poco fue tomando conciencia de lo que había sucedido. Había perdido para siempre a Jake. Y también se dio cuenta de otra cosa. Que no solamente lo quería, sino que lo amaba. Se había enamorado de él. Se había enamorado desesperadamente de un hombre que la odiaba.

Jake se dejó caer en el sofá y enterró la cara en las manos. Soltó entonces

una retahíla de blasfemias, esperando poder desahogar así parte del nudo de furia que le atenazaba el estómago. No funcionó.

¡Jessie le había mentido! Le había ocultado su verdadera identidad, disimulando al mismo tiempo lo que esperaba conseguir de él. Aquella mujer había estado llevando a cabo una investigación criminal. Peor aún: había creído que él había asesinado a su amiga.

¿En qué más le habría mentido? Jessie le había asegurado que no había habido más mentiras, pero, simplemente, no podía creérselo. ¿También se habría equivocado con respecto al bebé? Durante días había tenido la inequívoca sensación, la convicción de que era suyo, pero... ¿también eso habría sido una mentira? ¿Habría dejado que sus sentimientos por ella lo cegaran... también hasta ese punto?

La puerta se abrió de pronto. Era Douglas.

–¿Qué ha pasado?

Jake ni siquiera se molestó en mirarlo. Por su expresión, resultaba obvio que acababa de ver a Jessie.

–Ya me he enterado de quién es ella realmente.

Douglas se quedó paralizado. Recuperándose, se sentó frente a Jake.

–¿Jessie ha estado mintiendo?

–Sí.

–¿Cómo conseguiste descubrirla?

–Me lo dijo su amigo, el inspector DuCiel.

–¿Ese policía vino a arrestarla? Maldita sea, esa publicidad nos destruirá. Lo sabía. Sabía que esa mujer iba a darnos problemas desde el primer momento en que la vi.

–No –lo corrigió Jake–. DuCiel no vino a arrestarla. Jessie es una agente de policía. Ha estado investigando la muerte de Christy Mendoza. Al parecer era muy amiga de esa chica y recibió una llamada suya el mismo día en que murió –se interrumpió, esforzándose en vano por controlar su furia–. Ella creyó que yo la había matado y que estaba encubriendo el crimen.

–¡Maldita sea! –Douglas se levantó de la silla como un resorte y empezó a pasear por la habitación–. ¿Le contará a la prensa todo eso?

–No lo creo –sacudió la cabeza, como descartando aquella posibilidad–. Aunque la verdad es que no tengo la más remota idea de lo que piensa hacer.

–Entonces... ¿qué diablos tiene que ver la llamada del doctor Lisette con todo esto?

Jake alzó lentamente la mirada hacia él.

–No sabía yo que había llamado.

–Anoche y esta mañana, otra vez. Dice que es importante –le tendió una nota con su número de teléfono.

–Pero yo estaba aquí, en la suite.

–Dejé dicho que desviarán tus llamadas a la mía.

Jake descolgó el teléfono y marcó rápidamente el número del médico.

–¿Doctor Lisette? Soy Jake McClendon.

–Me alegro de poder hablar al fin con usted. Estamos de suerte.

–¿De suerte? ¿Por qué?

–Encontré el laboratorio que le hizo la prueba de ADN a Jessie. Afortunadamente, estaba a nombre suyo –antes de que Jake pudiera preguntarle de qué prueba se trataba, añadió–: Era una muestra de vellosidades coriónicas. Un tipo de análisis para determinar la paternidad.

Jake se dijo que eso explicaba la anotación que Jessie y él habían encontrado en la casa del doctor Radelman.

–Parece que el laboratorio consiguió una muestra de sangre suya procedente de Cryogen. No sé qué le parecerá, pero quería que supiera que los resultados coinciden.

Jake no tenía la menor idea de lo que quería decir.

–¿Que coinciden con qué?

Siguió un corto silencio.

–Con su ADN. Se trata de un tipo de prueba muy preciso. Usted es el padre del bebé.

Se alegró de estar sentado. Aquella era la peor ocasión para recibir una noticia semejante. Apretando los dientes, intentó no desahogar su frustración con el médico.

–Yo soy el padre –murmuró–. ¿Está seguro?

–La prueba tiene un noventa y nueve punto nueve por ciento de posibilidades de ser exacta. Por supuesto, si usted quiere, siempre podemos repetirla.

–No –soltó un profundo suspiro–. Es igual. Gracias por haberme llamado.

–De nada. Ah, también he descubierto el género del bebé, si le interesa.

¿Si le interesaba? Jake no lo sabía. En aquel momento no sabía nada. Aquel bebé complicaba todavía más las cosas. Aun así, era su bebé. Había más de un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que fuera suyo. Un bebé que iba a tener con una mujer que se le antojaba una perfecta desconocida. Una mujer que lo había tomado por un asesino.

–¿Jake? –inquirió el médico–. ¿Sigue ahí?

–Sí. Preferiría que no me diera todavía esa información. Jessie debería ser la primera en saberlo, cuando hable con ella.

–¿Es tuyo el bebé? –le preguntó Douglas nada más verlo colgar el teléfono.

–Sí.

–Diablos, este maldito embrollo se está liando más y más por momentos – continuó caminando de un lado a otro de la habitación, nervioso–. Ella usará esto contra nosotros. Si piensa que tú mataste a Christy, utilizará este embarazo de alguna manera. Irá a la prensa y lo contará todo. Te destrozará en plena campaña electoral.

–No veo cómo podría usarlo contra nosotros. Ya hemos informado a la prensa de que estamos comprometidos. ¿Qué importancia tiene que les anuncie que está embarazada... de mí? –casi se le atragantaron las dos últimas palabras. Se preguntó quién sería capaz de decir algo así sin inmutarse.

–Podría decirles que eras tú quien estaba detrás del complot de la inseminación –señaló Douglas.

Jessie ya lo había acusado de eso al principio. Pero Jake dudaba que lo siguiera pensando.

–Eso no tiene sentido.

–No tiene por qué tenerlo. Solo el escándalo que se montará desencadenará una oleada de rumores y de comentarios en la prensa.

–Quizá. Pero dudo que Jessie hubiera seguido adelante con todo esto si lo único que quería era desacreditarme. Habría podido hacerlo sin tantos quebraderos de cabeza anunciando simplemente que me estaba investigando por la muerte de Christy Mendoza.

Douglas se detuvo frente a él, mirándolo con expresión recriminatoria:

–Dios mío, Jake, ¿eres capaz de oírte a ti mismo? Después de todo lo que ha pasado, todavía la defiendes.

–Solo estoy exponiendo los hechos.

–Hechos que se refieren a una mujer que no ha hecho otra cosa que mentirte –repuso secamente su cuñado.

Jake se levantó bruscamente del sofá. Atravesando a grandes zancadas la habitación, se sirvió un vaso de agua.

–¡Ya sé que me ha mentido, maldita sea! No necesito que me lo recuerden.

Apretando los labios, Douglas miró su reloj.

–Esta discusión tendrá que esperar. Tenemos que bajar. Ya me inventaré alguna excusa que justifique la ausencia de tu prometida... Por cierto, ¿dónde diablos está Jessie? Quiero que los guardaespaldas no la pierdan de vista, por

si acaso intenta hacer alguna estupidez.

Jake dejó el vaso sobre la mesa, frotándose la frente.

–Está en tu suite. Le dije que terminara allí de vestirse.

–¿Cuándo?

–No mucho antes de que vinieras.

–Pues allí no está.

–¿Estás seguro?

–Claro. Vine aquí directamente de mi habitación. Tampoco estaba en el pasillo. La habría visto.

Jake no había creído posible que las cosas pudieran empeorar... pero así era. Todavía peor que descubrir que Jessie era una mentirosa era enterarse de que había desaparecido.

–Espero que no haya dejado el hotel.

–Estoy seguro de ello. Dudo que quisiera alejarse demasiado de ti, sobre todo si todavía alberga alguna esperanza de convencerte de que la perdones. Probablemente esté muy cerca de aquí, preparando su siguiente movimiento. Haré que la busquen los guardaespaldas. Mientras tanto, será mejor que pienses en el discurso que tienes que pronunciar abajo. Ya has hecho esperar bastante a la prensa. Termina de vestirte para que podamos bajar de una vez.

Jake no estaba muy seguro de poder hacer frente a sus compromisos. Aunque, por otro lado, quedarse en su habitación no iba a servir de nada. Los guardaespaldas se encargarían de buscar a Jessie mientras él pronunciaba su discurso. Tenían que encontrarla, y pronto. Que le hubiera mentido acerca de su identidad no significaba que estuviera ya fuera de peligro.

–Es una policía, ¿recuerdas? –le dijo Douglas, como si le hubiera leído el pensamiento–. Puede cuidar de sí misma.

Quizá, pensó Jake. Pero se sentiría mucho mejor cuando supiera dónde estaba.

Jessie se apoyó contra la pared y cerró los ojos. No quería llorar. Se dijo que llorar no contribuiría en nada a mejorar su situación. Lo cual no evitó que una lágrima furtiva resbalara por su mejilla. Se la enjugó con la mano, esperando que no le dejara marca en el maquillaje.

Podía escuchar el rumor de las voces en la sala de recepciones del hotel. Alguien estaba probando el micrófono. El aroma a café y a pastelería llegaba hasta el pasillo donde se encontraba. No había nada que indicara la llegada de Jake. Según sus cálculos, ya debería estar allí.

Y ella también. Sabía que no debía dejarlo solo, aunque se le rompiera el corazón cuando se sentara a su lado, sabiendo lo mucho que la odiaba. No se había equivocado al imaginar su reacción cuando le dijera la verdad. Triste consuelo. De pronto, algo le rozó un hombro. Se alarmó de inmediato. Podía ser el asesino, y allí estaba ella, desarmada, vulnerable a cualquier ataque. Se giró rápidamente, dispuesta a golpear a su agresor.

Pero era Willa. Se detuvo justo a tiempo.

–¡Vaya! –Willa alzó las manos, a la defensiva–. Veo que estás algo nerviosa esta mañana.

–No te imaginas cuánto.

–Por cierto, ¿qué estás haciendo aquí? Se suponía que tenías que estar en la sala de recepciones. Tienes mal aspecto. Y has estado llorando. ¿Qué pasa? ¿Es que has discutido con Jake?

–¿Quieres decir que no lo sabes?

–¿Saber el qué?

Jake no quería ser la primera en decírselo. Le dejaría esa tarea a Jake.

–¿Tiene eso algo que ver con las llamadas del doctor Lisette? –le preguntó Willa mientras sacaba su polvera del bolso y se dedicaba a arreglarle el maquillaje.

–¿El doctor Lisette? –Jessie abrió mucho los ojos–. ¿Cuándo ha llamado?

–Anoche y esta mañana. Dijo que había estado rastreando el origen de ciertas pruebas –volvió a guardarse la polvera–. ¿Tú sabes algo de eso?

Jessie se dijo que probablemente habría encontrado los resultados de la prueba de paternidad. Pero eso era algo de lo que no quería hablar con Willa.

Ni con nadie. No mientras estuviera intentando recomponer su corazón destrozado.

–Ni idea –mintió.

–Bueno, pues tendrás que llamarlo después –la tomó del brazo–. Ahora mismo tienes que entrar en esa sala e intentar deslumbrar a todo el mundo.

–Me temo que se van a sentir muy decepcionados...

–Bueno, pues al menos intenta sonreír. Así –y le hizo una demostración, esbozando una radiante sonrisa–. ¿Ves lo fácil que es? Ya te acostumbrarás. Jake tiene al menos dos actos como este a la semana. Y tendrá muchos más conforme se vaya acercando la fecha de las elecciones.

Jessie se recordó que ella estaría ausente de aquellas ceremonias. Después de haber cumplido con aquel último acto, se marcharía. Para siempre.

–Gracias por tu ayuda.

Willa se detuvo en el umbral de la sala de recepciones, soltando un profundo suspiro.

–Mira, cuando todo esto termine... ¿por qué nos sentamos tranquilamente e intentamos conocernos un poco la una a la otra? Así podrás contarme la canallada que te ha hecho mi hermano.

–No me ha hecho ninguna canallada...

–Pues das la impresión de todo lo contrario. ¿Sabes? Antes no estaba segura, pero la verdad es que lo llevas escrito en la cara. Estás realmente enamorada de Jake.

A Jessie le habría gustado negarlo, pero no podía.

–Será mejor que entremos de una vez –le dijo, pasando a la sala de recepciones.

–Maravilloso –le susurró Willa con tono sarcástico–. Parece que Markham se dirige directamente hacia nosotros. Qué pena que me haya dejado los dardos envenenados en la habitación.

Jessie se recordó que Markham no podría intentar nada contra ella allí, entre tanta gente, pero eso no evitó que se le acelerara el corazón. Si al menos tuviera alguna evidencia que lo vinculara con el complot, entonces quizá podría convencer a la policía de que lo interrogara oficialmente...

–Por cierto... ¿qué diablos está haciendo ese hombre aquí?

–Dado que la Junta de Acción Ciudadana aún no se ha decidido por uno de los dos, los ha invitado a ambos.

Markham se detuvo frente a ellas. Después de saludar a Willa con una forzada sonrisa, se dirigió a Jessie:

–Señorita Barrett, esperaba verla aquí esta mañana.

Jessie no se molestó en responderle. Abel Markham no se merecía la menor cortesía por su parte.

–He estado haciendo algunas investigaciones sobre sus antecedentes –continuó–, y me he encontrado con algunas cosas muy interesantes...

–No me extraña. Pero usted ya sabía que estuve trabajando en el local de Ray, dado que es amigo suyo.

–Sí, ya sé que trabajó allí de camarera. Es curioso que la prensa no lo haya descubierto todavía.

Se trataba de una amenaza evidente, a juzgar por su expresión.

–Y supongo que será usted quien la saque de su ignorancia.

–Por supuesto. Lo considero un deber cívico –sonrió–. Y también les informaré sobre sus antecedentes penales –desvió la mirada hacia Willa–. Supongo que usted estará enterada.

Pero Willa ni se inmutó. Y Jessie no pudo menos que admirarla por ello.

–Sé muchas cosas sobre mi futura cuñada. Y sobre usted también –pronunció con tono dulce–. Por ejemplo, tengo entendido que es usted un asno impotente. ¿Hay algo de verdad en eso?

La sonrisa de Markham tembló ligeramente.

–Tengo pruebas que respaldan lo que digo.

Jessie sabía que, realmente, no las tenía. Debía de haber leído el falso historial que corría sobre ella. Tomando una decisión, se encaminó hacia el estrado.

–Creo que ya es hora de poner punto final a todo esto.

Willa se apresuró a detenerla.

–No te dejes provocar por ese tipo, Jessie... Piensa en Jake, en su campaña.

–Es en eso exactamente en lo que estoy pensando. No permitiré que Markham me utilice para perjudicar a Jake.

Subió al escenario y tomó el micrófono. Poco a poco los invitados fueron guardando silencio.

–Para aquellos de ustedes que no me conozcan, me llamo Jessie Barrett y estoy comprometida con Jake McClendon. Abel Markham acaba de amenazarme hace un momento con difundir una serie de rumores sobre mí. Rumores con los que espera desprestigiar a Jake. Por eso me siento obligada a explicar ciertas cosas –se interrumpió para mirar a Markham, al fondo de la sala. No parecía nada contento con la situación. Y lo estaría aún menos cuando terminara su discurso–. Soy una agente de policía en excedencia...



Aquello provocó un murmullo general de asombro. Willa parecía especialmente consternada. Jessie se aclaró la garganta antes de continuar:

–Y he estado dirigiendo una investigación informal sobre la muerte de Christy Mendoza, una joven que pereció ahogada en el rancho de los McClendon. Christy era una gran amiga mía. Hasta el momento no ha habido ningún otro agente implicado en la investigación. He actuado completamente sola.

Con aquella declaración pretendía exculpar a Byron, aunque hasta que no hablara con el teniente Davidson, en Austin, no sabía a ciencia cierta si serviría o no de algo.

–¿Por qué decidiste investigar la muerte de aquella mujer? –le preguntó de pronto Willa, tensa.

–Quería comprobar que su muerte se había debido realmente a un accidente.

Desde el fondo de la sala, Markham gritó para llamar su atención. Por su expresión, parecía como si acabara de descubrir una mina de oro.

–A ver si lo entiendo bien... Usted, una agente de policía... ¿cree que Jake McClendon tuvo algo que ver con la muerte de la señorita Mendoza?

Jessie estaba a punto de contestar cuando, con el rabillo del ojo, detectó un movimiento. Desvió la mirada hacia las puertas laterales. Era Jake. Al contrario que los demás, su expresión no era en absoluto de asombro, sino de odio. De puro odio.

Un odio que, indudablemente, estaba dirigido contra ella.

Antes incluso de oír el último comentario de Jessie, Jake ya se había detenido en seco, anonadado. Nada más verla allí se había olvidado de la furia que sentía contra ella. No debería haberse subido a aquel escenario, exponiéndose de manera tan irresponsable a que alguien la atacara, presentando un objetivo tan fácil... Quería protegerla. Pero justo en aquel instante escuchó la fatídica frase: «quería comprobar que su muerte se había debido realmente a un accidente».

Así que le estaba diciendo a todo el mundo lo que debería haberle dicho a él hacía días. Aquello fue como recibir una puñalada por la espalda.

–¿Qué diablos está haciendo esa mujer? –rezongó Douglas, furioso–. Al diablo con todo. Voy a hacerla callar ahora mismo.

Pero Jake lo agarró de un brazo.

–No. Quieto.

–Te va a destrozar...

Eso parecía. Jake, sin embargo, prefería reflexionar sobre las consecuencias de aquella intervención. La prensa tendría preguntas que hacerle sobre la muerte de Christy Mendoza, pero eso no era lo que más lo preocupaba por el momento. Si Douglas subía al estrado y la interrumpía, la ruptura o al menos la crisis del compromiso matrimonial que había anunciado la víspera quedaría al descubierto, a la vista de todos. Y eso incrementaría el riesgo de que mataran a Jessie.

–Precisamente quería decirles también algo sobre esa investigación – continuó Jessie con voz temblorosa–. No he descubierto nada que indique siquiera que Jake conocía incluso a Christie, y mucho menos que tuviera alguna participación en su muerte. Por lo demás, yo jamás me habría comprometido con un hombre del que sospechara como autor de la muerte de mi amiga.

–¿Pero cómo podemos nosotros estar seguros de eso? –la interrumpió Markham–. Sus sospechas de un principio tenían que estar basadas en algo, ¿no? Usted tuvo que haber visto u oído algo que le hiciera sospechar que MacClendon era culpable.

Jake observó el rostro de Jessie. Estaba erguida y mantenía bien alta la cabeza, pese a lo cual parecía incapaz de disimular el dolor que había asomado a sus ojos.

–Como les he dicho, Christy era una gran amiga mía y yo me comprometí a aclarar las circunstancias de su muerte. Pero también sé que Jake es absolutamente inocente. Apostaría mi vida por su inocencia.

Un completo silencio reinó en la sala mientras Jessie bajaba del estrado.

–Diablos. ¿Qué vamos a hacer ahora? –le preguntó Douglas a Jake–. ¿Quieres que suba allí y les diga que...?

–No. Subiré yo.

–¿Les dirás que el compromiso era una farsa?

–No –a cualquier precio, tenía que proteger al bebé. Y a Jessie.

Jake se abrió paso entre la multitud, apresurado, esperando alcanzar a Jessie antes de que se marchara. Pero para cuando llegó al pie del escenario no había ni rastro de ella. Subió de todas formas y tomó el micrófono.

–Ya han oído a mi prometida. Es una agente de policía y ha estado investigando la muerte de su amiga. Esa investigación ha terminado ya. Les voy a pedir ahora que nos concedan, tanto a ella como a mí, una mínima y respetuosa intimidad. Pensaba anunciarlo muy pronto, pero creo que esta es

una buena ocasión para hacerlo. Estamos esperando un bebé.

Aquel anuncio desencadenó las reacciones que había previsto. Hubo expresiones de asombro, algunas sonrisas de felicitación, murmullos. Markham, por su parte, parecía a punto de desmayarse. Jake buscó con la mirada a Willa y a Douglas; su aspecto era muy semejante al que ofrecía su rival. No era la reacción que habría esperado en Willa nada más enterarse de que iba a ser tía.

—Sé que estas noticias dejarán consternados a muchos votantes míos — continuó Jake—. Lo único que puedo decir es que, evidentemente, este embarazo no ha sido planeado. El bebé, sin embargo, sí que es deseado, y mucho. Tanto por Jessie como por mí.

Satisfecho de haber hecho todo lo posible por proteger a Jessie y al bebé, bajó del estrado y se dirigió hacia su hermana. Pero cuando fue a tomarla del brazo para llevarla a un aparte y explicárselo todo, lo rechazó bruscamente.

—Maldito seas —susurró Willa con tono iracundo, antes de volverse para salir rápidamente de la sala.

Jake pensó en seguirla. Pero nada podía hacer para que comprendiera la verdadera razón de su comportamiento. Nada excepto revelar toda la verdad, y a eso todavía no estaba dispuesto. Quizá lo hiciera después de que la policía encontrara las pruebas necesarias para encerrar a Markham, una vez que hubiera pasado el peligro.

Lo había complicado todo. Su hermana estaba furiosa con él. Douglas, probablemente, también. Y, por supuesto, Jessie.

Seguramente Jessie pensaba que la odiaba. Y no era así. Su furia solamente se había debido a la consternación que le produjo saber quién era. Una agente de policía. La madre de su bebé era una policía que, al principio, lo había considerado sospechoso de un asesinato. Algo que, evidentemente, ya no pensaba en absoluto. Porque lo había arriesgado todo cuando hizo aquel anuncio oficial, delante de todo el mundo, proclamando su inocencia. Era muy probable que eso le costara su empleo. Y, aun así, lo había hecho.

Por él.

Jessie aún no conocía los resultados de la prueba de ADN. No sabía a ciencia cierta que el bebé era suyo. La noticia, probablemente, no le agradaría mucho. En aquel momento tal vez le habría gustado que fuera de cualquiera... excepto de él. Diablos, incluso habría preferido no estar embarazada.

Jake sacudió la cabeza. Tenía que arreglar aquella situación. Pero no solamente por el bebé, sino por él mismo. Porque quería a Jessie. Solo

esperaba que no fuera demasiado tarde para convencerla de ello.

Jessie insertó la tarjeta en la cerradura y abrió la puerta. Tenía que recoger su bolso y salir de allí antes de que la viera Jake o cualquier otro miembro de su familia. Lo último que deseaba en el mundo era enfrentarse con ellos. Para colmo, se había dejado el dinero en el rancho. Quizá podría convencer a Byron de que la ayudara a recuperarlo.

Eso si Byron se dignaba a hablar con ella. Después de todo, antes lo había echado de la suite. Y después del anuncio que había hecho público, probablemente le había causado un daño irreparable en su carrera profesional.

Corrió al dormitorio para recoger su bolso, que se había dejado encima de la mesa del tocador. De repente se dio cuenta de que todavía llevaba el anillo de compromiso que le había regalado Jake. Pensó que, si se lo quedaba, sería como robarle algo. Algo que, en realidad, nunca le había pertenecido. Lanzando una última mirada a la sortija, se la quitó y la dejó junto a los gemelos que Jake se había puesto durante la noche anterior. Una noche que Jessie jamás olvidaría...

Pero no había tiempo para lágrimas ni para arrepentimientos. Recogió su teléfono móvil. Tenía que llamar a Byron para pedirle que la ayudara a salir del hotel. A pesar de sus sospechas, tenía que confiar en alguien. Y él seguía siendo su mejor candidato.

Abandonó la suite mientras marcaba el número de Byron. Apenas había dado un par de pasos por el pasillo cuando respondió.

–Byron, soy yo –se escondió detrás de un enorme macetero–. Sé que ahora mismo soy la última persona con la que querrías hablar, pero...

–Ahora mismo eres la única persona con la que quiero hablar. ¿Dónde estás?

Intentó no mostrarse demasiado aliviada. Ni albergar demasiadas dudas. Se recordó que Byron era su amigo. Su mejor amigo.

–Todavía sigo en el hotel. Estoy en la puerta de mi habitación, en el pasillo, escondida detrás de una planta. Quiero salir de aquí antes de que regrese Jake.

–Te entiendo perfectamente. ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Qué quieres que haga?

–Necesito verte. Reunirme contigo en alguna parte.

–Quédate donde estás. En este mismo momento voy hacia ti.

–¿Aún sigues en el hotel?

–Sí, y estoy más cerca de lo que crees. Te veré en un momento, Jess.

Jessie cortó la comunicación y miró a su alrededor. No había nadie en el pasillo. No había señal alguna de Jake. Ni de Markham tampoco. Pero Markham jamás sería tan estúpido como para buscarla después de haberse enterado de que era policía. Probablemente en aquel preciso instante la estaría maldiciendo, por haber cometido el error de escoger a la mujer menos adecuada para su complot.

Suspiró de alivio cuando oyó el timbre del ascensor. Byron había tenido razón. No había tardado nada en llegar hasta allí. Pero no era Byron. Era Douglas. Y con un aspecto visiblemente abatido.

–Algo le ha sucedido a Jake –le informó nada más verla.

–¿Qué? –exclamó, pálida–. ¿Qué ha pasado?

–Ha desaparecido. La gente de seguridad no logra encontrarlo.

¿Desaparecido? ¿Cómo podía ser? Pero si lo había visto en la sala de banquetes hacía apenas unos veinte minutos...

–Markham...

–Él tampoco aparece –murmuró Douglas, esbozando una mueca–. Maldita sea, si tú sabes dónde estás...

–No, yo no lo sé –negó, vehemente–. ¿Has llamado a la policía?

–Todavía no, pero voy a tener que hacerlo –echó a andar por el pasillo. Jessie lo siguió.

–Si Jake ha desaparecido, quiero ayudarte a encontrarlo...

Pero Douglas apresuró el paso. Y solamente se volvió hacia ella cuando llegó al final del corredor.

–Sabes perfectamente que no es eso lo que Jake querría que hicieras. Lo que él quiere es que te mantengas alejada de Markham. Y dado que tampoco Markham aparece por ninguna parte, lo mejor que puedes hacer es volverte a la suite. No quiero tener que preocuparme también por ti mientras busco a mi cuñado.

Douglas se detuvo bruscamente, sacó su tarjeta y abrió una puerta. Jessie retrocedió un paso... pero no con la suficiente rapidez. Era una trampa. Agarrándola de los hombros, la obligó a entrar. Y, antes de que pudiera reaccionar, la encañonó con una pistola.

Una vez dentro de la habitación, cerró la puerta con llave. La estaba apuntando con un arma con silenciador. Solo entonces se dio cuenta Jessie de que llevaba puestos unos guantes quirúrgicos.

–Un solo grito, y tendré que matarte antes de lo que tenía planeado.

Jessie se quedó sin aliento. No podía hacer nada. Con aquella pistola, Douglas no solamente la estaba amenazando a ella. Estaba amenazando a su bebé.

Con la otra mano, Douglas sacó su teléfono móvil y marcó un número.

–Ya tengo lo que te prometí –informó a la persona que estaba al otro lado de la línea. Acto seguido cortó la comunicación y volvió a guardarse el teléfono.

De modo que no estaba actuando solo, pensó Jessie. Tenía un socio. ¿Sería Willa? ¿Estaría la hermana de Jake involucrada en aquel complot?

–¿Por qué estás haciendo esto? –le preguntó, esforzándose por dominar el terror que sentía. Porque estaba aterrada. No solo por ella misma, o por el bebé, sino también por Jake. Si se le ocurría entrar por aquella puerta, no tenía la menor duda de lo que le pasaría...

–Por el más móvil antiguo del mundo: la avaricia. Necesito todo el dinero del fondo fiduciario, no solo la mitad que tiene que heredar Willa. Tengo deudas que pagar.

–Pero es absurdo. Jake podría darte el dinero y...

–No tanto. Estoy hablando de millones. Una cantidad que lo impulsaría a hacerme ciertas preguntas...

–¿Cómo cuáles?

Jessie necesitaba hacerlo hablar, ganar todo el tiempo posible hasta que se le ocurriese alguna forma de huir. Su cómplice no tardaría en aparecer. Estaba retrocediendo imperceptiblemente, centímetro a centímetro... Tal vez lograra entrar en el dormitorio antes de que Douglas pudiera apretar el gatillo.

–No quiero que me pregunte, por ejemplo... por la muerte de Christy Mendoza.

–Tú la mataste –el corazón se le subió a la garganta–. Fuiste tú.

–En realidad casi fue un accidente. No podía consentir que le contara a Willa que había intentado tener relaciones sexuales con ella, ¿no te parece?

–Y, como no podías tenerla, la mataste.

–Sí. Me alegro de haberte aclarado el caso. ¿No te produce cierta satisfacción saber que durante todo el tiempo habías estado en lo cierto? Tal y como sospechabas desde el principio, no fue una muerte accidental.

Pero lo que en aquel momento estaba sintiendo Jessie no se parecía ni remotamente a la satisfacción. Sentía una estremecedora mezcla de horror y de tristeza. Christy había muerto para que Douglas tapara sus indiscreciones. Había sido una muerte tan absurda, tan gratuita... Douglas ya había matado una vez y probablemente no vacilaría en hacerlo de nuevo. Además, tenía una

motivación de peso. Millones de dólares.

Evidentemente pretendía culpar a Jake de su muerte. Incluso Byron había sido testigo de la discusión que había mantenido con ella. Su amigo tendría que testificar sobre aquel maquiavélico complot, y Dios sabía cómo interpretaría el jurado la presunta participación de Jake en el mismo. Iría a la cárcel, y mientras tanto Douglas y Willa asumirían el control de su patrimonio. Y lo saquearían a placer.

Jessie retrocedió un paso más, pero eso hizo que Douglas bajara la pistola... apuntándola directamente al vientre.

–No te muevas –le ordenó con tono perfectamente tranquilo–. Acuérdate de que no quiero matarte todavía.

–Ya. Y probablemente tampoco quieras dispararme –suspiró profundamente–. Supongo que preferirás el estrangulamiento, para que mi muerte se parezca más a un crimen pasional.

–Vaya –Douglas arqueó las cejas–, no había pensando en ello, pero tienes razón. Sería estupendo que una poli como tú me ayudara a planificar un crimen perfecto.

Pero no era un crimen perfecto lo que Jessie tenía en mente. Si Douglas se acercaba lo suficiente como para intentar estrangularla, ella estaría en mejores condiciones de oponer alguna resistencia. De hecho, estaba entrenada para ello.

–Antes de hacer que me secuestraran, ¿sabías que yo era policía?

–No tenía ni la menor idea. Evidentemente, habría escogido a cualquier otra persona. Aun así, demostraste ser una buena candidata.

–Qué suerte la mía –murmuró Jessie–. Déjame adivinar... también mataste al doctor Radelman y a Marion Cameron. En otras palabras, eliminaste a todos los que te ayudaron a llevar a cabo tu plan.

–Sus muertes eran necesarias. Y también las de los dos vigilantes. No podía arriesgarme a dejar ningún testigo vivo. Además, ellos se metieron en esto por dinero. Y por dinero también habrían podido traicionarme.

–Pero con todo el que te gastaste en ese complot, podrías haber saldado tus deudas, ¿no?

–No te creas. El gasto del alquiler del almacén y del equipo médico lo cargué a la cuenta de la campaña electoral. En otras palabras: Jake lo pagó todo. Además, todo ese dinero es pura calderilla comparado con la cantidad de millones del fondo fiduciario.

Jessie no lo dudaba. La ironía de toda aquella situación la ponía enferma.



Douglas se había servido del dinero de Jake para pagar todo el proceso que había desembocado en la concepción de su hijo. Un hijo que ahora planeaba asesinar.

–Sé lo que estás pensando –añadió él–. ¿Por qué no maté a Jake? Quería hacerlo, desde luego. Claro que sí. Habría sido mucho más sencillo que todo esto.

–¿Entonces... por qué no lo mataste?

–El testamento de Jake. En caso de muerte, su patrimonio iría a parar a una organización benéfica. Y yo no podía pedirle que lo cambiara, ¿no te parece?

–Eso no tiene sentido. Si ingresa en prisión por asesinato, el testamento seguirá siendo el mismo. Nadie podrá cambiar ni una letra.

–Ah, pero para entonces sí que podré conseguir que lo cambie. Le convenceré de que Willa necesitará el dinero para pagar las costas del juicio y de los abogados, además del mantenimiento del rancho. Estoy convencido de que delegará en su hermana la administración de todos sus bienes.

De modo que Douglas lo había previsto todo. Y se saldría con la suya... si ella no hacía algo para evitarlo. Algo, lo que fuera. El tiempo se le escapaba.

–Tengo una propuesta que hacerte.

–No estás en condiciones de hacer propuestas.

–Jake te pagará muy bien si respetas la vida de nuestro hijo. Podrías retenerme en algún lugar hasta que el bebé naciera. Entonces podrías matarme...

–¿Crees sinceramente que me tomaría la molestia de tenerte secuestrada durante siete meses? –le preguntó, incrédulo–. Sería lo más estúpido del mundo. Necesito el dinero ahora. Y no quiero tener que soportar a Jake.

–¿Estás seguro? Jake sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de que le garantizaras que el bebé no sufrirá ningún daño.

–Déjalo, es inútil. Ah, por cierto... lo sabe. El doctor Lisette encontró los resultados de las pruebas. Jake ya sabe, sin ningún género de duda, que el bebé es suyo.

Aunque no hubiera tenido una pistola apuntándola, Jessie no habría sabido qué decir. Más tarde, si acaso tenía la oportunidad, pensaría sobre ello. En aquel momento tenía que luchar por su vida.

–Lo siento, pero no puedo hacer trato alguno contigo –concluyó Douglas, mirando su reloj–. No puedo permitirme que nazca ese niño. Necesito cada céntimo de ese fondo fiduciario y no tengo intención de entregárselo al hijo bastardo de Jake.

Jessie alzó la barbilla. No debería haberle dicho eso. Aquellas palabras habían despertado una fría furia, que había terminado imponiéndose a su miedo. Lo miró entrecerrando los ojos.

–Solo hay un bastardo en esta habitación. Y no es mi bebé.

Douglas soltó una carcajada falsa, hueca.

–Supongo que tienes razón. Soy un bastardo. Y estoy a punto de ser un bastardo rico. Muy, pero que muy rico.

Jake entró en la suite llamando a Jessie. No hubo respuesta. ¿Dónde diablos se habría metido? Descolgó el teléfono y llamó al responsable de seguridad, cuyo equipo se había dispersado por todo el hotel. Nadie la había visto, y los guardias apostados en las puertas aseguraban que no la habían visto salir.

Buscó en el baño y en el dormitorio, y ya se disponía a salir cuando descubrió el anillo sobre la mesa del tocador. El anillo de compromiso de Jessie. Así que había estado en la suite, después de todo. Y el hecho de haber dejado allí el anillo era suficientemente elocuente. Había dado por terminado su compromiso fingido, su asociación. Y él había sido un estúpido por no haberse decidido a buscarla antes. Debió de haberle suplicado que no se marchara.

–¿Jessie? –llamó de repente una voz masculina.

Jake se guardó la sortija y volvió al salón. Byron DuCiel acababa de entrar.

–¿Qué quiere? –le espetó.

–Estoy buscando a Jessie –respondió el policía.

El primer impulso de Jake fue echarlo de allí. Después de todo, había sido la revelación de Byron lo que había desencadenado su crisis con Jessie. Aunque en realidad no había sido culpa suya. Jake había necesitado saber la verdad. El problema era que había reaccionado de la manera más estúpida posible.

–No sé dónde está –pronunció al fin–. He puesto a toda mi gente a buscarla.

–Hace diez minutos me llamó.

–¿Lo llamó? ¿Y se puede saber dónde diablos se ha metido?

–Me dijo que estaba en el corredor, escondiéndose detrás de una planta.

No había terminado la frase cuando Jake salió corriendo al pasillo. La buscó en todas las salas de descanso, mirando detrás de los maceteros. Nada. No estaba.

–Me dijo que esperaría a que llegara –añadió Byron–. Pensé que quizá

habría ido a su suite.

–No. Pero estuvo aquí hace un rato –pronunció Jake, de pie en el centro de la habitación, con las manos en las caderas–. Si consiguió burlar al servicio de seguridad, tal vez ahora mismo se encuentre fuera del edificio. ¿Se le ocurre algún lugar al que haya podido ir?

–No creo que intentara regresar a Austin sin decírmelo primero. De hecho, dudo que haya dejado el hotel. Ya le he dicho que me aseguró que me esperaría aquí.

Jake se dijo que solo había un par de razones que explicaran que Jessie no se hubiera quedado a esperarlo. Dado que precedió a Byron por el pasillo, quizá Jessie lo vio y decidió esconderse. O tal vez alguien la había capturado...

–Diablos –alzó los ojos al cielo, soltando una maldición–. Tal vez la haya secuestrado Markham.

–¿Markham? ¿Cree que es él quien está detrás de todo esto?

–Creo que es el principal sospechoso.

Algo terrible había sucedido. Jake se temía lo peor. De repente sonó el timbre del ascensor, señal de que alguien acababa de llegar. Jake empujó rápidamente a Byron hacia una pequeña sala de descanso, indicándole en silencio que se escondieran allí. Segundos después se abrieron las puertas del ascensor y salió Abel Markham.

Jake tuvo que hacer un esfuerzo para no abalanzarse sobre él y sonsacarle la verdad a golpes. Vieron que tocaba a la puerta más cercana al ascensor. Evidentemente alguien lo estaba esperando, porque desapareció inmediatamente en el interior de la habitación.

Jessie estaba también allí. No necesitaba ninguna prueba: lo sabía. De una forma u otra, le pararía los pies a Markham. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde para salvar a Jessie.

–¿Tiene un arma? –le preguntó a Byron.

El policía se sacó su pistola de la sobaquera.

–¿Cree que la necesitaremos?

–Sí –desgraciadamente, estaba convencido de ello.

Jessie no se sorprendió demasiado de ver a Abel Markham. Durante todo el tiempo había supuesto que estaba detrás de aquel asunto. Lo que más la sorprendió fue la cara de asombro que él puso al verla. Más que asombro, era

verdadero estupor.

–¿Qué diablos está haciendo ella aquí?

Douglas volvió a cerrar la puerta con llave, tal y como antes había hecho.

–Forma parte indispensable del plan –explicó, sonriendo–. Al igual que tú, Abel.

–¿Dónde diablos está mi dinero? Dijiste que lo tenías. Ten cuidado, Harland. Si me estás engañando, te juro que le diré a la prensa que tú mataste a aquella mujer.

–Christy también llamó a su jefe aquella noche para informarle de que había tenido un pequeño... roce conmigo –le explicó Douglas a Jessie, sin dejar de encañonarla–. Ray se lo dijo a Abel, y él supuso que la había matado yo. Por supuesto, yo no sabía que era una simple suposición hasta que yo mismo me incriminé –se interrumpió por un momento–. Evidentemente, esto trastornó mis planes. Markham necesitaba dinero para su campaña y aprovechó la ocasión para chantajearme.

Abel Markham sonrió. Pero fue una sonrisa fugaz, que solo duró un segundo... porque Douglas apretó el gatillo. No se oyó estampido alguno: únicamente un silbido mortal. Jessie tardó en darse cuenta de que no la había disparado a ella. Era Markham quien había recibido la bala. Una mancha roja se extendía por su camisa de color gris perla. Incapaz de articular palabra, cayó pesadamente al suelo.

Jessie no se molestó en gritar. No tenía tiempo para ello. Saltó detrás del sofá al tiempo que agarraba una pesada estatuilla de bronce de una mesa. Probablemente sería inútil como arma, pero no estaba dispuesta a morir sin oponer resistencia. Si Markham no estaba muerto, lo estaría muy pronto. Y ella no tenía intención de ser la siguiente.

–¿Sabes una cosa? Me hiciste un gran favor contándole a la policía lo de tu inseminación –continuó Douglas–. De esa manera podré hacer que parezca que Jake os mató a los dos. A Markham, porque Jake no pudo contener su furia contra el hombre que intentó destruirlo, y a ti porque creyó que tú también estabas implicada en el plan.

Había un espejo en la pared, justo encima de ella. En él podía ver a Douglas acercándose hacia ella. Lo que significaba que Douglas también podía verla. Alzó la pistola y la apuntó.

Agarrando con fuerza la estatuilla, Jessie contuvo el aliento. Sería un suicidio quedarse allí escondida, ya que Douglas no dudaría en disparar contra ella, incluso a través del sofá. Tenía que pasar a la ofensiva. «Piensa»,

se ordenó. Tenía que hacer algo. En aquel instante decidió que, a la cuenta de tres, se levantaría y le lanzaría la estatuilla. Era su única posibilidad.

–Una –musitó.

La mirada de Douglas se encontró con la suya en el espejo. Y sonrió. Como sus ojos, era una sonrisa fría. Muerta.

–Dos –se preparó para levantarse. A pesar de que Douglas hiciera fuego, quizá consiguiera herirlo–. Y tres.

Se incorporó rápidamente y le lanzó la pesada escultura. No funcionó. Douglas la esquivó sin aparente esfuerzo. Y siguió caminando hacia ella, apuntándola.

Hasta que de repente, sin previo aviso, la puerta se abrió de golpe. Jessie acertó a distinguir a Byron. Y a Jake. Justo en el instante en que Douglas apretaba el gatillo.

La escena le pareció irreal, como si fuera un sueño. O más bien una pesadilla. El espejo se partió en mil pedazos, que llovieron sobre muebles y paredes. Jessie gritó algo... ordenándole que se agachase. Douglas también gritó: fue un rugido de rabia casi inhumano.

Jake no había esperado descubrir a Markham tumbado inconsciente en el suelo, quizá muerto. Y tampoco había esperado ver a Douglas allí. Sin embargo, no hizo ninguna pregunta; ni siquiera esperó a que Byron actuara. Con todas sus fuerzas, embistió de cabeza contra su cuñado, y ambos rodaron por el suelo.

La pistola. Fue en lo único en que pensó Jake. Arrebatársela antes de que pudiera hacer fuego nuevamente. No podía consentir que volviera a disparar contra Jessie.

Douglas forcejeó con él, esforzándose por no soltar el arma. En un determinado instante, incluso consiguió acercar el cañón al pecho de Jake. Pero solo duró un instante. Aquel era un combate que Jake no pensaba perder: las apuestas eran demasiado altas. No estaba luchando por él. Estaba luchando por Jessie y por su bebé.

Consiguió asestarle un puñetazo en la mandíbula. El golpe, sin embargo, no consiguió ponerlo fuera de combate. El cañón del arma seguía basculando peligrosamente de un lado a otro. Jake rezó para que, si se disparaba, no lo hiciera en la dirección donde se encontraba Jessie... Con otro puñetazo, consiguió finalmente obligarlo a soltar la pistola. Ni siquiera se molestó en

recogerla del suelo. Le rodeó el cuello con un brazo, apretándoselo.

–Por el bien de Willa, no me obligues a matarte –la tranquilidad de su propio tono de voz lo sorprendió. Porque por dentro no se sentía en absoluto tranquilo. Ansiaba estrangularlo. Aquel hombre, en quien tanto había confiado, había estado a punto de arrebatarse lo que más amaba en el mundo. Jessie.

De repente se le encogió el corazón. Durante el forcejeo, no la había oído. No había gritado, ni gemido... Dios, ¿acaso Douglas la habría alcanzado?

–¿Jessie?

El segundo que tardó en contestar se le hizo eterno.

–Estoy bien. Se ha desmayado.

De pronto la vio a su lado, junto a él. Incluso tenía la pistola de Douglas en la mano. Byron se encontraba detrás, en posición de disparo, apuntando al hombre que Jake tenía inmovilizado en el suelo.

Miró a Markham, que seguía sin moverse. Ignoraba lo que había ocurrido allí, pero evidentemente su rival político había formado parte del complot.

–Aléjese de él, McClendon –le ordenó Byron–. Voy a arrestar a este canalla. Quién sabe, quizá me haga el favor de resistirse para que pueda meterle una bala en la cabeza.

Jake se levantó. Rápidamente Byron obligó a Douglas a volverse de espaldas y le colocó las esposas.

Jessie retrocedió un paso y Jake se apresuró a abrazarla. Estaba temblando. Podía imaginarse perfectamente el infierno que acababa de vivir. Llamó al servicio de seguridad. Una vez que aparecieron los vigilantes, la levantó en brazos.

–¿A dónde me llevas? –le preguntó.

–Lejos de todo esto.

Y la metió en el dormitorio contiguo. Se sentó en el borde de la cama, abrazándola con todas sus fuerzas.

–Fue Douglas quien lo planeó todo –le explicó ella.

Jake la besó en el cabello, reacio a enterarse de los detalles. No podría soportarlo. No cuando había estado tan cerca de perderla.

–No me importa que seas una policía –le susurró–. No me importa quién seas, ni lo que estuvieras investigando. Lo único que me importa es que estás viva. Y aquí, conmigo...

–Me he enamorado de ti –le confesó de pronto, alzando la mirada hacia él–. No sé cómo sucedió, pero me he enamorado...

Aquello parecía un milagro. Y quizá lo fuera, después de todo.

–Yo también te quiero.

Jessie parpadeó asombrada, sin aliento.

–Dios mío, creo que me voy a poner a llorar otra vez –los ojos se le habían llenado de lágrimas–. ¿De verdad me quieres? ¿Hablas en serio?

–Claro que sí –le aseguró–. Te amo.

Lo miró durante unos segundos más hasta que, convencida finalmente de su respuesta, lo besó en los labios.

–Entonces, pase lo que pase, todo saldrá bien.

Fue un sueño lo que despertó a Jessie. Y no la pesadilla que había esperado tener con Douglas. Nada de disparos, ni de cadáveres, ni de preguntas de la policía. Había sido un sueño feliz. Había soñado con que había hecho el amor con Jake.

Rodó al otro lado de la cama, deseosa de acurrucarse contra él. Pero no había nadie. Estaba sola. Y las puertas de la terraza estaban abiertas. Frunciendo el ceño, se levantó y se puso una bata.

Efectivamente, allí estaba. Solo. Vestido únicamente con unos calzoncillos de boxeador. Había llovido durante la noche. El suelo de madera de la terraza estaba húmedo, y el aire olía a fresco, a limpio.

Se acercó a él, advirtiéndole de repente su gesto de preocupación. Probablemente habría pasado horas culpándose por no haber descubierto antes el complot de Douglas.

—¿Por qué te has puesto esto? —le preguntó mientras le acariciaba con un dedo el escote de la bata.

—Creí que a lo mejor Willa estaría contigo.

—No. La convencí de que se tomara el sedante que le había prescrito el médico. Debe de estar dormida.

—Los siguientes meses van a ser muy duros para ella.

Era una obviedad. Jessie había visto a Willa cuando le contaron toda la historia del complot de Douglas, incluida la muerte de Markham. Se había quedado literalmente destrozada. Y con razón. Douglas se enfrentaba a un juicio por asesinato. Aun así siempre podría contar con Jake, que la ayudaría a salir adelante.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera?

Jake deslizó un brazo por su cintura, atrayéndola hacia sí.

—Pensar en cómo voy a pedirte que te cases conmigo.

Jessie arqueó las cejas.

—¿Significa eso que quieres casarte conmigo?

—Me parece lo más adecuado. Después de todo, vas a dar a luz un bebé mío. Y luego está el hecho de que te quiero. Supongo que el matrimonio es el siguiente paso.



Jessie fingió reflexionar sobre esas palabras. Porque, en realidad, no había nada que pensar: eso era exactamente lo mismo que quería ella.

–¿Entonces por qué no me lo pides de una vez?

La besó primero. Fue un largo, apasionado beso.

–De acuerdo. Jessie, ¿quieres casarte conmigo?

–Sí, con una condición.

–¿De qué se trata? –frunció el ceño—. Ya te dije que no me importaba que siguieras en la policía.

–Lo sé –estaba muy satisfecha de volver al cuerpo. El teniente Davidson no había aprobado sus métodos, pero se había mostrado más que satisfecho de tener al asesino de Christie entre rejas. Y, después de sufrir una leve amonestación, tanto Byron como Jessie habían conservado sus puestos—. Austin no está muy lejos de aquí, de modo que vivir en el rancho no me supondrá ningún problema. Además, tú mismo pasarás la mayor parte del tiempo en Austin después de las elecciones.

–¿Entonces? ¿Cuál es esa condición?

–No quiero que vuelvas a interponerte cuando me disparen.

–Vaya –sonrió Jake—. Yo creía que eso te excitaba.

–No, me asusta mortalmente. Para variar, lo único que quiero es llevar una vida normal. Dar a luz a nuestro bebé, educarlo... y quizá tener otro dentro de un par de años. Ah, sí, y sexo... mucho sexo.

–Pues entonces queremos las mismas cosas.

Permanecieron abrazados, disfrutando de aquel instante mágico.

–El doctor Lisette me contó lo del bebé –susurró Jake.

–¿Te refieres a la prueba de ADN? –alzó la cabeza.

–Soy el padre, pero eso ya lo sabía antes. No. El doctor Lisette me contó algunas cosas esta misma tarde, cuando estuvo aquí.

–¿Qué cosas? –se apartó para mirarlo, ligeramente alarmada.

–Cosas como que el bebé disfruta de una salud excelente. Y también sobre lo que es.

–¿Te refieres a si es niño o niña?

–Estaba pensando ya en un nombre. ¿Qué te parece Elizabeth?

–Elizabeth –una sonrisa asomó a sus labios, maravillada—. Una niña...–iban a tener una hija. Era el mejor regalo que podía haberle hecho—. Maravilloso.

No pudo añadir nada más. Se lo impedía el nudo de emoción que sentía en la garganta.

–Tienes razón. Es maravilloso.

Sí que lo era. Y, a partir de ese momento, lo iba a ser todavía más.